

Carpeta 114.27

GOBIERNO y costumbres de los iberos. [s.a.] P. 385-448. Es el capítulo IX, incompleto y sin encuadernar, de una obra más amplia.

Á. S. N. D. DIVERSOS
~~XXXXXXXXXX~~

C-122
A. R. P.
HUESCA

TITULOS Y FAMILIAS.

114. 27

CAPÍTULO IX

GOBIERNO Y COSTUMBRES DE LOS IBEROS

Grupos de población.—Asambleas.—Caudillos.—Organización social.—Condición moral de los Iberos.—Altivez individual.—Laboriosidad de las mujeres.—Carácter de los hombres.—Varios pormenores de frugalidad y de esplendidez.—Joyas.—Riquezas.—Abundancia de plata.—¿Eran Iberos béticos los Halizones de Alibe auxiliares de Priamo, citados por Homero como nacidos en el país de la plata?—Copia de oro, cobre, estaño, azogue y otros metales.—Producciones del reino vegetal.—Idem del animal.—Alimentos ibéricos.—Bebidas.—Variedad de sidras y cervezas.—Licor de las cien hierbas.—Costumbres de los Iberos en las comidas.—Uso de pintarse el cuerpo.—Nombres de los individuos.—Adopción.—Diversiones.—Danzas de banquete.—Idem coreadas de varones.—Idem de ambos sexos y gaditanas.—Bailes religiosos.—Danza mendesca.—Juegos.—El de pelota explicado en su teoría y práctica por las obras del español Lucio Anneo Séneca.—*Acrobolismo*.—Pugilato.—Equitación.—Caza de caballos silvestres.—Ejercicios gimnásticos y militares.—Caza del toro entre los Atlantes y entre los Ibero-tésalos.—Caza de conejos con hurón.—Trajes de los Iberos.—Variedad de calzado.—Formas diversas de casquetes ó caperuzas.—Mitrás.—Cogullas.—Bardocúculos.—Causias.—Uso de llevar descubierta la cabeza.—Túnicas varoniles.—Vestido y ornato femeninos.—Peinado.—Mobiliario.—Armas.—Arte de la guerra.—Náutica.—Industria.—Arquitectura.—Literatura.—Medicina.



SEMEJANTES tradiciones de leyes, conservadas á la vez en países muy remotos, guardan notables analogías con otras, que se repiten en lo concerniente al gobierno, usos y costumbres de los Iberos.

Pues si se examina el estado social de los pueblos más antiguos de España á la luz de los monumentos, atenta

la variedad de memorias llegadas hasta nosotros acerca de asunto tan importante, no hay inconveniente en recibir, según propone un escritor moderno, cuál unidad primera y más sencilla de población, que predominaba, al parecer, en las localidades pequeñas, la familia ó linaje, y, según la expresión romana, *gentilidad*, rama especial de la gente, *nación* ó tribu que constituída por varias gentilidades, formaba la segunda ó intermedia; originándose la superior de la *confederación* de las tribus ó naciones ¹, ya del mismo, ya de distinto origen. Répartidos generalmente los Iberos, según los describe Estrabón, en aldeas de poco vecindario, semejantes á los *barrios* de la Rioja castellana y á las anteiglesias y poblaciones pequeñas en los valles de las provincias vascongadas ², cada agrupación de aldeas ó gentilidades solía tener por capital un castro ó castillo, ordinariamente fortificado y abastecido de viveres y agua con una ciudadela en el centro, alcázar ó baluarte de la tribu; la federación uno de los castros ó ciudadelas más

¹ Costa, *Organización política, civil y religiosa de los Celtiberos*. REVISTA DE ESPAÑA, t. LXVII y LXVIII. Entre otros ejemplos recuerda tan diligente autor, que los Desoncos, los Tridiavos y otras gentilidades constituían la gente ó tribu de los Zoelas, que éstos, con los Pésicos, Lancienses, Cigurros y otros (Visaligos, Cabruagénigos, Avelgigos, Ablaideos, etc.) en número de treinta y dos, cuyos nombres no registró Plinio por ser *barbarae apellationis* (*Nat. Hist.*, III, 3), formaban la federación de los Astures; los Selenos, Concanos, Orgenomescos, Vadinienses y Tamáricos, la de los Cánabros; las gentes intercaciense, palantina, iacobricense, caucense, etc.; los Vacceos, aunque de la índole imperfecta de esta clasificación, pudiera ser testimonio el que federaciones de tribus del mismo origen se llamen también gente, por ejemplo: *Ex gente Cantabrorum, ex gente Vaccaeorum*. *Inscriptiones H. L.*, núm. 4.233.

² ... οὕτε γὰρ ἡ τῆς χώρας φύσις πόλεων ἐπιδεικτικὴ πολλῶν ἐστὶ διὰ τὴν λυπρότητα ἢ διὰ τὸν ἐκτοπισμὸν καὶ τὸ ἀνήμερον, οὐθ' οἱ βίοι καὶ πράξεις αὐτῶν (ἔξω τῶν κατὰ τὴν παραλίαν τὴν καθ' ἡμᾶς) ἐπαγορεύουσι, τοιοῦτον οὐδὲν ἀγριοὶ οἱ κατὰ κώμας οἰκοῦντες· τοιοῦτοι δ' οἱ πολλοὶ τῶν Ἰβήρων. «Ni la naturaleza del país es á propósito para muchas ciudades, así por la esterilidad como por la situación de los lugares apartados del comercio de los hombres cultos, y, en fin, por la aspereza del terreno, ni la vida y hechos de ellos lo requieren (salvo los situados hacia la banda de nuestro mar), pues los que pueblan las aldeas, es á saber, los más de los Españoles, son gentes del campo.» Estrabón, *Geográficos*, III, cap. IV, párr. 13. Didot, página 135.

importantes ¹. Hallábase encomendado el gobierno de tales poblaciones á asambleas que se reunían bajo el roble, haya ó encina sagrada de dichos grupos de gente, interviniendo, según parece, en las primeras los ancianos y padres de familia para tratar de intereses locales, como la seguridad y represión de los delitos; en las segundas los caudillos militares y el régulo ó magistrado local para resolver sobre asuntos más importantes y granados, y en las últimas, llamadas á entender en los negocios de más trascendencia, cómo las alianzas, la guerra y la paz con otras naciones ó estados, los régulos ó representantes de las tribus. Al frente de las agrupaciones superiores existía generalmente un régulo electivo ó hereditario. Las confederaciones escogían un jefe principal, regularmente el más famoso y aguerrido de los caudillos de las gentes, según puede columbrarse de lo que ocurría en tiempos posteriores, en que Livio nos describe sucintamente la elección de Ilmo como caudillo general de la confederación de los Celtiberos, Vacceos y Vetones ². Á las veces la muchedumbre no aguardaba sus resoluciones, sino que las imponía, á las veces las sabía con descontento y las rechazaban. Las tribus solían tener su Dios (con ritos privativos, ora las hogueras y bailes con que solían honrar al Dios desconocido en los novilunios, ora las hecatombes y hasta los sacrificios humanos), sus juegos particulares, sus fiestas, sus torneos y sus alardes. Escaso es lo que se alcanza acerca de su organización social, de su administración y de las formas de su justicia, salvo una manera de ordalías, de que se habló anteriormente, en lo de remitir al duelo

¹ Todavía, en los tiempos de Estrabón, los Turdetanos celebraban sus juntas en Asta, según la mejor lectura del texto de los *Geográficos*: ἐπι δὲ ταῖς ἀναχύσεσιν ἡ Ἄστα, εἰς ἣν οἱ Τουρθητανοὶ συνίασι μάλιστα. «Hacia los esteros se halla Asta, donde los Turdetanos se reúnen.» Turdetanos ó Turditanos se había impreso siempre antes del novísimo estudio de Kramer sobre antiguos códices, donde se leyó á las veces *Gaditanos* (Γαδίτανοί), á las veces *Tungaditanos* (Τουνγαδίτανοί), como en el código A B C I; variantes, al parecer, bizantinas. (Lib. III, cap. II, párr. 2, edic. Didot, págs. 117 y 952).

² Lib. XXVIII, cap. XXII.

la prueba de la inocencia y de la justicia, dado que conste, á lo menos de la nación vaccea, cierta especial organización de la propiedad no desconforme con ideales socialistas modernos, en lo de pertenecer la inmueble agraria á la tribu y repartirse todos los años entre los cultivadores, con obligación de entregar los productos á la tribu para su distribución oportuna, no sin castigar la ocultación ó merma de dichos productos con pena capital ineludible ¹. Tal organización, si no en la forma y señaladamente en el período de la parcelación ni en sus aplicaciones, en el fondo y en la conservación de la unidad posesoria de la familia ó tribu, guarda analogías evidentes con la institución del jubileo israelita.

Por lo que toca á las costumbres y en confirmación de la influencia escítica, que, al decir de los escritores cristianos de los primeros siglos, señoreó en lejano tiempo una gran parte del mundo conocido por los clásicos, muéstranse en las memorias de éstos, peregrinos usos antiguos españoles, que aparecen en mayor ó menor congruencia con su respectivo estado social, en la Caldea, en la Armenia, en la Georgia ², en el Imperio de la China y en apartadas regio-

¹ Χαριέστατον δὲ τῶν πλησιοχώρων ἔθνῶν αὐτοῖς ἐστὶ τὸ τῶν Οὐακκαίων ὀνομαζομένων σύστημα. Οὗτοι γὰρ καθ' ἕκαστον ἔτος διαίρουμένοι τὴν γῶραν γεωργοῦσι, καὶ τοὺς καρποὺς κοινοποιοῦμενοι μεταδιδάσιν ἑκάστῳ τὸ μέρος καὶ τοῖς νοσφισαμένοις τοῖς γεωργοῖς θάνατον τὸ πρόστιμον τεθείκασιν. «La más culta de las gentes comarcanas (de los Celtíberos) es la agrupación de los llamados Vacceos; los cuales reparten cada año la tierra entre los labradores, y constituyendo los frutos en propiedad común los distribuyen entre todos, imponiendo castigo de muerte á los labradores que distrajesen algo.» Diodoro Sículo, *Biblioteca*, lib. V, cap. XXXIV, párr. 3. Según noticias de mis doctos amigos los Sres. Azcárate y Puyol, insignes en los estudios de las ciencias sociales, todavía existe en la provincia de León, en comarca adonde alcanzó probablemente la influencia vaccea, un pueblo (*Llanaves*), en el cual se verifica cada cinco años un reparto de la propiedad comunal, entre los vecinos.

² Recuérdese entre otros particulares la forma de los odres de agua de los cautivos de Accad, estrictamente conforme con la bota de los campesinos españoles, así como la de los pellejos de vino conservando la figura de las extremidades de las reses, pormenor que llama la atención de los viajeros en las tiendas de algunas poblaciones del Cáucaso, con ser harto común en nuestras tonelerías. Describiendo la Georgia actual, escribe Eliseo Reclus:

nes del Océano Índico. La de ofrecer el veneno al que debe morir, para que él mismo se dé la muerte, quitándose la vida á sí propio, por contrario que parezca, como uso general, á las condiciones de la naturaleza humana, consta que era práctica común entre nuestros naturales, así como lo fué entre los Etiopes y Nubios, afines en cierto grado á los Libios que invadieron la Península Ibérica ¹. Explícase, cual efecto de aquellas costumbres altivas, la indiferencia con que los Iberos se ofrecían á la muerte, ora prodigando con heroica generosidad su vida unos por otros ²,

«C'est presque uniquement dans le pays que se consomme ce vin de feu, dont certains crus peuvent se comparer aux meilleurs de l'Occident; un des objets qui frappent le plus souvent la vue, dans le kakhét est l'outré à vin, en peau de boeuf ou de porc aux quatre membres gonflés, suspendue aux portes des boutiques.» *Nouvelle Geographie Universelle*, t. VI, pág. 211.

1 "Εθος δ' αὐτοῖς ἐστὶ μὴδένα τῶν ὑποτεταγμένων θανάτῳ περιβάλλειν, μὴδ' ἂν καταδικασθεὶς ἐπὶ θανάτῳ τίς φανῆ τιμωρίας ἄξιος, ἀλλὰ πέμπειν τῶν ὑπηρετῶν τινὰ σημειοῦν ἕχοντα θανάτου πρὸς τὸν παρανομοῦντα οὗτος δ' ἰδὼν τὸ σύσσημον καὶ παραχρῆμα εἰς τὴν ἰδίαν οἰκίαν ἀπελθὼν, ἑαυτὸν ἐκ τοῦ ζῆν μεθίστησι. Φεύγειν δὲ τῆς ἰδίας χώρας εἰς τὴν ὄμορον καὶ τῇ μεταστάσει τῆς πατρίδος λύειν τὴν τιμωρίαν καθάπερ παρὰ τοῖς Ἑλλησιν οὐδαμῶς συγχωρήται. Διὸ καὶ φασὶ τινὰ, τοῦ θανατηφόρου σημείου πρὸς αὐτὸν ἀποσταλέντος, ὑπὸ τοῦ Βασιλέως, ἐπιβαλέσθαι μὲν ἐκ τῆς Αἰθιοπίας φεύγειν, αἰσθομένης, δὲ τῆς μητρὸς καὶ τῆς ζώνης τὸν τράχηλόν αὐτοῦ σφιγγούσης, ταύτῃ μὴδὲ καθ' ἓνα τρόπον τολμήσαι προσενεγκεῖν ταῖς χεῖρας, αὐτὸν δ' ἀγχόμενου καρτῆσαι μέχρι τῆς τελευτῆς, ἵνα μὴ τοῖς συγγενέσιν ὀνειδῆ καταλίπη μείζω. «Hay entre ellos (los reyes de los Etiopes) costumbre de no aplicar la pena de muerte á ninguno de sus súbditos, aunque juzgado aparezca digno de pena capital, sino enviar uno de sus empleados que lleva la señal de la muerte al que ha delinquido. Éste, viendo la señal establecida, se dirige al interior de su propia casa, y se quita la vida á sí propio. Huir de su país y refugiarse en comarca vecina, conmutando la pena por el destierro de la patria, según se usa entre los Griegos, no ha ocurrido jamás, en términos que se refiere de uno que habiendo sido enviado á su casa el signo letal de parte del rey, intentó huir de la Etiopia; pero como lo advirtiese su madre le ató apretadamente el cuello con una faja, sin que él se atreviera de ningún modo á acercar la mano al objeto que le oprimía, sufriendo la estrangulación hasta la muerte, para no dejar mayor deshonra á sus deudos.»

2 Interesante es sobremanera la relación de estas prácticas según el texto de Estrabón: "Ἰβηρικὸν δὲ καὶ τὸ ἐν ἔθει παρατίθεσθαι τοξικὸν ἢ συντιθέασιν ἐκ βοτάνης σελίνῳ προσπιμοίαις ἄπονον ὡστ' ἔχειν ἐν ἑτοίμῳ πρὸς τὰ ἀβούλετα, καὶ τὸ κατασπένδειν αὐτούς, οἷς ἂν προσθῶνται ὡστε ἀποθνήσκειν αὐτοὺς ὑπὲρ αὐτῶν. «También es costumbre ibérica el ofrecer un tósigo, que mata sin dolor y ellos preparan con una hierba parecida al apio, de manera que estén preparados para los casos adversos, y el sacrificarse por aquellos á quienes se adhieren, al punto de morir en su lugar.» *Geográficos*, lib. III, cap. IV, párr. 18.

ora entonando cánticos de alegría y de victoria, al ser crucificados por los romanos, no siendo raro que las madres se adelantasen á dar muerte á sus hijos, cuando los veían prisioneros, que mujeres cautivas se quitasen la vida después de haber puesto fin á la existencia de sus compañeras de infortunio, hiriéndolas con segura mano, ni el que niños tiernos, de orden de sus padres, diesen muerte á éstos, así como á todos sus deudos que yacían en cadenas ¹.

Señalábanse las mujeres por una laboriosidad tan asidua, que trae á la memoria la de las Pelagonas ó Peonias del Estrimon, á quienes se atribuía origen troyano, las cuales, con un cántaro en la cabeza y el huso en la mano derecha, llevaban de la siniestra mano una caballería ² ó un niño, intervenían en las labores del campo, trabajando tanto y á veces más que los hombres, y mostraban tal energía en conllevar los dolores y penalidades del parto, que se refería de ellas, como de las Iberas de Liguria, que, sorprendidas por los dolores en los trabajos agrícolas, daban á luz, lavaban la criatura y la envolvían en lienzos, continuando las fatigas de su acostumbrada labor en el mismo día ³.

¹ Hablando el mismo autor del valor temerario de los Iberos de la Cantabria, donde la población, aunque más ó menos céltica en su edad, tenía por tanto como indica en otro pasaje la misma ferocidad en cuanto al brío varonil de los hombres y la fortaleza de las mujeres señalada entre los Iberos, Tracios y Escitas, escribe: Της δ' ἀπονοίας καὶ τοῦτο λέγεται τῆς Καντάβρων, ὅτι ἀλόντες τινές, ἀναπεπηγότες ἐπὶ τῶν σταυρῶν ἐπαιώνιζον. «Esto se dice del valor desesperado de los Cántabros, que vencidos algunos en la guerra cantaban himnos de victoria, hallándose clavados en la cruz.» *Ibidem*, pág. 137.

² Herodoto, *Historias*, lib. IV, cap. XII, Didot, pág. 242.

³ ... γεωργοῦσι αὐταὶ τεκοῦσαι τε διακονοῦσιν τοῖς ἀνδράσιν, ἐκείνους ἀνθ' ἑαυτῶν κατακλίναται ἔν τε τοῖς ἔργοις πολλάκις τίκτουσι καὶ λούουσι καὶ σπαργανοῦσιν ἀποκλίνασαι πρὸς τι ρεῖθρον. ἐν δὲ τῇ Λιγυρικῇ φησὶν ὁ Ποσειδώνιος διηλησασθαι τὸν ξενὸν ἑαυτῷ Χαρμόλειον. Μασσαλιώτην ἄνδρα, ὅτι μισθόσκιτο ἄνδρας ὁμοῦ καὶ γυναῖκας ἐπὶ σκαφῆτον ὠδίνασα δὲ μία τῶν γυναικῶν ἀπέλθοι ἀπὸ τοῦ ἔργου πλησίον, τεκοῦσα δ' ἐπανάλθοι ἐπὶ τοῦργον αὐτίκα, ὅπως μὴ ἀπολέσειε τὸν μισθόν· αὐτὸς δὲ ἐπιπόνως ἰδὼν ἐργαζομένην, οὐκ εἰδὼς τὴν αἰτίαν πρότερον ὅψε μάθοι καὶ ἀρεῖη δοῦς τὸν μισθόν· ἢ δ' ἐκκομίσασα τὸ νήπιον πρὸς τί χρηνίον λούσασα καὶ σπαργανώσασα ὅτι εἶχε διασώσειεν οἴκαδε. «Ellas labran los campos y cuando paren cuidan á los hombres que se acuestan en su lugar. Ocurre muchas veces que estando en tales trabajos paren, lavan y envuelven al niño

A. R. R.
HISTORIA

Eran los hombres astutos y audaces para las empresas pequeñas, no acometiendo las grandes, por no procurarse mayores fuerzas, estableciendo alianzas. Aventajábanse, en general, á los Galos, según el testimonio de Plinio, por el ardor que mostraban en el trabajo, por su fuerza infatigable y por su carácter decidido ¹. De los Lusitanos se encarecía, en particular, su ingenio para poner asechanzas, su maña para descubrirlas, la rapidez de sus movimientos, la volubilidad de su carácter y la agilidad de su cuerpo ². Lavábanse generalmente con agua fría, usaban mucha modestia en comida ³ y cama, con ser aficionados

apartándose un poco hacia un lugar donde haya agua corriente. Refiere Posidonio haberle contado su huésped Charmolao, natural de Marsella, que habiendo enviado juntamente hombres y mujeres en calidad de asalariados para cavar, sintiendo una de éstas los dolores de parto, se apartó á un lugar próximo de aquel donde trabajaban, y en cuanto dió á luz volvió inmediatamente á la faena para no perder el jornal del día; entonces, como la viese trabajar p. nosamente, pues ignoraba la causa, se informó luego y la despachó con el jornal. La parida llevó al niño adonde había una fuentequilla, y después de lavarlo y envolverle con lo que tenía lo llevó sano á su casa. » Estrabón, *Geográficos*, lib. III, cap. IV, párr. 17. Didot, p. 137, col. 1.^a Los hechos referidos por Charmolao ocurren aún con alguna frecuencia en el valle de Pas, cuyas mujeres guardan notable semejanza con las Peonias en materia de constancia y resistencia para el trabajo.

1 ... επιθετικοί γὰρ καὶ ληστρικοὶ τοῖς θίοις ἐγένοντο τὰ μικρὰ τολμώντες, μεγάλοις δ' οὐκ ἐπιβαλλόμενοι διὰ τὸ πεγάλας μὴ κατασκευάζεσθαι δυνάμεις καὶ κοινωνίας. «Han sido astutos y aficionados al robo en su método de vida, atrevidos para emprender cosas pequeñas por no procurar fuerzas ni alianzas para las grandes.» Estrabón, *Geográficos*, lib. III, cap. IV, párr. 5. Didot, pág. 131, col. 1. Lo mismo refieren algunos autores griegos respecto de los Ligures: Plinio el naturalista escribe en el último capítulo de su *Historia Natural*: Hispania vincit laborum excitatione... corporum humanorum duritia, vehementia cordis.

2 Τοὺς δ' οὖν Λυσιτανούς φασιν ἐνεδρευτικούς, ἐξερευνητικούς, ὄξεις, κούρους, εὐεξελίχτους. «Dicen de los Lusitanos que son idóneos para las emboscadas y para proporcionarse noticias, ligeros en sus movimientos, volubles y ágiles.» *Geográficos* de Estrabón, lib. III, cap. III, párr. 5. Á conservar y procurar dicha agilidad, tan importante en la guerra, se dirigía por ventura la ley ibérica citada por Nicolás de Damasco, la cual prescribía el uso de faja, cuando el desarrollo del vientre excedía de cierta medida determinada.

3 ... ψυχρολουτροῦν τὰς καὶ μὲν τροφοῦντας καθαρῶς καὶ λιτῶς. «Se bañaban con agua fría y comían una sola vez limpia y frugalmente.» *Geográficos*, lib. III, cap. III, párr. 6. Esto dice Estrabón, refiriéndose especialmente á las costumbres conservadas por los moradores de las orillas del Duero, que vivían, añade, según dicen, á la manera de los Espartanos y Lacones; pero aunque éstos

al lujo en el vestir y á mayor esplendidez en la vajilla y menaje de casa ¹. De semejante afición dan testimonio, por lo que toca á las joyas de ornato personal de ambos

hayan colonizado en dichos sitios, es problemático el declarar si tales costumbres son resultado de imitación notoria. Entre los usos peregrinos cuenta asimismo Estrabón, como barbaridad indisculpable, si no era encaminada, según la creencia de los Iberos, á procurarse larga vida ó fortaleza, el de reunir orines de mucho tiempo en cisternas, y bañarse en ellos el cuerpo, así como el lavarse los hombres y las mujeres con aquel licor inmundo ...εἰ μὴ τις οἶεται πρὸς διαγωγὴν ζῆν τοὺς οὖρω λουομένους ἐν δεξαμεναῖς παλαιουμένων καὶ τοὺς ὀδόντας σηχομένους καὶ αὐτοὺς καὶ τὰς γυναῖκας αὐτῶν, καθάπερ τοὺς Καντάβρους φασι καὶ τοὺς ἡμέρους αὐτοῖς· καὶ τοῦτο δὲ καὶ τὸ χαμευνεῖν κοινόν ἐστι τοῖς Ἰθηροῖς πρὸς τοὺς Κελτοῦς. «A no ser que algunos crean que vivirán más lavándose con orín, dejado envejecer en cisternas y limpiándose (con dicho licor) los dientes hombres y mujeres, según dicen que practican los Cántabros y los pueblos que con ellos parten límites. Y así esto, como el dormir sobre la dura tierra es común á los Iberos y á los Celtas», lib. III, cap. IV, párr. 16. Ciertamente lo último es común á muchos pueblos modernos y antiguos, cuando no es dable mayor comodidad, pero de lo primero no existen indicaciones suficientes en lo relativo á los Celtas. Aparte de esto, la generalidad de aquellos españoles dormían sobre lechos de paja ó hierba seca y de ordinario sobre su saco.» Lib. III, cap. III, párr. 7. A las veces el saco tenía la forma de manto ó capa (ἱματίον) y servía de cama á los Tirrenos para dormir con sus esposas. Véase á Heráclides, *Frag. Hist. Graec.*, t. II, pág. 217.

¹ En lo tocante á la abundancia de oro en España y en especial en cierto monte sagrado de Galicia, puede verse á Justino (lib. XLIV, cap. III), quien aseguraba que lo ponía al descubierto frecuentemente el arado. De la morada de un rey ibero, refiere Polibio, que por su fábrica y magnificencia competía en lujo con las de los Fenicios, viéndose además en medio de la casa cráteres de oro y de plata llenos de vino de cebada (cerveza). Τοιοῦτόν τινα ὑφίσταται τῆ κατασκευῆ καὶ λαμπρότητι Πολύβιος Ἰθηρος τινὸς Βασιλέως οἶκον. Ὅν καὶ εἰρήλικάναι λέγει τὴν τῶν Φαιάκων τρυφήν, πλὴν τοῦ τοὺς κρατῆρας ἐν μέσῳ τῆς οἰκίας ἐστάναι πλήρεις οἴνου κριθίνου, ἀργυροῦς ὄντας καὶ χρυσοῦς. «Polibio describe que era tal la casa de un rey ibero, así en la arquitectura como en el ornato. Afirma que quiso competir en ello con los Fenicios, aparte del ofrecer en medio del edificio cráteres de oro y de plata, llenos de vino de cebada.» Atheneo, lib. I, cap. IV. El texto de Filarcho, citado por Constantino Porfirogeneto (*De la administración del imperio*, cap. XXIII y por el mismo Atheneo, II, 21), corroboran la especie citada arriba de la frugalidad en la comida y la ostentación y lujo en el vestido. En el primero dice de esta suerte: Φύλαρχος μὲν ἐν τῇ ἐβδόμῃ καὶ τοὺς Ἰθηρας φησιν ὑδροποτεῖν πάντας καὶ τοὶ πλουσιωτάτους πάντων ἀνθρώπων τυγχάνοντας· κέκτηνται γὰρ ἄργυρον καὶ χρυσὸν πλείστων. Μονοσιτεῖν τε αὐτοὺς ἀεὶ λέγει διὰ μικρολογίαν, ἐσθῆτάς τε φορεῖν πολυτελεστάτας. «Dice Filarcho en el libro VII que todos los Iberos beben agua con ser los más ricos de los hombres; puesto que poseen copia de plata y oro y añade que comen á la continua, sólo una vez por economía, á pesar de lo cual llevan vestidos muy preciosos.» De las bebidas de los Iberos se dirá más adelante.

sexos, útiles de mujer y armas halladas en los descubrimientos verificados recientemente por los ingenieros Siret en la provincia de Almería, con cuyos interesantes hallazgos de anillos, brazaletes y pendientes de oro, así como de alabardas y cuchillos tachonados de plata, diademas y punzones de este preciado metal y variadas joyas de plata labrada, en número de hasta cuatrocientos objetos ¹, se templa, en algún modo, la suposición de encarecimiento por parte de los escritores antiguos, al referir que, á la llegada de los Cartagineses á Iberia, conducidos por su general Barca, vieron que los Turdetanos tenían para la comida del ganado pesebres ó artesones de plata y ánforas labradas de la misma materia, para sus usos domésticos ².

Verdad es que la riqueza de la tierra ibérica en metales preciosos y señaladamente en plata era proverbial y que los geógrafos antiguos no cesan de encomiarla, ora señalando la amena Tartesio ³, según lo verifican el llamado Dionisio Periegeto y Prisciano, como «suelo de hombres opulentos», ora al país ibero en general con el epíteto de *rico*, por que le distingue Rufo Festo Avieno ⁴. Ni parece fuera de propósito el mencionar, por lo que concierne á la posibilidad de un origen pelásgico común á los Iberos con los Dardanos ó Troyanos ante-arianos la conjetura propuesta

¹ *Les Premiers Ages du metal dans le Sudest de l'Espagne*, Anvers, 1887.

² Τοῦ δ' Ἰβηρικοῦ πλοῦτου καὶ ταῦτα μαρτύρια· Κλερχιδόνιοι μετὰ τοῦ Βάρκα στρατεύσαντες κατέλαβον ὡς φασὶν οἱ συγγραφεῖς φατναῖς ἀργυραῖς καὶ πίθοις χρωμένους τοὺς ἐν τῇ Τουρδετανίᾳ. De la riqueza ibérica existen estos testimonios. «Haciendo la guerra los Cartagineses con Barca, advirtieron que los pesebres y los toneles ó cántaros para el vino eran de plata en el país de los Turdetanos.» Estrabón, *Geográficos*, III, cap. III, párr. 14.

3 Ταρτησσὸς χάρισσα βυβρηνίων ἀνδρῶν.
(Periegesi de Dionisio), v. 337.

... Calpea quae summam sustinet unam
Herculis estaiam, quam supra dives et alta Tartessus
Prisciano, *Periegesi*, 332-336.

4 Oceani hesperii tumet illie ardua Calpe
Hic hispanus ager tellus ibi dives Iberum.
Avieno, *Descriptio Orbis*, v. 378 y 379.

recientemente por Teodoro Reinach ¹ tocante á que los Halizones citados por Homero como viniendo del lejano Alibe, tierra donde se cría la plata, con su rey Odífo ó *el que fué* ² muerto por Agamenón ³ y su rey Epistrofo (*el que dió la vuelta*) no son, según se ha interpretado, de región pónica ⁴; pues lo que se produce en ésta no es plata sino hierro, ni hay tierra del Ponto que se llama Alibe sino Chalibe, y los naturales de ella no son marítimos; mientras el nombre de Halizones «que viven en el mar» cuadra perfectamente á la gente de una península y al país de Alibe, designación con que el Periegeta ⁵ y Eustacio, su anotador, nombran á la tierra inmediata á Tartesso, es á saber: la de Calpe, no sin extremar el argumento con la contraposición de Licios á Halizones, recordando que el cantor de Aquiles acostumbraba á mencionar, al par con esta remota gente del Norte, la remota meridional etiópica ⁶ á que sustituyen los Halizones.

¹ *Revue Celtique*, Avril, 1894.

² Αὐτάρ Ἀλιζωνων Ὀδῖος καὶ Ἐπίστροφος ἦρχον
Τελοθεν ἐξ Ἀλυθης, ὅθεν ἀργύρον ἐστὶ γενέθλη
Iliada, II, v. 855-857.

³ ... πρῶτος δὲ ἀναξ ἀνδρῶν Ἀγαμέμνων
ἀρχῶν Ἀλιζωνῶν Ὀδῖον μὲγαν ἔκβαλε δίφρου
πρῶτῳ γὰρ στρεφθέντι μετακρένω ἔνδορὸν πίξεν.
Ibidem, V, v. 38-40.

⁴ Ed. Didot, 1856. *Index*, pág. 805.

Ἄλλ' ἦτοί πύματι μὲν ἀγαυῶν ἐστὶν Ἰβερῶν
γείτων Ὀκεανοῖς πρὸς ἑσπέρου ἐν δὲ οἱ ἀχρη
στηλαῶν Ἀλύθη κεῖται μία τῆς δευτερεύουσας
Ταρτησσὸς χαριεῖσα...

Geographi Graeci, II, p. 153.

Eustathio (*Ibidem*, t. I, pág. 276) escribe: ὅτι ἡ ἑσπερία κρηπίς τῆς γῆς τῶν Ἰβερῶν γείτων ἐστὶν τοῦ ὠκεανοῦ ἐντα καὶ μία τῶν ἡρακλείων στηλαῶν ἢ Ἀλύθη. El lado occidental de la tierra de los Iberos está cerca del Océano, donde está la columna de Hércules llamada Alibe. Prisciano y Avieno interpretan Alibe por Calpe. Los Escolios (*Ibidem*, II) presentan á Alibe, como una isla en el Estrecho en su boca atlántica, y ciertamente la etimología de Halizones (Ἀλιζῶνες) (*que viven en el mar*) parece señalar naturales de una isla ó península.

⁵ *Iliada* II, 876-7, *Revue Celtique* (l. c.) t. XV, n.º d'Avril.

⁶ En el citado libro *De maravillas oídas*, que corre entre los de Aristóteles, se refiere (cap. LXXXVII, Didot, *Arist. op.*, t. IV, pág. 89) que incendiadas

Contribuyeron por ventura á aquella afición generosísima, no sólo la abundancia de plata ¹ que empleada pródigamente en utensilios comunes de la vida ha sugerido novísimamente á algunos eruditos, merced á los descubrimientos mencionados, el señalar una edad de plata en la Península, coetánea de la edad de bronce en otros países, sino la riqueza pasmosa en oro ², que se barria, según Estrabón, y se recogía en pepitas, algunas de seis libras romanas, en aleaciones naturales y en polvo y arenas explotables; en cobre bajo diferentes, formas distinguiéndose

en España por pastores varias selvas, como se calentase el suelo, comenzó á correr un arroyo de plata fundida y que, tiempo adelante, en ocasión en que los terremotos produjeron grandes aberturas en el terreno, quedó al descubierto cantidad enorme del mismo metal, que aprovecharon los de Marsella, Lo mismo dice sustancialmente Posidonio, según la cita de Estrabón en sus *Geográficos* (III, 11), Plinio (*Hist. Nat.*, lib. LXXXIII, cap. XXXI), después de puntualizar que duraban en su tiempo los pozos abiertos por Hanníbal en minas de plata españolas, designados con los nombres de los que las descubrieran, menciona el llamado *Bebulo* de que sacaba el expresado caudillo cartaginés trescientas libras diarias. Hallábase en su tiempo excavada la montaña en que se veía la mina, y refiere que los Aquitanos sacaron de ella un río para agotar el agua. Estrabón, que consideraba la Turdetania, como el país de la plata por axcelencia, se inclinaba á estimar como fábula, según puede colegirse, por el pormenor del arroyo de plata, la relación de Posidonio.

¹ Bastará recordar el *Mons Argentarius* próximo á Cástulo ó Cazlona y las inmensas cantidades de plata que producían según Estrabón (lib. III, cap. II) las minas en el territorio de Cartagena.

² Acerca de la profusión con que se hallaba tan precioso metal en la península Ibérica, escribía Estrabón (o. c., pág. 121) que no sólo se extraía de los criaderos ó pozos, sino que se barria (ὁ δὲ χρῦσος οὐ μεταλλεύεται μόνον ἀλλὰ καὶ σὺρεται) tal era la abundancia con que lo llevaban sus ríos y torrentes. El mencionado libro *De Maravillas* etc., cita á este propósito (cap. XLVI) el río Tader en España (καλούμενον Θεόδωρον ποταμὸν) añadiendo que arrojaba grandes cantidades de oro á sus orillas. Al enumerar Plinio los ríos que llevan pajuelas de oro (lib. XXXIII, cap. XXI) menciona en primer término el Tajo, habla (*Ibidem*, cap. XXII) de que llaman *palacras* ó *palacranas* á los pedazos de oro nativo, algunos de los cuales pesan hasta diez libras, y que en Asturias, Galicia y Lusitania, en especial en Asturias, se recoge mineral de oro que quemado y lavado produce veinte mil libras de oro cada año. Del territorio Aquitano, en la parte del Pirineo francés, aseguraba Estrabón que existía allí una gran mina de oro, especie robustecida por los escritores arábigos, señaladamente por Ar-Razi ó El Moro Rasis en su *Descripción de España*, quien hablando del río Segre se expresa en estos términos: «E este río da oro fino lo que no dan otros ríos.» *Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. VIII.

como superior el Mariano ó Cordubense que Estrabón llama de Cotinas, y como abundantísimo el Uriense de las inmediaciones del río Tinto y el Lusitano, en estaño arrastrado por sus ríos y al decir de Aristófanos por el río ó uno de los ríos de Tartesia, en azogue y otros metales ¹, que legitiman cumplidamente los epítetos de opulencia que las memorias de los clásicos juntan de ordinario á la mención de los Iberos, sin contar las riquezas de Crisaor, acerca de las cuales hablan Hesiodo y Herodoto y fueron materia de di-

Mem. sobre la autenticidad de la *Crónica del Moro Rasis*. Apéndice número 1, página 42. También menciona Estrabón que se hallaba en los Artabros, al Poniente de la Lusitania, y en sus términos septentrionales, á flor de tierra, plata, estaño y una aleación nativa de oro y plata (*ἀργυρομυγες*) que se llamaba *oro blanco*. O. c., pág. 124-20.

¹ Demás del cobre de Cotinas en la Turdetania citado por Estrabón quien advierte que se hallaba al par que el oro (ed. c., pág. 117-51), hay que citar el Uriense ó Onubense, que probablemente dió el nombre de Uium al río Tinto y el Lusitano de la mina Aljustrel. El autor latino de la *Historia Natural* cita el cobre llamado Mariano ó Cordobés, reputadísimo entre los cobres en su tiempo (Summa gloria nunc in Marianum conversa, quod et Cordubense dicitur, lib. XXXIV, cap. II) y el *calcantho* (Ibidem, cap. XXII), sacado de pozos ó estanques llenos de agua cargada de dicha sustancia disuelta. Entre las minas de hierro agrega á las inmediatas á Denia descritas por Estrabón (o. c. pág. 132, 4) á las de imán común en España y á las bilbilitanas y turiasonenses, la de Somorrostro, esto es, de un monte escarpado, situado en la parte marítima de Cantabria, que baña el Océano, que es, oh suma maravilla, todo de hierro. (Cantabriae maritimae parte quam Oceanus alluit, mons praerupte altus, incredibile dictu totus ex ea materie est), Ibidem, cap. XLIII. También afirma (lib. XXXIII, cap. XL), que todo el azogue que iba á Roma procedía de España, siendo el más afamado el de la región Sisaponense en la Bética, que constituía una renta del pueblo romano, la cuidada con más esmero; pues no se permitía elaborar, ni purificarlo en los lugares de los criaderos, sino que la mena sellada era enviada á Roma. Del estaño ó *plumbum album* de Plinio ya se ha hablado arriba, al tratar de las Casitérides españolas (véase arriba, pág. 15 y sigs.) como quiera que Plinio prefecto durante tantos años de las escuadras romanas declara formalmente (lib. XXXIV, cap. XLVII) que es fabulosa la especie de que se traiga en barcos de cuero de las islas del Océano, pues lo cierto es que se cría en Galicia y Lusitania (Pretionssimum candidum a Graecis appellatum *cassiteron* fabulose que narratum in insulas Atlantici maris peti vitilibusque navigiis circumsumtis corio adduci. Nunc certum est in Lusitania gigni in Gallecia), así como del *plumbum nigrum*, frecuente en Cantabria y una de cuyas mejores clases se llamaba ovetana (Ovetanum). Tocante á la producción de plomo argentífero, Estrabón encomia una localidad próxima á Calzona (122, 44) el famoso *Monte argentario* ó *Saltus Castulonensis*. Asimismo habla de la abundancia de sal gemma, de minio sinopense, de una tierra aluminosa, de que se extraía

fundida leyenda entre los mitógrafos, según manifiesta alusión de los libros aristotélicos y de escritores antiguos de mucho nombre ¹. Plinio resume la opulencia de España en minerales diciendo que son frecuentísimos en ella el plomo, el hierro, el cobre, la plata y el oro, así como las canteras de mármol, la piedra especular y el minio, no sin puntualizar asimismo la especialidad de su alumbre, de su tierra de Armenia ó *azulita*, de la piedra especular que ocupaba un radio de cien millas al rededor de Secobriga, de las de afilar Liminitana, y señalar que en tierra de Munda ó sea hacia Montilla, se hallaban unos guijos que, en su estructura interior al quebrarse, repetían la figura de la palma ².

electron, esto es, una manera de aleación de oro y plata, y de cierta sustancia de aspecto arcilloso, con la cual se limpiaba la plata, y, de que se fabricaban ladrillos que sobrenadan. (*Ibidem*, págs. 119, 121 y 525.)

¹ Hesiodo, que floreció siglos antes que Hecatéo, guiado por otras tradiciones afirmase que Gerion ó los Geriones no habían reinado en España, refiere de Crisaor, que tenía en sus manos una espada de oro

...ὅδ' ἄρ' χρύσειον ἔχεν μετὰ χερσὶ φίλησι,

que engendró á Gerión y que Hércules le despojó de las armas y de las vacas que tenía en la isla Eritia (*Teogonia*, 287-294). Con él conforma la narración de Herodoto (lib. IV, cap. VIII), el cual dice puntualmente que en la parte exterior del Ponto, esto es, el mar externo, habitaba Gerión en la isla que los Griegos llaman Eritia, cerca de Cádiz, situada fuera de las columnas de Hércules en el Océano. Por tanto, la opinión de Hecatéo, recordada por Arriano de que Gerión no reinaba en la isla Eritia, sino en el Continente, en Ambracia y en Anfípolis, pudo fundarse en mala interpretación de un texto perteneciente á un logógrafo ó mitógrafo, que Herodoto interpretó más rectamente, según la tradición de Hesiodo. Aludiendo á las riquezas de Crisaor el libro aristotélico *De las Maravillas* y Diodoro Sículo exponen que los Baleares odian el oro y la plata por haber sido motivo de la invasión de Hércules. Véase la pág. 31 de esta obra sobre los minerales de la Península, apreciados por los antiguos, demás de los lugares citados de Plinio pueden consultarse el lib. III de la *Historia Natural* (cap. IV), el XXXV (caps. XXVIII, XLII y XLIII), y el XXXVI (caps. XLVI-XLVII).

² Theophrastus auctor est et ebur fossile candido et nigro colore inveniri... inveniri que lapides osseos. Palmati circa Mundam in Hispania, ubi Caesar dictator Pompeium vicit reperiuntur, idque quoties fregeris. Plinio, *o. c.*, lib. XXXVI, cap. XXIX. Generalmente se traduce *palmatus* lo que figura la palma de la mano; no obstante, Livio, Marcial y otros autores emplean este adjetivo, para significar particularmente lo relativo al árbol *palma*.

Por lo que toca á la riqueza del reino de las plantas, sin contar los *asfodelos* ó *gamones*, que al decir de Homero, se veían en la Peña Leucádica ó de Calpe ¹, cerca de las puertas del Sol, el esparto indicado por Teofrasto, el meu y el comino salvaje de que hace mérito Dioscórides, la vettónica (*vettonica officinalis*), empleada por los Vettones en usos terapéuticos, la cantábrica (*cantabrica convolvulus*), que los Iberos solían mezclar con las bebidas alcohólicas para modificar el gusto de éstas ², el apreciado cardo cordobés ³, los garbanzos (*cicera*), cuya variedad más morena se daba á los bueyes en lugar de *yeros* ⁴, la cebolla grande (*scilla*), abundantísima en la Península y en las Baleares ⁵, la criadilla de tierra ó trufa (*tuber cibarium*), con la cual se regalaba el pretor Larcio Licinio, hallándose en Cartagena ⁶ el hinojo (*foeniculum*) era abundantísimo en la Tarraconense ⁷, el trigo en la Turdetania ⁸ y muy en especial, en las Baleares, donde solía dar en tiempo de los Romanos treinta y cinco libras ⁹ de pan por modio; cultivábase en la Turdetania una variedad de cebada llamada *glabro*, utili-

¹ Tal es la interpretación de ilustres botánicos modernos (Colmeiro, *Enumeración de las plantas de la Península Hispano-Lusitana*, t. I, pág. 11), con entender que la expresión homérica Λευκάδα πέτρην se refiere á la Peña de Calpe, no á la de Epiro junto á Orco, acotada por algunos gramáticos, y que la de ἀσφοδελὸν λειμώννα designa no sólo prado de hierba verde, sino abundante en asfodelos. En rigor, pueden haberse en cuenta como justificantes de este parecer, demás de las mencionadas puertas de la noche señaladas allí por Homero, del inmediato Océano que describe y del pueblo de los sueños ó de los que duermen durante las oscuridades del ocaso, la existencia actual de asfodelos ó gamones como espontáneos en aquella comarca. Colmeiro, o. c., t. II, pág. 114.

² Plinio, *Hist. Nat.*, LXX, cap. XLVI y XLVII.

³ Certum est quippe carduos apud Carthaginem magnam, Cordubamque praecipue sestertium sena millia e parvis reddere arcis. *Ibidem*, lib. XIX, capítulo XLIII.

⁴ Cicera bubus herbi loco fresa dantur in Hispania Boetica. Columela, II, capítulo X.

⁵ Plinio, lib. XIX, cap. XXX.

⁶ *Ibidem*, cap. XI.

⁷ Estrabón, o. c., lib. III, cap. IV. Didot, pág. 138.

⁸ *Ibidem*, cap. II. Didot, pág. 117.

⁹ Plinio, *Hist. Nat.*, XVIII, XII.

zada en tisana preciadísima ¹, y al decir de Plinio, podían lograrse de esta gramínea dos cosechas anuales, pues según informes recibidos, se cogía en Abril en Cartagena y en el mismo mes se sembraba en el territorio celtibérico ². Estrabón puntualiza la existencia de copia de raíces tintóreas, olivos, vides é higueras en las Españas, señaladamente en la Citerior ³, describe la cicuta y advierte, que con ser grandes las cosechas de vino y de aceite en la Turdetania, éste era tan abundante cuantopreciado ⁴, como quiera que apenas se recogiese en las regiones septentrionales, donde era sustituido con la manteca. Plinio menciona la verdolaga (*portulaca oleracea*) ⁵, celebra las aceitunas dulces y pasas de Mérida ⁶, la uva *cocolobis* ó real, la albilla (*albuclis*), la hispana ó (*jaén*), de fácil conservación, el tejo de fruto venenoso (*taxus baccata*) ⁷, el aspalato de raíz usada en la medicina, el boj abundantísimo en los Pirineos y los higos de Ebuso (Ibiza) semejantes quizá á los saguntinos celebrados por Catón y á los africanos, que se prensaban y secaban como los españoles, según Columela ⁸. Encomian los antiguos, por sus aplicaciones copiosísimas, el lino tarraconense y el de los zoelas ⁹, el esparto y el junco de la Península Ibérica ¹⁰, y entre los árboles, la encina, productora de bellotas alimenticias, que se daban hasta en los esteros, invadidos á las veces por las aguas, la

¹ Plinio, *Hist. Nat.*, cap. XV.

² *Ibidem*, cap. XVIII.

³ Καὶ τῶν ῥιζῶν τῶν εἰς θαρῆν χρῆσιμον πλῆθος ἐλαίας δὲ περὶ καὶ ἀμπέλων καὶ συκῆς καὶ τῶν παραπλησίων φυτῶν ἢ καθ' ἡμᾶς ἰβερικὴ παραλία παντῶν εὐπορεῖ συχνὴ δὲ καὶ τῶν ἔκτος. Estrabón, *Geográficos*, lib. III, cap. IV, Didot, pág. 136.

⁴ Ἐξαγέται δὲ Τουρδετανίας σιτός τε καὶ οἶνος πολὺς καὶ ἐλαίων οὐ πολὺ μόνον ἄλλα καὶ καλλιστόν. *Ibidem*, pág. 119 y 137.

⁵ *Ibidem*, pág.

⁶ *Porcilaca*, lib. XX, cap. LXXXI, XV, IV.

⁷ *Ibidem*, XIV, IV.

⁸ *Ibidem*, 15, lib. XXIV, cap. LXVIII, lib. XVI, cap. XXVIII. Caton, *De re rustica*, cap. VIII. Columela, lib. XI, cap. XV.

⁹ Estrabón, o. c., lib. XIV. Plinio, lib. XIX, cap. II.

¹⁰ Estrabón, lib. III, cap. IV. Plinio, lib. XIX, cap. VII-IX.

llamada *quercus coccoifera*, de que se recogía el *quermes*, tesoro de recursos para el pobre, con cuyo producto los campesinos de España acostumbraron á pagar á los Romanos los tributos que pesaban sobre ellos ¹, la *picca* (*abies picea*), de cuya tea quemada se extraía la pez ² y otros pinos que, según Avieno, prevalecieron singularmente en el Oriente de España ³ y dieron nombre á las Islas Pitiusas, el enebro, en fin (*juniperus*), que adquiría con ulencia extraordinaria en el territorio vacceo y era estimado superior al cedro en duración y resistencia, como quiera que Plinio citaba el ejemplo de las vigas ó alfarjes del templo de Diana, fundado por los de Zante algunos siglos antes de la guerra de Troya al pie de la ciudadela de Sagunto y respetado por Hanníbal ⁴, el cual se conservaba sin detrimento alguno. Los libros aristotélicos hablan de la abundancia del terebinto pistachero en las Balcares ⁵, y Polibio estima que la templanza del clima de España es favorable á la conservación de las frutas y duración de las flores, no sin puntualizar que el espárrago, la rosa y el *leucoio*, especie de flor blanca como el alhelí, duraban en ella nueve meses del año ⁶, particular que amplía Plinio respecto de Cartagena donde las rosas preciosas, según su expresión, duraban todo el invierno ⁷. Por último, el insigne geógrafo de

¹ Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XVI, cap. XII.

² Estrabón, o. c., lib. III, cap. II; Plinio, XV, cap. XXI.

³ Avieno, *Ora Marítima*, v. 435.

⁴ Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XVI, cap. LXXVI y LXXIX.

⁵ Aristóteles, *Maravillas oídas*, núm. 88. Didot, t. IV, pág. 89.

⁶ Polibio, *Historias, Frag.*, l. b. XXXIV, núm. 8. Didot, pág. 112.

⁷ Carthagine Hispaniae hieme tota praecox. Plinio, lib. XXI, cap. X.

Á los vegetales mencionados pudieran agregarse quizá, como conocidos por los primeros pobladores históricos, el panizo, cuyo aprovechamiento en la Aquitania es testificado por Plinio, el nogal y el castaño, hallados, según algunos, en yacimientos cuaternarios de las comarcas septentrionales de la Península, designado el último por los Griegos con el nombre de bellota de Sardis y con el de *caristic*, idéntico con aquél, por el cual eran conocidos los de Alava en la época de los Romanos. Aparte de estas indicaciones y de la que parece resultar de las investigaciones de los Sres. Siret en el Sudeste de España, tocante al aprovechamiento antiquísimo de la garrofa ó fruto del alga-

Amaséa cita, no como producción vulgar, sino como ejemplares raros y peregrinos, la existencia de dos árboles, el primero parecido al *drago*, de fruto comestible, y hojas en forma de espada de un codo de largo por cuatro dedos de

robo en Argar (o. c. *Album, Planche, XXIV*), y de las habas, *Revue des Questions Scientifiques*, t. XXIII, pág. 21, no parecerá aventurado el completar el cuadro de las plantas enumeradas con otras que, sin ser mencionadas por los autores clásicos de la antigüedad, son señaladas, como espontáneas en España, por acreditados botánicos. Tales son la escorzonera (*escorzonaria Hispaniae* de Linneo), el ajo vulgar (*allium sativum*), la escarola (*lactuca scariola*), el perejil (*petroselinum sativum*), el apio caballar ó *maceron* (*smyrniolum olus atrum*), la yerba de ensalada llamada canónigo (*valerianilla olitoria*), la alcachofa (*cynara scolymus*), la achicoria amarga (*cichorium intybus*), el pipirigallo (*hedysarum coronarium*), que los Franceses designan por *sain-foin de l'Espagne*, el trébol común (*trifolium pratense*), el trébol encarnado (*trifolium incarnatum*), espontáneo en Galicia, en Vizcaya, en Cataluña y en las Baleares, el yero (*ervum ervilia*), la arveja (*pisum ochrum*), la serradella (*ornithopus sativus*), la esparciella (*spergula arvensis*), el zumaque (*rhus coriaria*), la fresa (*fragaria vesca*), el guindo silvestre (*prunus avium*), el cerezo común (*cerasus prunus*), el ciruelo común (*prunus insiticia*), el grosellero no rojo (*rubus grosellaria*) y la adormidera (*papaver somniferum*). El nogal se ha hallado en los *tufos* cuaternarios de la Provenza. Véase la interesante obra de Mr. Alph. De Candolle, intitulada *Origine des plantes cultivées*, París 1883. Fijándose este ilustre botánico en los nombres vascos del peral común (*pyrus communis*), denominado en euscara *udaria* ó *madaria*, cuya variedad numantina encareciera Plinio, y del manzano (*pyrus malus*), que se dice en el mismo idioma *segarra*, conjetura que su existencia es antiquísima en la Península, ó á lo menos anterior á la venida de los Arias, opinión que se autoriza por probable. No se puede recibir, sin embargo, ninguna de las dos presunciones que aventura, atribuyendo igual antigüedad á la clase de melón llamado *sandía*, y al *far* asturiano, que en idioma vulgar se dice *escandia*, atentas sus denominaciones españolas; pues la primera se explica naturalmente por el arábigo, donde se llama *bateja assindia* (بطيخة السندية) ó «una *badea assindia*», al melón de la comarca india denominada Assind y la segunda, que no es vasca ni latina, señala una procedencia septentrional muy marcada. De admitir como espontáneas en el suelo español todas las plantas, que tienen nombre especial en lengua vascongada, podría acrecerse considerablemente el número de aquéllas, según parece de las designaciones del avellano *urrizá*, del yezgo *andurá*, del madroño *caudaná*, del endrino *belcharana*, etc.; pero se alcanza la poca solidez de tal base, ora por la facilidad de traducir al vasco ó dar forma euscara á un nombre exótico, ora por la aplicación del nombre de un vegetal espontáneo conocido á otro introducido con posterioridad, merced á algunas semejanzas exteriores, así, por ejemplo, el nombre de sandía *angurria*, no demuestra en manera alguna que sea espontánea en las provincias vascongadas. *La Enciclopedia moderna*, impresa en París (1844-63), señala como espontáneos ó antiquísimos en la Península la

ancho de magnitud cada una, y con las ramas inclinadas hacia el suelo, de las cuales se desprendía un líquido lechoso, al troncharse (en tanto que la incisión en las raíces pro-

salvia, por constituir una variedad importante la hispana para la tisana de su nombre y la de Cataluña de hojas estrechas; el rábano, el roble, el alcornoque, en especial el de Extremadura y Portugal y probablemente la zanahoria, en Galicia, en Vizcaya, Cataluña y en las Baleares. Los Sres. Siret, *Revue des Questions Scientifiques*, atribuyen á una edad intermedia entre la neolítica y la de bronce las *castañas* y *habas*, encontradas en los escombros de antiguas poblaciones de Andalucía.

Innumerables son las plantas que crecen espontáneamente en España, á tenor de las descripciones de Quer, Rojas Clemente, Del Amo, Loscos, Mínguez, Castel y otros eximios botánicos, según se muestra testificado en importante alarde, en la flora española ó *Enumeración de las Plantas de la Península Hispano-lusitana é islas Baleares*, publicada por D. Miguel Colmeiro, 1885-1889, donde figuran con tal carácter varias especies de malvas, la alcaparra, la altea, los acónitos, en especial los llamados *lycóctono pirenaico*, *capilla de fraile* ó *capello* y *yerba del lobado*, la peonía sencilla y doble, la ruda silvestre, (*ruta montana*), la *brassica Tournefortis* Gou ó *mostaza amarguera*, la *brassica palentina* ó *mastuerzo*, la *brassica napus*, nabo silvestre; la *brassica aesculenta*, nabo común; la *brassica campestris*, conalo; el árbol del paraíso, *melia*; la reseda mayor (*reseda suffruticosa*); la violeta (*viola odorata*), la mostaza negra, blanca y gebena (*sinapis nigra, alba et laevigata*); el bonetero ó evónimo (*evonymus europæus*), el arze (*acer*), el acebo (*ilex aquifolium*); la angélica levístico (*angelica officinalis*); la carvifolia (*selinum carvifolium*); la angélica de los montes (*angelicastrum*); el apio seco (*selium pyrenaicum*); la angélica palustre (*angelica silvestris*); el apio palustre (*apium graveolens*), la rubiana real de España (*cytisis hispanicus*), la ginesta (*cytisis scoparius* ó *genista silvestris vulgaris*); el cambrión (*genista lusitana* y *genista Barnadessi Graelli*), la algarroba (*eryum monanthus*); la yedra (*hedera*); el cerezo silvestre (*cornus*), el opoponaco (*opoponax*), el arrayán (*myrtus communis*), la cañaheja (*thapsia*), la retama (*genista hispanica* y *spartium hispanicum*) de flores blancas y de flores amarillas, la zarza macho (*rubus caesius*), el zarzal (*rubus hyrsadeus*), el serval silvestre (*pyrus acauparis*), el taray (*tamarix africana*), el tamarisco (*tamarix gallica*), el ojaranco (*rhododendron*), el mirto ó arrayán de Brabante (*mirica gali*), el mastranzo nevado (*menta silvestris*), el gesmín (*jasmiurus fruticans* y *officinale*), el laurel (*laurus nobilis*), el torbisco (*daphne alpina*), el romero (*rosmarinus officinalis*), el tomillo (*thymus mastichina*), la malva lustrada ó malvilla (*malva hispanica* L.), el haya (*fagus silvatica*), el abedul (*betula alba*), el aliso (*alnus glutinosa*), el álamo temblón (*populus tremula*), el álamo blanco (*populus alba*), el negro (*populus nigra*), la mimbrera roja (*salix pentandra*), el sauce reluciente (*salix fragilis*), el sauce común (*salix alba*), el sauce silvestre (*salix amygdalina*), el sauce purpúreo (*salix purpurea*). En otro estudio del mismo Sr. Colmeiro, intitulado *Resumen de los datos estadísticos concernientes á la vegetación espontánea de la Península é islas Baleares*, Madrid 1890, señala (pág. 15-22), la semejanza de la vegetación de las plantas espontáneas del Norte y Noroeste de la Penín-

ducía un licor sanguinolento de color de minio), y el segundo con corteza de espinas, de la cual se labraban telas primorosísimas ¹.

Ni son pocos los animales que los escritores de la antigüedad clásica describen como especiales ó más comunes en la Península, en sus mares adyacentes y en las islas vecinas, con indicación de una fauna primitiva muy importante. Si se recuerda que Plinio, aun en los casos en que no escribía de referencia ó lejos de los lugares, teatro propio de las observaciones, lo verificaba en época en que la zoología experimental, técnica y descriptiva, no alcanzaba el desarrollo que al presente, no deja de maravillar el que, después de haber reconocido como vegetales los corales comunes, coloque entre los grandes animales un árbol, que existía en el Océano de Cádiz con grandes ramas, las cuales se extendían en tanto espacio, que por esta causa no había entrado jamás en el Estrecho; cir-

sula con la de las del Pirineo y del centro de Europa y la de las que crecen en nuestras provincias orientales con la de las del Mediodía de Francia y Poniente de Italia; pero insiste particularmente sobre la influencia general del carácter africano de la vegetación en las comarcas españolas, el cual sin faltar en las regiones orientales é interiores predomina en las del Mediodía, pareciendole aproximada á exactitud la aserción de *hallarse en la Península las tres cuartas partes de plantas observadas en Marruecos*. En suma, cuenta este autor 147 especies fanerógamas propias de la Península é islas Baleares y 789 criptógamas, entre ellas tres especies de helechos, varios abetales y pinos, tejos, hayas, castaños, robles, alcornoques, alisos, abedules, álamos blancos y negros, sauces, olmos, almeces, arzes, fresnos, tilos, laureles y árboles de paraíso. *Ibidem*, págs. 20 al 27.

1. Ἱστορεῖ δε (Ποσειδώνιος) δένδρον ἐν Γαδεΐροις ὄζους ἔχον καμπτόμενους εἰς ἕδαφος πολλάκις δὲ φύλλα ξιφονειδῆ πηχυαῖα τὸ μῆκος, πλάτος δὲ τετρά δακτύλα, περὶ δὲ Νέαν Καρχηδόνα δένδρον ἐξ ἀκάνθης φλοιὸν ἀφιέται, ἐξ οὗ ὑφάσματα γίνονται κάλλιστα τῶ μὲν οὖν ἐν Γαδεΐροις καὶ ἡμεῖς οἶδαμεν ὅμοιον ἐν Αἰγύπτῳ κατὰ τὴν τῶν κλαδῶν κατακαμψιν, οἷς δὲ φύλλοις ἀνόμοιον, οὐδὲ καρπὸν ἔχον τοῦτο δὲ ἔχειν φησι τὰ δ' ἀκάνθινα ὑφαίνεται καὶ ἐν Καππαδοκίᾳ, φερεῖ δ' οὐ (δὲν) δένδρον τὴν ἀκάνθαν ἐξ ἧς ὁ φλοιός, ἄλλα χαμαίζηλος ἢ βοτανὴ ἢ δὲ δένδρῳ τῶ ἐν Γαδεΐροις καὶ τοῦτο προσιστόρηται, ὅτι κλάδου μὲν ἀποκλωμένου γάλα βρεῖ ρίζης δὲ τεμνομένης μιλτώδες ὑγρὸν ἀναφέρεται, τοιαῦτα καὶ περὶ Γαδεΐρων. *Estrabón, Geográficos*, lib. III, cap. V, Didot, pág. 145. El mencionado Sr. Colmeiro, *Enumeración de las plantas*, t. I, pág. XII, adelanta la conjetura de que el primero de estos árboles era el *drago (dracaena draco L.)*, «que allí prospera al aire libre».

cunstances que sólo pudieran referirse ó á un banco de actinaceas, pertenecientes á un orden distinto del general explotado y con condiciones zoológicas más señaladas y manifiestas, ó al de una especie de *medusa*, según pretenden algunos comentadores; y, en particular, el que señale inmediatamente después, como frecuente en el mismo sitio, el fitozoo, llamado *rota* ó estrella de mar ¹. Entre los invertebrados de la clase de los éntomas nombran los clásicos las abejas, cuya miel constituía el elemento principal, al decir de Trogo Pompeyo, de antigua alimentación de los Lusitanos Cunetes, y era abundantísima en la Turdetania según Estrabón ², como asimismo el insecto llamado *coscojo* ó *cusculio*, que producía el quermes, abundante en toda España y muy singularmente en la Turdetania y en tierra de Mérida, donde se recogía el mejor ³. Esto, sin contar los *mustiones* ó mosquitos citados por San Isidoro, las hormigas y varios insectos de los que atacan la madera, reconocidos en los restos de las antiguas poblaciones del Sudeste de España, descritos por los Sres. Siret. De los malacozoos mencionan señaladamente, por lo que toca á los mares de la Bética, pulpos, ocnas, calamares y jibias de corpulencia extraordinaria, acerca de los cuales reunió observaciones el procónsul L. Luculo, publicadas por Trebio Niger, en especial, sobre un pulpo, cuya cabeza presentada al expresado procónsul tenía cavidad de cinco ánforas ⁴, muchas

¹ Hablando Plinio de los grandes animales marinos en el cap. III del lib. IX de su *Hist. Nat.*, después de hacer mención de la ballena y del cachalote, escribe: «In gaditano Oceano arbor in tantum vastis despansa ramis, ut ex ea causa fretum nunquam intrasse credatur. Apparent et rotae appellatae a similitudine, quaternis destinatae radiis. Análogaduda ocurre sobre la piedra *chryselectro*, hallada en España (XXXVII, cap. XLIII), junto al cristal de roca.

² O. c., lib. III, cap. II, pág. 119. Varrón refiere que dos hermanos nacidos en Italia, llamados Veianios, estableciendo importante explotación de miel en la Península Ibérica, se enriquecieron en breve. *De re rústica*, lib. III, cap. XVI.

³ Estrabón, o. c. Didot, pág. 119. Plinio, *Hist. Nat.*, lib. IX, cap. XII; libro XVI, cap. XII; lib. XXII, cap. III.

⁴ Plinio, *Hist. Nat.*, lib. IX, cap. XLVIII. ὡς δὲ οὕτως ἔχει (ἡ Τουρδετανία...) καὶ ὀρύγων. Estrabon, lib. III, cap. II. Didot, pág. 120.

ostras, y diferentes clases de conchas mencionadas por Estrabón, particularmente una que producía perlas negras con rayas blancas, según se interpreta por descripción de autores citados por Plinio ¹: la bocina que se cogía cerca de Carteya y daba púrpura ², el propio *murex* hallado en las exploraciones de los Sres. Siret y los caracoles llamados *cavaticae* de las Baleares ³.

Pasando al tipo de los vertebrados, entre los peces del mar, eran copiosos los atunes de tamaño extraordinario, las murenas, escombros ó caballas, los garos ⁴, los *cleidios* gaditanos, los esturiones ó sollos y la salpa de Ibiza; entre los cetáceos, las ballenas, que aparecían en Cádiz en épocas determinadas y se retiraban á depositar sus crías en un golfo tranquilo, y asimismo las urcas, reputadas por los zoólogos modernos como cetáceos del orden de los delfines, las cuales, según informes de Plinio, reunidas en gran número perseguían á las ballenas y tenían el aspecto de *masas enormes de carne, armadas de dientes* ⁵. Había multitud de cu-

¹ Estrabón, o. c., lib. III, cap. II, pág. 120. Τὰ τε γὰρ ὀστρεώδη πάντα καὶ κοχχοῖδη. *Ibidem*. Inveniuntur et gemmae eodem nomine et colore... et in littoribus Hispaniensis Oceani. Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XXXVII, cap. LXV.

² ...ἐν δὲ Καρτεῖα κήρυκας δεκακοτυλοῦς καὶ πορφύρας φάσιν. *Ibidem*.

³ ...cochlcae. In Balearibus insulis, *cavaticae* appellatae non prorepunt e cavis terrae, neque herba vivunt, sed uvae modo inter se cohaerent. Plinio, *Hist. Nat.*, lib. VIII, cap. LIX.

⁴ Estrabón, o. c., lib. III. Plinio, *Hist. Nat.*, lib. IX, cap. XXXII. «Seguramente habría que añadir á este número el salmón, del cual escribe Plinio (*Ibidem*): «In Aquitania salmo fluviatilis marinis omnibus praefertur.» Los señores Siret han hallado el *murex* en sus excavaciones. O. c., *Planche XXV*.

⁵ Balaenae et in nostra maria penetrant. In gaditano Oceano non ante brumam conspicí eas traducit, condi autem statis temporibus in quodam sinu placido et capace mire gaudentes ibi parere. Hoc scire orcam, infestam his belluam, et cuius imago nulla repraesentatione exponi possit alia, quam *carnis immensae dentibus truculentae*. Irrumpunt ergo in secreta, ac vitulos earum, aut fetas, vel etiam num gravidas lancinant morsu. incursuque seu liburnicarum rostris fodiunt. Illae ad flexum immoviles ad repugnandum inertes et pondere suo oneratae, tum quidem et utero graves pariendive poenis invalidae solum auxilium novere in altum profugere et se toto defendere Oceano. Contra orcae occurrere laborant se sequi, opponere et cautium angustiis trucidare, in rada urgere, saxis ellidere. Plinio, o. c., lib. IX, cap. V. El tamaño de las *orcas* debía ser considerable, pues refiere Plinio que vista una en el

lebras en la Colubraria (Islas Columbretes) llamada Ofusa por los Griegos, de las cuales se hallaba exenta la de Ebuso, que según opinión común las ahuyentaba ¹.

Celebrábanse, entre las aves, el fenicóptero ó flamenco, de gusto exquisito, la que decían *falacro corax* (*pelicanus carbo*), cuervo marino propio de las Baleares ², el porfirión ó polla sultana ³, el *buteo* ó gerifalte y el *vipion* ó grulla señorita de las mismas islas, el cisne, la avutarda ⁴ y como una peculiaridad de España cornejas cuya pluma no era negra ⁵. Ni faltan testimonios que acrediten la existencia del cuclillo y de la paloma silvestre ⁶.

De los mamíferos se encarecen cerdos de tamaño extraordinario y de gusto sabrosísimo en la Lusitania ⁷, en

puerto de Ostia en tiempo del emperador Claudio, su dorso se levantaba mucho sobre las aguas, asemejándose á una carena invertida. El emperador, saliendo á combatirla con sus pretorianos, dió al pueblo romano un espectáculo antes no visto: acometieron al monstruo soldados con lanzas que la herían desde barcas, y Plinio dice que vió hundirse uno de aquellos botes, lleno de agua por un resoplido de la enorme bestia. Ateneo, en su obra de los *Dipnosofistas* ó de *las Cenas*, lib. VII, cap. XXXI, con referencia al tratado de Dorion *sobre los peces*, menciona una variedad de atunes, llamados *orcinos* (*ὄρκυνοι*), en el Estrecho de Hércules, y en el mar de Cádiz los pescados llamados *llavecillas* (*κλειδίαι*), y los esturiones (*ἀντικεοί*), ó sollos, de que se hacían escabeches.

¹ Plinio, lib. III, cap. XI.

² Phoenicopteri linguam praecipui saporis esse Apicius docuit... quondam existimatus inter raras aves. Iam et in Gallia, Hispaniaque capitur et per Alpes etiam, ubi et phalacrocoraces aves Balearium insularum peculiare. Plinio, *Hist., Nat.*, lib. X, cap. LXVIII.

³ Baleares insulae nobiliorem etiam supra dicto *porphirionem*. Ibi et *buteo* accipitrum generis in honore mensarum est; item *vipiones*, sic enim vocant gruem minorem. *Ibidem*, cap. LXIX.

⁴ Proximae eis (anseribus chenalopecibus) quas Hispania aves tardas appellat Graecia otidas. Plinio, *Ibidem*, lib. X, cap. XXIX... ἔστι δὲ ὑποῦ καὶ αἱ λίμναι πληθύνουσιν ὄρνεις δὲ κυκνοὶ καὶ τὰ παραπλήσια ἄλλα δὲ καὶ ὠτίδες. Estrabón, O. C., lib. III, cap. IV, pág. 135.

⁵ Ἴδιον δ' εἶρηκεν (ἐν) Ἴδηριχ ὁ Ποσειδώνιος καὶ τὸ τὰς κορώνας (μὴ) μελαίνας εἶναι. *Ibidem*, pág. 136.

⁶ San Isidoro, *Etymologiae*, lib. XII, cap. VII, MM. Siret, *Les premiers ages du metal*, etc., *Planche XXV*, núm. 82.

⁷ Vere sus usque adeo pinguetudine crescere solet ut se ipsa stans sustinere non possit, neque progredi usquam. Itaque eas, si quis quo traicere vult, in plostrum imponit. In Hispania ulteriore, in Lusitania, sus quum esset occisus

la Cantabria y en la Ceretania ¹, cuatro clases de caballos, el *celdo* ó *thieldo*, el *asturcón* de poca estatura ², el celtibérico ó manchado ³ y el salvaje, de que hacen mérito Estrabón en sus *Geográficos* y Varrón en su *Tratado de Agricultura* ⁴, sin contar las famosas yeguas de Lisboa, que por su velocidad se suponían fecundadas por el viento; unas vacas de poca estatura ⁵ y los bueyes larinos de la Eritia, probablemente parecidos á los de la Tesalia, según la tradición de los Griegos; con los cuales los ibero-tésalos, de que habla Tácito se ejercitaban en la caza, agarrochándolos, ejercicio que dió el primero Julio César como espectáculo á la gente de Roma ⁶; los ciervos blancos, las cabras comunes y monteses ⁷, las ovejas corácicas cordobesas y las musmonas de pelo largo, variedad que los antiguos conocieron en Córcega y los modernos en las Baleares y en África ⁸, las famosas de

Attilius Hispaniensis, minime mendax et multarum rerum peritus in doctrina, dicebat L. Volummio senatori missam esse offulam cum duabus costis, quae penderet III et XX pondo, eiusque suis a cute ad os pedem et III digitos fuisse. Varron. *De re rustica*, lib. II, cap. IV.

1 Estrabón, o. c., lib. III, cap. IV, Didot, pág. 134.

2 In eadem Hispania Gallaica gens est et Asturica; equini generis (hi sunt quos *celdones* vocamus minori forma appellatos *asturcones*) gignunt quibus non vulgaris in cursu gradus, sed mollis alterno crurum explicatu glomeratio inde equis tolitim carpere incursus traditur arte. Plinio, o. c., lib. VIII, cap. LXVII.

3 ...καὶ τὸ τοῦς ἵππους τῶν Κελτιβηρῶν ὑποψάρους ὄντας, ἐπειδὴν εἰς τὴν ἐξω μετα χθῶσιν Ἰβηρίαν, μεταβάλλειν τὴν χροῖαν. Estrabón, o. c., lib. III, cap. V, Didot, pág. 136.

4 Estrabón, III, cap. IV, pág. 135. Equi feri in Hispaniae citerioris regionibus aliquot. (Varrón, *De re rustica*, lib. II, cap. I). A ellos y al asno salvaje se refirieron, según parece, lo que informaron á D. Felipe II los vecinos de Chinchilla, al contestar lo preguntado para el censo, señalando que en sus montes existía en lo antiguo una salvajina, á manera de yegua de color cenizoso.

5 Así lo inducen los Sres. Siret, en vista del tamaño de los huesos encontrados en sus investigaciones en el Sudeste de España, *Les premiers âges du metal*, Anvers 1887, pág. 407.

6 Plinio, *Hist. Nat.*, lib. VIII, cap. LXX.

7 Fiunt cervi aliquando et candido colore, qualem fuisse tradunt L. Sertorii cervam esse fatidicam, Hispaniae gentibus persuaserat. Plinio, *Hist. Nat.*, lib. VIII, cap. LI. ...φερεῖ δὲ ἡ Ἰβηρία δορκάδας πολλὰς καὶ ἵππους ἀγρίους. Estrabón, o. c., lib. III, cap. IV, Didot, pág. 131.

8 Ateneo (*Dipnosofistas*, lib. VII, cap. II), señala la excelencia de la lana de la oveja cordobesa con ser de color oscuro; de la musmona dice Plinio: Est in

la isla Eritia, sobremanera encomiadas y algunas de la España citerior, que, según los informes varronianos, proporcionaban vellón al esquilaio dos veces al año ¹, y demás de esto animales roedores como el castor, de una variedad que no suministraba el remedio eficazísimo del castor del Ponto ², liebres de igual tamaño que las de Italia y por tanto menores que las de la Galia Transalpina y de la Macedonia ³, conejos que destruían casas y ciudades, llevados, según parece, de la Península á las islas Gimnesias ⁴ y ratones considerados como vehículos de epidemia ⁵; y, por último, carniceros como el oso ⁶ y probablemente el perro, el gato, la comadreja y el hurón, estimado en los libros estrabonianos como de origen libio ⁷ (quizá porque

Hispania, sed maxime Corsica, non maxime absimile pecori genus musmonum caprino villo, quam pecoris velleri proprius. Plinio, *Hist. Nat.*, lib. VIII, capítulo LXXV.

¹ Varron, *De re rustica*, lib. III. Estrabón refiere, o. c., lib. III, cap. IV, que las ovejas criadas allí daban leche con poquísimo suero, la cual era tan gruesa que era menester añadirle mucha agua para coagularla al efecto de hacer queso.

² Κάστωρας φέρουσι μὲν, οἱ ποταμοὶ τὸ δὲ καστόριον οὐκ ἔχει τὴν αὐτὴν δύναμιν τῷ Ποντικῷ· ἴδιον γὰρ τῷ Ποντικῷ πάρεστι τὸ φαρμακῶδες, καθάπερ ἄλλοις πολλοῖς. Estrabon, *Ibidem*.

³ Qui dicitur lepus... In Gallia Transalpina et Macedonia sunt permagni in Hispania et in Italia mediocres. Varron, *De re rustica*, lib. III, cap. XII.

⁴ ... τῶν δ' ὀλεθρίων θηρίων σπάνις πλὴν τῶν γεωρῶν λαγιδῶν οὓς ἔνιοι λεθηρίδαί προσαγόρευουσι· λυμαίνονται γὰρ καὶ φυτὰ καὶ σπέρματα ριζοφαγοῦντες καὶ τοῦτο συμβαίνει καὶ ὅλην τὴν Ἰβηρίαν σχεδὸν διαίτεινε καὶ μέχρι Μασσιλίας, ὅχλει δὲ καὶ τὰς νήσους οἱ δὲ τὰς Γυμνησίας οἰκοῦντες λέγονται πρεσβεύσασθαι ποτὲ πρὸς Ῥωμαίους κατὰ χωρὰς αἰτησὶν ἐκθάλλεσθαι γὰρ ὑπὸ τῶν ζῶων καταχεῖν μὴ δυνάμενοι διὰ τὸ πλῆθος. Estrabón, lib. III, cap. II, Didot, pág. 119. Nec cuniculos Ebusus gignit populates Balearium messes. *Hist. Nat.*, III, cap. XI. M. Varro auctor est a cuniculis suffossum in Hispania oppidum. *Ibidem*, lib. VIII, cap. XLIII.

⁵ ... οὐδὲ τὸ τῶν μυῶν πλῆθος ἴδιον (Ἰβηρσι) ἀφ' οὗ καὶ λοιμικαὶ νόσοι πολλάκις ἤκολουθησαν. συνέθη δ' ἐν τῇ Κανταβρία τοῦτο τοῖς Ῥωμαίοις, ὥστε καὶ μισθοὺς ἄρτυσθαι μυοθηροῦντας πρὸς μέτρον ἀποδειχθέν (καὶ) δισώζοντο μόλις. Estrabón, o. c., lib. III, capítulo IV, Didot, pág. 137.

⁶ Cerebro (ursorum) veneficium inesse Hispaniae credunt, occissorumque in spectaculis capita cremant. Plinio, *Hist. Nat.*, lib. VIII, cap. LVIII.

⁷ Restos del perro y del gato común se han hallado por los Sres. Siret en Andalucía, *Les premiers âges*, Anvers 1887, pág. 407: del gato líbico llamado hurón habla el texto estraboniano, ... καὶ δὲ γαλιᾶς ἀγρίας, ἃς ἡ Λιβύη φερεῖ τρέφουσιν ἐπίτηδες. Estrabón, o. c., lib. III, cap. II, Didot, pág. 120.

A. M. P.
HUESCA

Los romanos lo adquirieron en África para servirse de él en Italia), con ser tan antiguo su empleo para la caza, en la Península Ibérica, que autoriza á conjeturar remota aclimatación, á lo menos en nuestras comarcas del Mediodía ¹.

Dada la riqueza general de la fauna y flora de nuestra Península, testificada por geógrafos, arqueólogos é historiadores, con relación á tiempos muy remotos, y la diversidad de elementos etnógrafos, que acompañaron ó concurren á la formación de sus primeras poblaciones, es de creer que, cualquiera que fuese la frugalidad y parsimonia celebrada, respecto de los antiguos iberos, materia sobre la cual las memorias históricas nos conservan algunas excepciones ², las sustancias empleadas para su comida y bebida habrían de variar frecuentemente, no sólo por la diferencia de producciones, según el suelo y clima de las diversas co-

¹ Es obvio que la fauna antigua de la Península, después de las últimas revoluciones geológicas y en la época de sus primeros pobladores históricos, debió ser mucho más rica y completa, como quiera que el silencio de los antiguos escritores pudiera suplirse hasta cierto punto por estudios de insignes naturalistas modernos como la de Graells sobre los coleópteros, los de Hidalgo acerca de los moluscos, los de Arévalo y Vaca relativos á las aves, y los de Tornos y Pérez Arcas sobre los mamíferos terrestres; pero en todo caso cumple el advertir que la determinación de lo autóctono ó endémico en los animales es más difícil que en los vegetales, porque, sobre la acción voluntaria ó espontánea del hombre, la influencia de los vientos y de otros fenómenos meteorológicos, la comunicación por las aves, etc., existen las costumbres migradoras de muchos mamíferos y aves, y, especialmente, el instinto individual estimulado por la necesidad ó la persecución, el cual produce muchas adaptaciones y aclimataciones. Por lo que toca á otro linaje de datos aducidos por la arqueología, no parece fuera de propósito recordar la copia de utensilios y joyas de marfil reconocidas por los Sres. Siret en la época neolítica y primera edad de los metales, o. c., *Album, Planches XLIV y LXIII*, abundancia que no se explica bien, atribuyéndola sólo al comercio, en tiempos tan remotos, y que deja suponer quizá la existencia de muchos restos de elefantes, que desaparecieron, poco había de aquellas comarcas, ó que vivían, tal vez entonces, en la Península Ibérica.

² Respecto de los deleites y delicias, á que se entregaron los Tirrenos ó Túrduos, que pasaron á Italia, los cuales comían opíparamente dos veces al día, tenían estrados, magnificas casas, con muchas habitaciones y numerosos servidores y esclavos, puede verse á Diodoro, *Biblioteca Histórica*, lib. V, cap. XL. Verdad es que advierte ser esto un resultado de haber abandonado las virtudes de los antiguos tiempos: (ἐκ παλαιῶν χρόνων παρ' αὐτοῖς ἐηλουμένην ἀλήτην ἀποθεβλήχασιν).

marcas que habitaron, sino también por el ejemplo é influencia de otros pueblos. El autor de *Los Geográficos* refiere que los Españoles de las montañas se alimentaban de pan de bellota machacada y reducida á harina ¹, según lo verifican aún los moradores de ciertos pueblos de Cataluña, costumbre heredada quizá de los antiguos medos, que lo usaron de almendras tostadas y hacían tortas de manzanas secas ², ó de gentes caldeas que lo elaboraron de dátiles ³. Conocieron y usaron el trigo, cuya antigüedad en Europa se testifica copiosamente, no sólo por haberse hallado en lugares que ocuparon poblaciones palustres de Suiza, antigüedad que pudiera remontarse á época anterior á la guerra de Troya ⁴, sino por mostrarse en las estaciones ibero-líbricas de Andalucía ⁵, con ser frecuentes además legendarios mitos y tradiciones que describen á Saturno, á Hércules, á Pan y á Luso, divulgando en los términos de España el cultivo de tan importante ramo de agricultura, floreciente ya entre los Libios y Atlantes así como en Babilonia; población no

1 ... οἱ δ' ὄρεισι τὰ δύο μέρη τοῦ ἔτους δρυοβαλάνη χρῶνται, ξηράναντες καὶ κοψάντες εἶτα ἀλέσαντες καὶ ἀρτοποιησάμενοι ὡς τ' ἀποτίθενται εἰς χρόνον. «Los moradores de los montes usan (comen) la bellota de encina las dos partes del año (en verano é invierno) secándola y cortándola en pedazos, moliéndola luego y haciendo de ella pan, que van reponiendo oportunamente.» Estrabón, *Geográficos*, III, capítulo III, párr. 7.

2 ... σιτοῦνται γοῦν ἀπὸ ἀκροδρύων, ἐκ τε μῆλων ξηρῶν ποιοῦνται μάζας ἀπὸ δ' ἀμυγδάλων φωχθέντων ἄρτους. «Alimentanse (los Medos) de frutas de los árboles, hacen tortas de manzanas secas y panes de almendras tostadas.» Idem, lib. XI, capítulo XIV, párr. 55.

3 ... εἰσὶ δὲ σπι φοίνικες πεφυκότες ἀνὰ πᾶν το πεδίον, οἱ πλεῦνες αὐτῶν καρπωφόροι, ἐκ τῶν καὶ σιτία καὶ οἶνον καὶ μελί ποιοῦνται. «Tienen (los Babilonios) palmas plantadas en la llanura, las más de ellas que llevan fruto, de las cuales procuran materia para panes, vino y miel. Herodoto, lib. I, cap. CXIII.

4 De Candolle, *L'origine des plantes cultivées*, pág. 285.

5 Ya en mi discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, impreso en 1867, mostré, bajo la autoridad de Procopio (*Guerra Gótica*, lib. III), que las poblaciones lacustres de Suiza son históricas, habiendo vivido en ellas los franco-germanos antes de la época de las irrupciones bárbaras; sin que sea lícito acreditar argumentos sobre sus épocas y orígenes, á partir solamente del estudio de objetos pertenecientes á las edades de piedra y de metal, que duran y alternan frecuentemente en el centro de Europa con los de épocas posteriores.

muy lejana del país escítico de los Accadios, donde se produce espontáneamente ¹. Lo que no consta de igual manera es la forma con que lo aplicaron á la alimentación en los primeros tiempos, pudiendo colegirse de la tradición romana, eco de las costumbres tirrenas ó etruscas, que los Iberos lo emplearían por ventura, antes que elaborado en pan, ora cocido en la forma ordinaria de la morisqueta china ó filipina, ora frito ó cocido con condimento según se usa en el frangollo castellano, en el alcuzcuz arábigo y en la *pulte* romana ², ora, en fin, tostado simplemente como lo prepararon más adelante los Etruscos para la molienda ³, y lo acostumbraron á usar y distribuir los Hebreos á los niños en las fiestas nupciales ⁴. El mijo, muy cultivado por los Iberos de Italia, no menos que por los Etiopes y los Escitas Sármatas ⁵, los cuales lo usaban de dos maneras, ya cocido en puches, ya en harina cruda humedecida con leche ó sangre de yegua, es verosímil que sirviera de alimento á los Iberos españoles, quienes compartían á

¹ MM. Siret, *Révue des Questions Scientifiques*, Bruxelles 1888, 20 Janvier, págs. 21 y siguientes.

² «Pulte autem non pane, vixisse longo tempore Romanos manifestum, quoniam inde et pulmentaria hodieque dicuntur. Et Ennius antiquissimus vates obsidionis famem exprimens, offam eripuisse plorantibus liberis patres commemorat. Et hodie sacra prisca, atque natalium pulte fritilla conficiuntur, videturque tam puls ignota Graeciae fuisse quam Italiae polenta.» Plinio, *Hist. Nat.*, lib XVIII, cap. XIX, párr. 2. Ni parece imposible que proceda de restos de trigo cocido la harina basta, hallada por los Sres. Siret en sus citadas exploraciones, *Planche XV*, pues con ser evidente que en las ruinas estudiadas aparecen instrumentos de molienda, es sobremanera difícil determinar la época segura á que pertenecen aquélla y éstos, que se usaron á veces, como queda indicado, para la preparación del pan de bellotas.

³ Pistura non omnium facilis: quippe Etruria spicam farris tosti pisente pilo praeferrato, fistula serrata et stella intus denticulata, ut nisi intenti pisantur, concidantur grana, ferrumque frangatur. *Ibidem*, cap. XXIII, párr. 1.

⁴ *Ordenamiento de las Aljamas Hebreas*, Madrid, Fortanet, 1886, pág. 68.

⁵ Milio Campania praecipue gaudet pultemque candido ex eo facit. Fit et panis praedulcis. Sarmatarum quoque gentes hac maxime pulte aluntur, et quondam etiam farina, equino lacte, vel sanguine e cruris venis admixto. Aethiopes non aliam frugem quam milii hordeique novere. Plinio, *Hist. Nat.*, l. c., capítulo XXV.

las veces la costumbre escítica de tan repugnantes bebidas, así como el panizo destinado á ocupar plaza importante en la alimentación de los Iberos de Aquitania ¹. Aprovechaban entre otras legumbres cardos y alcachofas de Córdoba, objeto de especulaciones muy pingües; espárragos nombrados por Polibio y habas halladas en los restos de antiguas poblaciones de la época de transición, entre la edad neolítica y la edad de bronce ². En materia de frutas, comían de antiguo castañas ³, que los Griegos conocieron por primera vez traídas de determinadas regiones del Asia Menor, de donde las llamaron bellotas de Sardis ⁴, y *caristios*, higos en que cobraron fama Ebusa y otras comarcas españolas ⁵, manzanas de que sacaban también vino ⁶, peras que dieron nombre á los frutales numantinos ⁷, variedades, en fin, de uva blanca ya enumeradas y la uva negra estimada como la mejor de su clase ⁸. Aventajábase aún más su alimentación, por lo que toca á las carnes, regalándose con las de vacas larinas de la Eritia, con los carneros cebados de Turdetania que sobrepujaban en número y en la calidad de sus vellones á los del Ponto y del Cáucaso ⁹ y con los

¹ «Panico et Galliae quidem praecipue Aquitania utitur.» *Ibidem*.

² Plinio, lib. XIX, cap. XLIII. Véase á MM. Siret, *Révue des Questions Scientifiques*, tomo XXIII, pág. 21.

³ Sardibus eam provenere prius. Ideo apud Graecos Sardonios balanos appellant. *Ibidem*, XV, 25.

⁴ Ebuso insula praestantissimas ampliissimasque (ficos). *Ibidem*, cap. X. ... και συκής και των παραπλησίωων φυτών ή καθ' ήμεις 'Ιβηρικη παραλία πάντων εύπορεϊ, σύχνη δέ και των έκτός. «Y de higos y de plantas semejantes copiosamente abundan tanto la costa Ibérica, que mira hacia nosotros, como la que se extiende fuera del Estrecho.» Estrabón, lib. III, cap. IV, párr. 16.

⁵ Plinio, lib. XIV.

⁶ «Patriae nomina habent: serissima omnium Amerina, Picentina, *Numantina*, Alexandrina, Numidiana, Graeca, etc.» *Idem*, XV, c. XVI.

⁷ *Ibidem*, XIV, 4.

⁸ *Ibidem*.

⁹ ... πολλή δέ και έσθής πρότερον ήρχετο, νυν δ' έρια μάλλον των Κοραξών και ύπερβολή τις έστι του κάλλους: ταλαντιαίους γούν ώνοϋνται τους κριούς εις τάς όχειας. «Tuvo (la Turdetania) en lo antiguo mucha materia propia para vestidos y aun ahora lanas en mayor cantidad que los Coraxos. Tal es la excelencia de su hermosura que los moruecos, para la propagación de la casta, se venden á talento por

libios ¹ ó musmones de pelo largo como el de las cabras, copiosos así en España como en Córcega ², y, en los lugares más pobres, no faltaba la carne de macho cabrío ³, de ciervo, de jabalí, ni de variadas especies de caza ⁴. Quizá aprovecharon alguna vez la carne de caballo, con ser notorio que los Concanos del Centro y Norte de la Península tenían

cada uno.» Estrabón, lib. III, cap. II, párr. 6, Didot, p. 119. El insigne enciclopedista romano atribuye dicha excelencia á las de Salacia, en Lusitania, incomparable para el tejido que se nombraba *scutulatus* en su tiempo (Plinio, *Hist. Nat.*, lib. VIII, cap. LXXIII). Para concertar ambas opiniones basta recordar que en el sistema etnográfico de Estrabón la Lusitania constituida oficialmente para fines administrativos, como una provincia distinta de la Turdetania, formaba hasta ciertos límites parte de la última; pues después de advertir que en su tiempo no se establecía diferencia entre los Turdetanos y los Túrdulos (lib. III, cap. I, párr. 6, Didot, p. 115), afirma (lib. III, cap. II, párr. 15, Didot, p. 125) que Augusta Emerita estaba en los Túrdulos, no sin colgarla al propio tiempo entre las ciudades de Lusitania (lib. III, cap. IV, párr. 20, Didot, p. 138). Lo cierto es que Salacia se hallaba en los Célticos Cunetes, donde se coloca el reino de Habides, y es natural que, antes de la invasión de los Celtas perteneciese á los Turdetanos ó á los Túrdulos.

¹ ... ἐν Αἰθιοπία... πρόβατα ἐρίων μὲν ψιλὰ, τριγὰς δὲ καμήλων ἔχοντα. «En Etiopia (hay) ovejas desnudas de lana, las cuales tienen pelo de camello.» Eliano, *De la naturaleza de los animales*, lib. XVII, cap. X.

² Est in Hispania sed maxime Corsica genus musmonum, caprino non maxime absimile, pecori quam pecoris velleris propius. Plinio, *Hist. Nat.*, lib. VIII, capítulo LXXV.

³ Hablando Estrabón de los moradores de las montañas, escribe: τραγοφαγοῦσι δὲ μάλιστα καὶ τῷ Ἄρει τράγον θύουσι. «Comen mucha carne de macho cabrío, y sacrifican esta res á Marte.» Lib. III, cap. III, Didot, p. 628.

⁴ MM. Siret, *Revue des Questions Scientifiques*, t. XXXIII, pág. 21. ... ἄρθονος δὲ καὶ θοσκημάτων ἀφθονία παντοίων καὶ κυνηγεσίων. τῶν δ' ὀλεθρίων θηρίων σπάνις πλὴν τῶν γεωρύχων λαγιδέων οὗς ἔνιοι λεθηρίδας προσαγορεύουσι. «Hay mucha abundancia de ganado de todas clases y de piezas de caza. Escasean los animales dañinos, salvo los conejos minadores, que algunos llaman leberides.» Estrabón, lib. III, cap. II, párr. 6. (Descripción de la Turdetania.) Más adelante y hablando de la Península Ibérica en general, se expresa de esta suerte (lib. III, cap. IV, párr. 15): φέρει δ' ἡ Ἰβηρία δορκάδας πολλὰς καὶ ἵππους ἀγρίους. ἔστι δ' ὄπου καὶ αἱ λίμναι πληθύνουσιν ὄρνεις δὲ κύνοι καὶ τὰ παραπλήσια, πολλὰ δὲ καὶ ὠτιδες. «España alimenta muchos gamos y caballos salvajes y ofrece en varios lugares frecuentes lagunas. En éstas hay cisnes y otras aves semejantes y, asimismo, muchas avutardas.» Plinio (lib. VIII) habla de los Thielones y Asturcones, caballos gallegos y asturianos, de baja estatura, aunque no tanta (si no hay exageración en la expresión de Procopio), como la de una clase de caballos de Córcega (*Guerra Gótica*, IV, 5), cuyo tamaño era el de las ovejas. Verdad es que el mismo historiador señala á los corsos, como de estatura enana.

por alimento al decir de Silio, ó usaron el beber sangre de yegua ¹. Del cerdo mirado con repugnancia por Pónticos,

I

Nec qui Massageten monstrans feritate parentem
Cornipedis fusa satiaris, Concane, vena.

Silio Itálico, *Punicorum*, lib. III, v. 361. V. Horat. Od. III, 4, 54.

Sitúan á los Masagetas las descripciones de Herodoto (lib. I, cap. CCXVI) y de Estrabón (lib. XI, cap. VIII, párr. 6) á las orillas del río Araxes frontero de la antigua Media, el cual es afluente del caudalósísimo Cyro (*Ibidem*, XI, IV, 2, Didot, pág. 430). Éste atraviesa el país de los Moscos y la Iberia asiática, y después de haberse enriquecido con varios ríos, entre ellos el llamado Arago ó Aragón, desemboca en el mar Hircano ó Caspio. Entre las costas de dicho mar y la comarca ibérica estaban los Albaneses, que tenían al Norte los pueblos escíticos de los Getas y de los Leges, y más arriba las Amazonas (Estrabón, lib. XI, caps. IV y V). Vivían éstas en lo general como los Escitas y á ellas pertenecía, según Herodoto, la reina Tamiris, vencedora de Ciro (lib. I, caps. CCXXI y sigs.) También había Masagetas derramados por diversos lugares, al Levante y Norte del mar Caspio, declarando el citado texto de Estrabón (lib. IX, capítulo VIII) que algunos vivían junto á Bactros y á las orillas del Oxo en el país de los Escitas nómadas, cuyas renombradas tribus Xantia y Pisura se hallaban todavía en el primer siglo de nuestra Era (*Ibidem*, 2, pág. 438), cerca del país Pártico, aunque separadas por grandes desiertos de los Arios propiamente dichos. En el camino entre el Caspio y la Bactriana se hallaban los Tapuros con costumbres funerarias, que hemos señalado por análogas á las de los Vacceos, lo cual sería argumento suficiente, junto con el nombre de los Tapuros Lusitanos, á demostrar la existencia de antiguas emigraciones ó relaciones escíticas con España y África, si no se comprobase además entre los Tibetanos actuales (Reclus, *Nouvelle Geographie Universelle*, t. VI) la observancia antiquísima de las más de las ceremonias fúnebres, referidas como usadas en remota edad por Etiópes, Libios é Iberos de España. Los Masagetas que acostumbraban á morar en tiempos históricos (Estrabón, lib. XI, cap. VII, párr. 6), ya en los montes, ya en las llanuras, ya en islas formadas por los ríos, ya, en fin, en las isletas de las lagunas, tenían además otras costumbres en sus prácticas domésticas idénticas con las de los Nasamones, y parecidas á las de los Gimnesios y Bastitanos en muchos pormenores de la vida; pero quizá no tuvieron la de beber sangre, como medio de alimento que les atribuye Silio Itálico, dado que, al decir de Herodoto (I, 216), sólo bebían leche, advirtiendo Estrabón (lib. XI, cap. VIII, párr. 7) que los que carecían de ganado apuraban el jugo extraído de frutas de los árboles; prácticas con las cuales se aviene mal dicha costumbre cruenta. Esto se colige y explica harto fácilmente, de estimarse cierto el culto y creencia del Sol como *Dios único* que les reconocen unánimemente ambos autores (*Historias*, I, cap. CCXVI, *Geográficos*, lib. XI, capítulo VII), puntualizando uno y otros escritos, que le honraban sacrificándole caballos, «pues era ley del sacrificio, advierte el príncipe de los historiadores griegos, que al Dios más veloz se le ofreciese el animal más aventajado para la carrera». Después de tantos siglos, los Vogules de raza fina, situados en el centro del país Ural, rodeados de Permiacos, Karelianos y Zíngaros de su propia

Fenicios y Egipcios, quienes lo sacrificaban, sin embargo, á Baco y á Ceres, haciéndole intervenir en los trabajos agrícolas, así para que pisase la semilla arrojada á la tierra, como para ayudar las faenas de la recolección, hacían consumo abundante, encareciéndose los cebones que criaba copiosamente la Turdetania, los lusitanos y los que formaron la base de industria muy preciada y sabrosa en el país llamado después de los Cántabros, en la Ceretania ¹ y en la Liguria ². Ni rehusaron aprovechar el alimento que

familia y de afines mongoles al Norte del Caspio y del Turquestán, á vueltas de un Cristianismo aparente, impuesto por las autoridades rusas, adoran al Sol, al Diablo y á los espíritus infernales. En ancho espacio poblado de árboles frondosos, se eleva el ídolo nacional, resguardado por las copas de aquéllos y al cual las mujeres no tenían derecho á mirar, ni aun de lejos. Durante la noche, consagrada á su fiesta, los hombres de la tribu se reúnen alrededor del ídolo y prenden fuego á un montón de tablas que arde como una antorcha gigantesca. Después, cuando todo vuelve á quedar á oscuras, un vogul se acerca á un caballo, que ha sido atado á un árbol previamente y le hiere con un cuchillo puntiagudo. Después recoge la sangre que salta en una copa ó vaso sagrado en que beben sucesivamente todos los Vogules. Véase á Ermann, *Voyage en Sibirie* y Reclus, *Nouvelle Geographie Universelle*, t. VI, pág. 676. Esta costumbre que recuerda en varios pormenores la copa de sangre de toro, que bebían los príncipes Atlantes, explica en tiempo de mayor cultura el que sustituido á la sangre el vino, fuese éste la recompensa otorgada á los jóvenes escitas que salían gloriosamente de sus primeras pruebas en la guerra (Herodoto, I). Por ventura puede decir relación con ella el uso conservado en muchos pueblos de la Península Ibérica (por ejemplo en Imones, cerca de Sigüenza, y en algunos de tierra de Salamanca) de conservar una copa de plata en la casa consistorial donde beben solemnemente en días señalados y antes de celebrar sus deliberaciones las autoridades del pueblo y las personas distinguidas que concurren á dicho lugar. Ni es de olvidar que según testifica Estrabón (lib. III, cap. III, párr. 7), los Lusitanos de las montañas y los septentrionales de España sacrificaban caballos á Marte, divinidad que según Macrobio (*Saturn.*, cap. XIX), es una forma especial del Sol. Ptolomeo fija la situación de la ciudad *Concana* al Levante de los Astures (lib. II, VI, párr. 51). No lejos de estos sitios debieron poblar los Koniacos (Κωνιακοί) ó Koniscos (Κωνισκοί).

¹ ...παρ' οἷς περναὶ διάφοροι συντίθενται ταῖς Κανταβρικαῖς ἐνάμιλλοι πρόσσοδον οὐ μικρὰν τοῖς ἀνθρώποις παρέχουσαι. «Entre ellos (los Cerretanos, de quienes dice que son de raza φυλοῦ, ibérica) se aderezan exquisitos perniles, semejantes á los Cántabros, los cuales aparejan reparo no pequeño á la gente.» Estrabón, lib. III, cap. IV, párr. 11.

² Hablando el mismo geógrafo de la Galia Cisalpina, donde también había Ceretanos de Cere (que llama Καίρετανοί), se expresa de esta manera: καὶ αἱ ὕλαι τοσαύτην ἔχουσι θάλανον ὥστ' ἐκ τῶν ἐντεῦθεν ὑφορβίων ἢ Ῥώμη τρέφεται τὸ πλέον

les brindaba abundante pesca fluvial y marítima ¹, de la cual les era dable extraer grasa que supliera la falta ó escasez de aceite, acostumbrados á reemplazar con manteca

«Los bosques llevan tanta cantidad de bellota, que de las manadas de cerdos que allí se crían aparece Roma su principal alimento.» *Ibidem*, lib. V, cap. I, pág. 181. La intervención que al decir de Herodoto atribuían los Egipcios al cerdo en las labores agrícolas (*Hist.*, II, 14, Didot, pág. 76) y la propiciación de los Dioses amigos del labrador por su sacrificio (*Hist.*, II, cap. XLVII, pág. 88) reproducida en algún modo por los *suovetaurilia* de los Romanos, testifica un culto antiguo de este animal, que por razones de higiene ú otras influencias se modificó á las orillas del Nilo. Al referir Plinio la estimación, que lograba entre los Romanos, herederos probablemente en este particular de los Ligures y Etruscos, escribía de esta manera: «Proxime in communibus adipi laus est, sed maxime suillo, apud antiquos etiam religiosius. Certe novae nuptae intrantes etiam num solemne habent portas eo attingere. *Hist. Nat.*, lib. XVIII, cap. XXVII. Análoga costumbre se ha conservado hasta nuestros días en algunos pueblos tibetanos, donde consiste la principal ceremonia del desposorio, en que cada cónyuge unte la frente á su consorte con grasa de manteca. Bien será recordar sobre este asunto que los Sres. Siret han hallado huesos de jabalí entre los alimentos, de que se proveía á los muertos en la Bastitania para el último viaje. El erudito autor del libro intitulado *De la alteración de los animales y de las plantas* distingue con Nathusio dos clases de cerdos, el *sus scrofa*, que parece derivación del jabalí ó el jabalí domesticado y el *sus indica*, importado ordinariamente de Siam y de la China, no sin añadir luego: la raza romana ó napolitana, las razas andaluzas y húngaras, los cerdos llamados «krause» de Nathusio (los cuales habitan el Sudeste de Europa y la Turquía), cuyo pelo es fino, y cita por último la raza suiza pequeña de Rüttimeyer llamada *Bündtnerschwein*, que ofrece los caracteres esenciales de la *sus indica* y ha debido probablemente cruzarse muchas veces con esta última. Dicha *sus* ha existido de mucho tiempo ha en las costas del Mediterráneo; pues se ha hallado en las excavaciones de Herculano una figura muy semejante á la del cerdo napolitano de nuestros días (*Schweinschädel*), pág. 142. Otro descubrimiento notable se ha debido á Rüttimeyer, es á saber, la coexistencia durante el último período de piedra, llamado neolítico, de dos variedades domésticas del cerdo, el *sus scrofa* y el *sus scrofa palustris* ó de las turberas. Dicho naturalista ha comprobado que este cerdo se asemeja mucho á las razas orientales y, al decir de Nathusio, su primer estudio pertenece seguramente al grupo del *sus indica*, aunque después ha señalado diferencias bien marcadas. Darwin, o. c., París 1868, I, pág. 72.

1 Ampliando Estrabón algunos pormenores ya mencionados escribía: ...τά τε γὰρ ὑστρώδη πάντα καὶ κογχοιδῆ καὶ τοῖς πλήθεσιν ὑπερβάλλει καὶ τοῖς μεγέθεσι καθόλου κατὰ τὴν ἕξω θάλατταν πᾶσαν, ὡς δ' αὐτως ἔχει καὶ περὶ τῶν κητέων ἀπάντων, ὀρύγων τε καὶ φαλαινῶν καὶ φυσήτηρων ὧν ἀναφυσισάν τῶν φαίνεται τίς νεφώδους ὄψις κίονος τοῖς πορρωθεν ἀφορῶσι· καὶ οἱ γόγγροι δὲ ἀποθηριοῦνται, πολὺ τῶν παρ' ἡμῖν ὑπερβαλλήμενοι κατὰ τὸ μέγεθος, καὶ αἱ σμύραιναι καὶ ἄλλα πλείω τῶν τοιοῦτων ὄψων. ἐν δὲ Καρτηίᾳ κήρυκας δεκακοτύλους καὶ πορφύρας φασιν ἐν δὲ τοῖς ἐξωτέροις τόποις καὶ μείζον; ὀγδοήκοντα μῶν τὴν σμύραιναι καὶ τὸν γόγγρον, ταλαντιαῖον δὲ τὸν πολύποδα, διπήχεις δὲ τὰς τευθίδας καὶ τὰ παρκελήσια πολὺς δὲ θαλανῶ καὶ ὀθύνης συναλεύεται δεῦρο ἀπὸ τῆς

ó sebo de varias especies, el fruto del olivo ¹, y á merecer fama de consumados en condimentar salmueras y escabe-

ἑλληνος τῆς ἕξωθεν παραλίας πίων καὶ παχύς. En la Turdetania «vense todas las ostras y almejas en abundancia y de toda magnitud en la banda del mar Externo, y asimismo hay de todos los cetáceos, orcas, ballenas y cachalotes, los cuales al respirar ofrecen el espectáculo de una columna, en forma de nube, para los que miran de lejos. Los congrios se convierten en bestias feroces, excediendo mucho en tamaño á los que se crían en nuestras costas, así como las murenas y todos los demás pescados. Dicen que hay en Carteya bocinas (el molusco llamado en griego *kerúx* ó heraldo) y *púrpuras*, que tienen capacidad de diez minas y en los lugares de mar adentro congrios y murenas que pesan ochenta minas, pulpos de peso de un talento (26 kilogs) y calamares de dos codos. Aquí es arrojado también atún en abundancia, en todas las playas del mar Externo, el cual es de mucha grasa y muy grueso.» Estrabón, *Geog.*, III, 2, párr. 7, Didot, pág. 120.

¹ Al decir de Fenestella, citado por Plinio, hasta época muy posterior no existió ó no se cultivó el olivo en África, España é Italia. «Oleam Theophrastus e celeberrimis Graecorum auctoribus, nobis Romae anno circiter CCCCXL, negavit nisi intra XL millia pasuum e mari nasci: *Fenestella vero omnino non fuisse in Italia, Hispania atque Africa, Prisco regnante ab annis populi CLXXIII. Hist. Nat.*, lib. XV, cap. I. El libro aristotélico *De las Maravillas oídas* (Didot, t. IV, pág. 89), habla del aceite, que los Baleares sacaban del terebinto y empleaban generalmente; Diodoro (lib. V, 18) de la grasa que dichos isleños sacaban del lentisco, con la cual se ungían, mezclándola con manteca de cerdo. Describiendo Estrabón los usos de los Lusitanos montañeses y de los pueblos septentrionales de España con relación á su tiempo, decía: ἀντ' ἐλαίου δὲ θούτυρω χρῶνται. «Emplean manteca en lugar de aceite.» *Geog.*, lib. III, cap. III, Didot, pág. 128. Hablando el mismo geógrafo de los Etiopes de Meroe refiere idéntica costumbre: ζώσι τ' ἀπὸ κέγχρου καὶ κριθῆς ἀφ' ὧν καὶ ποτὸν ποιοῦσιν, αὐτοῖς ἔστιν ἔλαιον δὲ θούτυρον καὶ στεάρ... πρέασι δὲ χρῶνται καὶ αἵματι καὶ γάλακτι καὶ τυρῶ. «Viven alimentándose de mijo y de cebada, frutos de que hacen su bebida. Su aceite es manteca y grasa (sebo). También aprovechan para su comida las carnes, la sangre, la leche y el queso.» (Libro XVII, cap. II, pág. 697). Aunque pudiera estimarse alguna diferencia entre este pasaje y el de Herodoto en que se señala como exclusiva bebida de los Etiopes la leche, esto se presta á entenderse quizá, como insinúa Estrabón de los Masagetes (LXI, cap. X), que se preparaban bebidas de frutos vegetales, cuando carecían de ganado que les pudiera proporcionar leche. El texto del insigne historiador refiere que preguntado el rey de los Etiopes por los Ictiofagos, enviados por Cambises, sobre la duración de la vida en la tierra de aquel príncipe y de los alimentos, con que se sustentaban, respondió: que los más alcanzaban la edad de ciento veinte años y algunos traspasaban este término; que su alimento era carne cocida y su bebida leche (σίτησιν δ' εἶναι κρέα ἐρῆα καὶ πόμα γάλα). El mismo Etíope declaraba que le gustaba el vino, no así el pan, que le parecía estiércol, sin duda porque se cocía, á las veces, sirviendo de leña, para preparar la cocción materias poco aseadas. *Hist.*, lib. III, caps. XXII y XXIII.

ches ¹. Entre las bebidas, demás de la leche y miel mencionadas (la última muy abundante en la Península ², y materia de frecuente alimentación para sus moradores), los Iberos bebían, según parece, á contar desde las invasiones líbicas, el mosto de la uva, reservado con predilección para las fiestas celebradas en el interior de las casas, entre parientes y amigos ³, y el cual, con no ser muy abundante en España, en los antiguos tiempos, dió con todo celebridad á las cepas comunes de los Laletanos y á los veduños generosos de Laurona, de las Baleares y de todo el campo de Tarragona ⁴, sometido especialmente á la influencia de Mastienos, Ligures y Tirrenos. Usaron también copiosamente el *eno miel* ⁵, linaje de vino mulso, que comprendía numerosas variedades de licores, extraídos de la fruta llamada genéricamente *melos* (μήλος) en griego y *malum* en latín (toda vez que como observa Plinio la miel se extraía en la antigüedad de diversas clases de

¹ Basta citar en general los de la Turdetania que, al decir de Estrabón (edición cit., págs. 115-53), competían con los del Ponto, especialmente los de Belon, Menralia, Sexi y el garo ó salsa de la isla Escombraria, preparada con caballas ó escombros asimismo celebrados. (Ibidem, 115-53, 119-39, 130-13, 131-37 y 132-9.)

² El insigne geógrafo de Amasea, el cual celebra grandemente en lo tocante á las comarcas asiáticas la miel de Hircania (ed. Didot, p. 60, 49 la de Media (p. 60, 50), la del valle del Araxes, la amarga de la Cólquida (p. 427-30) y la de la Arabia Feliz, elemento de muchos manjares, que sus naturales condimentaban con ella (p. 653, 43), encomia entre otras de varios países europeos la de Liguria (168, 41) y la Hiblea de Sicilia (222, 37) y dice que en el país de los Turdetanos se daba en mucha abundancia (... και κηρός δὲ και μελί ... πολλή p. 119, 34 y 35), puntualizando que la producida en algunos lugares de Irlanda, así como los granos de cereales servían también para la preparación de sus bebidas á los antiguos Hibernios (παρ' οἷς δὲ σίτος και μελί γίνεται, και τὸ πόμα ἐν τεύθειν ἔχειν. p. 167, 44 y 45). De la miel de caña de Ebosia se expondrá después.

³ ... οἶνω δὲ σπανίζονται· τὸν δὲ γενόμενον ταχὺ ἀναλίσκουσι κατευωχούμενοι μετὰ τῶν συγγενῶν. «Tienen poco vino y el que hay lo consumen pronto, regalándose con sus deudos.» Estrabón, lib. III, cap. III y IV, ed. Didot, p. 128, 36-37.

⁴ Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XIV, cap. VIII, 9.

⁵ ... (χρώνται) και οἶνομέλιτος πόματι χορηγούσης τῆς χώρας τό μὲν μέλι παμπληθές. «Y acostumbra á beber *enomeli*, pues el país suministra miel en abundancia.» Diodoro Sículo, *Bibliot. Hist.*, lib. V, cap. XXXIV, ed. Didot, p. 275.

manzanas) ¹; la celia, cerveza preparada cociendo el trigo ², y la *ceria* que como el *zito* de los Griegos y Egipcios

¹ Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XV, cap. XIV. Ya hemos visto que los Masagetas próximos al Caspio solían emplear como vino el jugo de las frutas de los árboles. Los Griegos llamaron melites (μελίτης) al vino de manzanas, Vitruvio (VIII, 3) da el nombre de *meliton* á una especie de licor; Plinio (XXIII, 4, 26) habla de vino, de nabos, de palmito (XIII, 4, 9), de nueces (XIV, 16, 19, núm. 2), de la semilla del mijo, del loto, de higos, de granadas, de cornejos, de nísperos, de serbas, de moras, de piñones, etc. Palladio (IV, 10), del de peras, y no es dudoso que el vino de manzana, llamado en Asturias *sidra* y en vasco *zagardúa*, sea tan antiguo en España como las primeras emigraciones de gente caucásica y caspiana, esto es, de los Armenios y Medos. Respecto del origen de la voz que se dice *sidre* ó *cidre* en francés y *sidra* en español y en italiano, no es seguro que provenga del *sicera* latino ó σικέρα, griego, derivados ambos del hebreo שכר «se embriagó», dado que dicha palabra explicada así por San Jerónimo, (Epíst. 52, núm. 1); «*sicera*, haebreo sermone omnis potio nuncupatur, quae inebriare potest, sive illa quae e frumento conficitur, sive e pomorum succo aut cum favis decoquatur in dulcem et barbaram potionem, aut palmarum fructus exprimuntur in liquorem tostisque frugibus aqua pingnior colatur» y en idénticos términos por San Isidoro, Orig. XX, cap. III, con la adición de que así se entiende: «*omnis potio* quae extra vinum inebriatur», tiene una extensión de que carece en el uso la voz castellana, la cual, sin graves transformaciones, no puede derivarse de *sicera*. Quizá *sidra* viene de *sitrea* ó *melaktria*, traducción griega de la manzana médica ó cidra, cuyo zumo, mezclado con vino, era estimado como contraveneno eficazísimo. Con todo, si á la sílaba *ce* ó *ge*, que asimila *sicera* á *sigar* en vasco, se le da el sonido dj, con que representan los franceses el *guimel* hebreo ó el *djim* árabe, á la manera que de *Magerit* se ha dicho Madrid, de *Sicera*, *Sigera*, *Sidjera* ó *Sidjra* se ha podido pronunciar «*sidra*».

² Esta voz, citada como española por Floro, II, 18, y por Paulo Orosio, V, VII, significaba cerveza de trigo, que se preparaba en España. Según el último historiador citado, quien habla de ella como bebida usada por los Numantinos durante el sitio de su ciudad insigne por las huestes romanas, acaudilladas por Escipión, los Españoles humedecían el trigo, lo maceraban y reducían á harina; después lo mezclaban con cierto jugo cocido, dejándolo, en fin, fermentar, con lo cual adquiría sabor amargo y la propiedad de dar calor embriagando. Añade que la voz *celia* se dijo á *calefaciendo*. En verdad, derivación semejante se ofrece en la palabra griega *zythos*, pues si Jablonski (*Voc. AEgyptiac.*), la considera egipcia, otros la refieren verbo griego ζέω, *ferbeo*, que Suidas interpreta οίνος ἀπὸ κριθῆς γινόμενος «vino hecho de cebada». Sin embargo, Ulpiano, *Digest.*, XXXIII, 6, 9, da el nombre general de *zytho* á todo fermento de cereales ó de frutas, con exclusión del mosto de vid. «*Zythum quod in quibusdam provinciis ex tritico vel hordeo, vel pane* (Cujac. leg. *panico*), *conficitur, vini appellatione non continebitur*», y quizá en el mismo sentido empleó la palabra Estrabón cuando advierte (lib. III, cap. III, ed. cit., pág. 128), que los españoles montañeses de la Lusitania y del Septentrión acostumbraban á beber *zytho* (χρώνται δὲ καὶ ζύθη:). Si, como se ha pretendido también, fuese voz íbera, nin-

y el *oenon-crithinon*, se obtenía del jugo de la cebada; no sin adquirir memorable reputación, por haber sido los primeros en inventar bebidas generosas, hallando el medio de conservar y hacer añejos con ventaja de su estimación los licores producidos con la fermentación de cereales ¹, significándose su crédito en este punto con la celebridad de la famosa bebida de cien yerbas ².

guna etimología parece cuadrarle mejor que la de *zegalía*, que significa «centeno» en euscara, si no pareciera imitación de *secale* en latín y esto, con tanta mayor razón, por cuanto fué clase de trigo muy usada por los Romanos, de la cual dice Plinio (XVIII, 16, 40): «*Secale Taurini sub Alpibus asiam vocant deterrimum*»; mas no siendo *asia* palabra latina, así puede ser corrupción del griego ζέα, *farrum* de los latinos, como de *ocaya*, que en vasco significa genéricamente trigo. Floro se limita á decir: «sic vocant (meliam) indigenam ex frumento potionem», con lo cual cabe entender cualquier grano que brota en espiga, según el conocido verso de Virgilio, G. I, 315: «*Frumenta in viridi stipula lactentia turgent*», y las prolijas explicaciones de Plinio, XVII, 7, 8, 9, 19 y de Ulpiano, *Digest.*, L. 16, 77. El autor de la *Historia Natural* exponía terminantemente: «*Ex iisdem (frugibus) fiunt et potus, zythus in AEgypto, celia et ceria in Hispania cervisia et plura genera in Gallia et aliis provinciis*» (XXII, 25, 82), de lo cual parece inferirse que, á lo menos, la *celia* y *ceria* de los Españoles se distinguían de la cerveza de los Franceses, bebida que seguramente conocía Plinio. San Isidoro, sin establecer verdadera distinción entre la *ceria* y la *Cerevisia*, describía la última con la *celia* y la sidra en los siguientes términos: «*Cerevisia a Cerere; id est fruge vocata est enim potio ex seminibus frumento vario modo confecta, Celia a calefaciendo appellata. Est enim potio ex succo tritici per artem confecta. Suscitatur enim ignea illa vis germinis calefactae frugis, deinde siccatur: et post in farina redactam molli succo admiscetur, quo fermentato sapor austeritatis et calor ebrietatis adiicitur. Quae fit in partibus Hispaniae cuius ferax vini locus non est. Faex dicta quod sese vasis emergendo affigat... Sicera est omnis potio quae extra vinum inebriare potest enim licet nomen haebreum sit tamen latinum sonat, pro eo quod ex succo frumenti vel pomorum conficitur aut palmarum fructus liquorem exprimantur, additisque frugibus aqua pinguior quam succus colatur, et ipsa potio sicera nuncupatur. Etym., libro XX, pág. 17 y sigs. Véase sobre esta voz *sicera* el texto hebreo de la Biblia, *Levitico*, X, 9.*

¹ «*Est et Occidentis populis sua ebrietas fruge madida, pluribus modis per Gallias Hispaniasque nominibus aliis sed ratione eadem. Hispaniae iam et vetustate ferre ea genera docuerunt. Aegyptus quoque e fruge sibi potus similes excogitavit.*» Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XIV, cap. XXIX.

² «*Nec alias defuere Hispaniae herbis exquirendis, ut quae etiamnum hodie in numeroso et laetiore convictu, potionem e centum herbis mulso additis, credant saluberrimam suavissimamque: nec quisquam genera earum iam novit aut multitudinem, numerus tamen constat in nomine.*» Plinio, *Historia Natural*, lib. XXV, cap. XLVII.

Desde remota antigüedad los Iberos, así los de Oeste y Septentrión, que labraban escaños pegados á los muros de las casas, como los Tirrenos del Mediodía y Levante, á quienes se atribuía la invención de la silla curul ¹, acostumbraban á comer sentados, dejando los primeros lugares á la edad y á la dignidad de los comensales, servidos los manjares sucesivamente al rededor de los asientos. Al beber alternaban las libaciones con coros ú orgías, en que, asidos de las manos, bailaban al són de la flauta y de la trompeta, inventada por los Tirrenos, desasiéndose en intervalos para saltar muy alto é inclinándose después, hasta doblar el cuerpo; como si se pusiesen de rodillas ².

De la costumbre de pintarse el cuerpo, como los Mosinos del Ponto, colindantes de los Capadoces Hittitas y de los Armenios, y asentados hacia el Termodonte, donde tuvieron campamento las Amazonas, pudieran ser indicio algunas antiguallas encontradas en la provincia de Badajoz ³, conocidos usos análogos, perpetuados entre los Guanches y los Tuaregs, á que parece aludir el nombre vasco de la tribu de los Muturgorris ó *cabezas rojas*, que sitúa Ptolomeo en el África Propia ⁴ y la denominación latina de Pictos, dada á los Escotos é Irlandeses, á quienes pertenecen las inscripciones declaradas euscaras por insigne profesor de la

¹ ... περιθέντες τοῖς ἡγουμένοις ραβδούχους καὶ δίφρον ἐλεφάνπνον καὶ περιπόρφυρον τή-
θενναν. Añadiendo á la autoridad de los príncipes lictores, *silla de marfil*, y toga
rodeada de púrpura (pretexta) Diod. Sículo, *Biblioteca Histórica*, lib. V, capí-
tulo XL, ed. Didot, p. 279. Verdad es que este historiador refiere (*Ibidem*,
p. 280) que en Italia comían los Tirrenos sobre pulvinar (στρώμα) lujosísimo;
pero el mismo advierte que lo verificaban, en virtud de costumbres fastuosas
no conocidas de sus antepasados; de donde se infiere que recibieron en esto la
influencia de otros. Los primitivos romanos y griegos comían sentados.

² Probablemente esta es la forma de danza á que se refiere Diodoro Sículo
en estos términos: Ἐπιτηδεύουσι δὲ κατὰ πᾶν τὴν εἰρήνην ὄρχησιν τινα κουφήν καὶ περιέ-
χουσαν πολλὴν εὐτονίαν σκελῶν. «Ejercitan también en tiempo de paz cierta figura
de baile, que requiere suma agilidad de piernas.» *Biblioteca Histórica*, V, 34,
ed. Didot, t. I, p. 375.

³ *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. XXIV, cuad. V, pág. 581. Plinio
había escrito sobre los Mossynos: «Mossyni notis signantes corpora», VI, 4, 2.

⁴ Ptolomeo, *Geografía*, lib. IV, cap. III, párr. 27.

Universidad de Oxford ¹, con ser, por ventura de la misma raza ó estirpe que los llamados Pictavii de la Aquitania, y cuyo nombre dice ostensible relación á las costumbres pictas, descritas por San Isidoro. Esto, sin decidir sobre las diferentes opiniones emitidas por los Sres. Siret acerca de la pintura roja, hallada sobre algunos restos humanos en el Sudeste de España, entre las cuales no merece desdeñarse, á lo menos ², la de pintar los cadáveres después de muertos, según lo practicaron algunos antiguos moradores de la América Meridional.

Representaban tales *tatuages*, según insignes antropólogos, verdaderas filiaciones ó signos personales que distinguían á los individuos que los mostraban, como actualmente el nombre y apellido; sin que faltase, por otra parte, en designaciones personales empleadas la significación de calidades, expuestas con valor propio ó en sentido metafórico, como en la de Viriato, escrita según los griegos, Οὐριάθος (Viriathos), interpretable en euscara por «incendio de ciudades», en la de Orsua ú Ortua «el libertado ó manumiso», y en *Belistages*, en semítico «Baal Tages». Por lo que toca al apellido, que se identificaba frecuentemente con el nombre, tomado de circunstancias personales ó de los lugares solariegos de la familia, solía repetirse en los hijos, según ocurre en *Arausa Blacaeni* ³, prevaleciendo en él á las veces, en

¹ Véase la pág. 324 de esta obra.

² Expone costumbres pictas, comunes á antiguos Irlandeses y Escotos, la glosa de un manuscrito de Saint Gall, concebida en estos términos: STIGMATA: Pictura in corpor(e) quales Scoti pergunt. Hattemar, *Denkmal*, I, 227-238, *Encyclopedia Britanica*, 9 edit., t. XIII, Ar. *Ireland*. San Isidoro, *Etym.*, libro IX, cap. XXI, escribe sobre el mismo particular: Scoti propria lingua nomen habent a picto corpore, eo quod aculeis ferreis cum atramento variarum figurarum stigmatibus annotentur. Véase *Les premiers âges du metal. R. des Questions scientifiques*, l. c. Acerca de la semejanza de usos entre Vascones é Irlandeses, en la mesa, en el vestido, en los ejercicios de los hombres y en otras particularidades. Véase á Bowles, *Introducción á la Historia Natural de España*, págs. 228 y siguientes.

³ Hübner, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, núm. 2.633. Costa, *Revista de España*, t. LXVII, pág. 498.

memoria del antiguo matriarcado, el perteneciente á la madre. Así se testifica por curiosísimo epitafio de Tarazona, interpretado por el R. P. Fita, en el cual la hija de Mario Mirón y de Venico Tychen, se llama también Venico Tychen ¹, prefiriéndose para el apellido la ascendencia femenina.

Puede conjeturarse que la adopción se regía por fórmulas ó solemnidades, semejantes á la que señala Diodoro Sículo como empleada por Juno al prohijar á Hércules, la cual, según dicho historiador, todavía estaba en uso, en su tiempo, entre naciones bárbaras (esto es, extrañas al conocimiento de la lengua griega), y, en suma, era en el fondo la misma, perpetuada en España, durante la Edad Media, á tenor de la relación de las adopciones más ó menos legendarias de Mudarra, *el castellano*, y del navarro D. Ramiro, primer monarca de Aragón ².

Entre las recreaciones usadas por los Iberos, descollaban el baile, los juegos y ejercicios gimnásticos y la caza. En especial la danza era una de sus diversiones predilectas y favoritas. Á las veces, bailaban sólo hombres, á las veces mujeres solas, como en las danzas gaditanas, tan celebradas en la antigüedad por la desenvoltura de los movimientos del cuerpo ³, dado que fuese común entre los Bastitanos

¹ D. M. S. Venico Tychen (la hija), Marcus Myron (el padre) et Vaenico Tychen (la madre), filiae, etc. *Ibidem*.

² (Zeus) Ἡραν μὲν ἐπεισεν υἱοποιήσασθαι τὸν Ἡρακλεα... τὴν δὲ τεκνώσιν [αὐτοῦ] γενέσθαι φασὶ τοιαύτην τὴν Ἡραν ἀναβᾶσαν ἐπὶ κλίνην καὶ τὸν Ἡρακλεα προσλαβομένην πρὸς τὸ σῶμα δια τῶν ἐνδυμάτων ἀφεῖναι πρὸς τὴν γῆν μιμουμένην τὴν ἀληθινὴν γένεσιν. ὅπερ μέχρι τοῦ νῦν ποιεῖν τοὺς βαρβάρους ὅταν θετὸν υἱὸν ποιῆσθαι βούλωνται. «Jove (Zeus) persuadió á Juno (Hera) á adoptar á Hércules, y dicen que su adopción fué de esta manera: que «Juno subió á su lecho y, acercando á su cuerpo á Hércules, introduciéndolo entre sus vestidos, haberle dejado caer en tierra, imitando el parto verdadero, lo cual es costumbre practiquen, hasta ahora, las naciones bárbaras cuando quieren adoptar un hijo.» Diodoro, *Biblioteca Histórica*, lib. IV, cap. XXXIX, Didot, t. I, pág. 217. Con efecto, forma semejante de adopción es la empleada en el rito de la cubada, en que el padre se acostaba con el niño, como testimonio, al parecer, de reconocimiento, la cual se usaba entre los Iberos, según Estrabón (l. c.)

³ De este baile, acompañado, según Estacio (*Silvas*, lib. I, 6), de castañuelas

procedentes de la Libia el que en tales ejercicios coreográficos, así como en el zortcico de los vascos actuales, tomasen parte á la vez hombres y mujeres ¹. Demás de estas danzas de recreación en los festines, las tuvieron los Iberos señaladamente de carácter militar y religioso, como la de las espadas y escudos (cuyo uso se determinó con carácter especial en las naciones célticas y practicaron desde remota antigüedad los sacerdotes coribantes), los referidos bailes en honor del Sol, de la Luna y de la *Magna Dea* y la llamada danza del sábado, á la cual servían de escena, durante la noche, las selvas del aquelarre; sitios donde se reunían hombres y mujeres disfrazados de animales para dar culto al Dios Mendes de los ritos egipcios representado por un hombre bajo figura de macho cabrío, no sin color de ofrecerse la persistencia de dichos usos en el país vasco hasta época relativamente reciente, cual una manera de protesta de los antiguos cultos de la naturaleza material

(*tinnulis*), he aquí la descripción que ofrece Marcial, al advertir á su amigo Turanio que no le hallará en su casa, si tuviere á bien acompañarle á su mesa:

Nec crassum dominus leget volumen,
Nec de Gadibus improbae puellae
Vibrabunt sine fine prurientes
Lascivos docili tremore lumbos.

Epigrammat, lib. VI, LXXVIII, v. 25-29.

Todavía la pinta con mayor colorido Juvenal en su sátira contra el lujo usado en las comidas:

Forsitan expertes ut Gaditana canoro
Incipiat prurire choro plausuque probatae
Ad terram tremulo descendant clune puellae
Irritamenta veneris languentis et acres
Divitis urticae..

(V. 189-193.)

1 ...καθήμενοι τε δειπνοῦσι περὶ τοὺς τοίχους καθέδρας οἰκοδομητὰς ἔχοντες προκάθηνται δὲ καθ' ἡλικίαν καὶ τιμὴν· περιφορητὸν δὲ τὸ δεῖπνον καὶ παρὰ πότον ὀρχοῦνται πρὸς αὐτὸν καὶ σάλπιγγα χορεύοντες, ἀλλὰ καὶ ἀναλλόμενοι καὶ ὀκλάζοντες· ἐν Βαστητανίᾳ δὲ καὶ γυναῖκες ἀναμιξὲ ἀνδράσι πρὸς ἀντιλαμβάνομεναι τῶν χειρῶν. «Comen sentados en asientos de fábrica labrados al rededor de las paredes, sentándose los primeros los que son por años y dignidad. La comida es llevada al rededor de los asientos. Al beber danzan al són de la flauta bailando en coro saltando de abajo arriba é inclinando después el cuerpo hasta doblarlo. En Bastitania bailan las mujeres juntamente con los hombres, tomando cada cual una mano de los que están á su lado.» Estrabón, lib. III, cap. III, párr. 7, ed. cit., p. 128.

contra el sentido austero é ideal de la religión cristiana ¹.

Aquellos bailes, con otras especies diversas de ejercicios que constituían diversiones nacionales, formaban la educación de los jóvenes, señalándose entre ellas en primer término el juego llamado por los latinos de la *pila* y por los griegos de la *esfera*, dicho por nosotros de pelota, el cual, con parecer de origen oriental, á juicio de Herodoto ², como inventado, según la tradición que recogiera el príncipe de los historiadores, en las comarcas turrénicas de la Lidia, es de creer que fuese muy usado por los Sardones españoles, Tartesios y Turdetanos, si se atiende á la frecuencia con que se refirieron á él Séneca ³ y Ma-
cial ⁴, en particular, el primero, en pasajes de sus obras, donde expone con prolijidad desacostumbrada la teoría y práctica de dicha recreación y ejercicio gimnástico. Con ser notorio que se generalizó sobremanera entre la gente de Grecia y Roma, que labraron edificios llamados *esferisterios*, donde, bajo la dirección de maestros, se aprendía y ejercitaba este arte por principios, que también se cursaba en termas y en plazas, ya *expulsim*, rebotada del suelo ó pared, ya *datatim*, lanzada al brazo para que se recogiera y

¹ *España Sagrada*, t. XXIX, pág. 87.

² Herodoto, *Historias*, lib. I, cap. XCIV.

³ *Pilam cadere non est dubium aut mittentis vitio aut accipientis. Tunc cursum suum servat, ubi inter manus utriusque, apte ab utroque et iactata excepta versatur. Necesse est autem lusor bonus, aliter illam collusori longo, aliter brevi mittat, et mox id ut uterque venerit manus illam expleta et agilis repercutiet. Si tirone negotium est non tam rigide et excusse, sed languidius et in ipsam eius vigentis manum remisse occuparemus. De Beneficiis, II, 17. In lusu est aliquid pilam scite et diligenter excipere, sed non dicitur bonus lusor nisi qui apte et expedite remissit quam excepit, Ibidem.* El mismo escritor en sus *Quaestiones Nat.*, IV, 11, escribe: *Pilae proprietates est eum aequalitate quadam rotunditas, qualitatem autem accipe hanc, quam vides in lusoria pila, non multum illi commissurae (las costuras de la tela que la envuelve de color vivo ó cubierta de retazos de colores variados: véase sobre la *Pila prasina* á Petronio, XXVII y sobre las *pictae pilae* á Ovidio, *Metam.*, X, 262), et rimae earum nocent, quominus par sibi ab omni parte dicatur.*

⁴ *Si me movilibus nosti expulsare sinistras sum tua, tunc scis, rustice, redde pilam, lib. XIV, 44.*

tirase, así de pluma, así de lana ó pelote, como de viento y de vidrio; ora formando partido dos ó tres jugadores, en cuyo caso, tirada al aire, se constituía el *trígono*, ora distribuyéndose en dos bandos, con campos distintos, separados por una raya, ello es que San Isidoro, al referirse á la pelota usada en España, entendía una muy semejante á la antiquísima y de sencilla traza, que hoy más se usa, derivando *pila* de pelos (*pilis*), por el pelote ó lana que formaba su relleno interior ¹. Lograban, al propio tiempo, importancia certámenes gimnicos, armados y ecuestres, el *acrobolismo*, cuando, alarde de habilidad en arrojar por altura piedras ó flechas, según se usara entre Escitas, Etiopes, Gimnesios y Ligures ², cuando, el ejercicio llamado *velitación* por los latinos, consistente en tirar dardos y lanzas cortas, propias de la tropa ligera, en el cual sobresalían los Tirrenos ³; el concurso de pugilato, de carrera y otros, como la formación en orden de batalla ⁴ y la equitación, llevada ésta á tal extremo de destreza que se amaestraba al caballo, según se practica hoy entre los árabes, en arrodillarse y en doblar el cuerpo de varios modos, en disposición de que pudiera servir al jinete ⁵ por las asperezas de un país quebrado. Aparte de esto, y comprobada la importancia excepcional de la caza, en un país que la tenía abundantísima, según

¹ V. Marquardt, *La vie privée des Romains*, París 1893, II, pág. 515 y siguientes, y el libro de Galeno, publicado por el mismo autor, *de parvae pilae exercitio*, en la relación higiénica. *Gustroviae* 1879 in 4.

² *Fragmenta Hist. Graec.*, Estrabón, III, cap. III. Diodoro Sículo, V, 17, Plinio, *Hist. Naturalis*, VII, 57.

³ Hastas velitares (invenisse) Tyrrhenum dicunt. Plin., *Hist. Nat.*, lib. VII, cap. LVII.

⁴ ... τελουσι δὲ καὶ ἀγῶνας γυμνικούς καὶ ὀπλιτικούς καὶ ἵππικούς πυγμῆ καὶ δρομῶ καὶ ἀκροβολισμῶ καὶ τῆ σπειρηδὸν μαχη. «Celebran certámenes gimnásticos, armados y ecuestres, de pugilato, de carrera, de tirar por altura y de formación en orden de batalla.» Estrabón, lib. III, cap. III, párr. 7.

⁵ ... δεδιδαγμένων ἵππων ὅρει βατεῖν καὶ κατοκλάζονται ραδίως ἀπὸ προστάγματος ὅτε τούτου δέοι. «Enseñados los caballos á correr por los montes y á arrodillarse fácilmente, cuando se les ordenase según costumbre.» *Ibidem*, lib. III, cap. IV, párrafo 15.

los clásicos, incluso la de caballos salvajes y jabalíes ¹, parece natural que fueran recibidas de los Iberos la caza del caballo y la fiesta de la corrida y caza de toros, las cuales aparecen unidas en los monumentos de la Caldea á las memorias de la domesticación de aquellos animales, por Marduch ó Nemrod, no sin recordarse también en los tipos de las monedas llamadas ibéricas, indicada señaladamente la última en las ceremonias de los Atlantes, no sin persistir hasta el tiempo de Julio César entre los descendientes de los Iberos, en las comarcas de Tesalia, cuyos antiguos moradores fueron llamados centauros, esto es, picadores de toros, y pusieron á prueba el valor de Teseo y de Hércules, héroes tan insignes y celebrados en los primeros fastos de la raza helena ². Lo que no admite duda es la

¹ ... ἄφθονος δὲ καὶ βοσκημάτων ἀφθονία παντοίων καὶ Κυνηγεσίων. «En la Turdetania hay abundancia copiosa de toda suerte de ganado y reses de caza», lib. III, cap. II, párr. 6, ed. Didot, pág. 119. ... φέρει δ' ἡ Ἰβηρία δορκάδας πολλὰς καὶ ἵππους ἀγρίους... Produce Iberia muchas cabras y caballos silvestres. Ibidem, lib. III, cap. XIV, párr. 15, pág. 135. Sobre la caza á caballo de jabalíes y liebres en la Laletania. Véase á Marcial, *Epigr.*, lib. I, núm. XLV.

² Hablando Tácito de los Iberos y Albanos que invadieron la Armenia en tiempo de Tiberio, escribe: «Nam Iberi Albanique saltuosos locos incolentes duritiae patientiaeque magis incoluere. Feruntque se Thesalis ortos, qua tempestate Iason post avectam Medeam genitosque ex ea liberos, inanem mox regiam Aetae vacuosque Colchos repetivit.» *Anales*, lib. VI, cap. XXXIV. Estrabón asegura, lib. V, cap. II, Didot, pág. 183, que los Pelasgos eran una nación antigua que se conservó en toda la Grecia y en especial entre los Eolios de Tesalia: τοὺς δὲ πελασγούς ὅτι μὲν ἀρχαῖόν τι φύλον κατὰ τὴν Ἑλλάδα πᾶσαν ἐπεπολάσε, καὶ μάλιστα παρὰ τοῖς Ἄιολεῦσι τοῖς κατὰ Θεσσαλίαν, añade luego que vinieron con Tirreno á poblar á Italia (Ibidem, pág. 181); pero él mismo había afirmado que dejó á Tarcón por prefecto de las doce ciudades Tirrenas ó Etruscas, y Tarcón, según Macrobio en sus *Saturnales*, era rey de los Tirrenos españoles que, poseyendo la España citerior, puso sitio á Cádiz. La especie de que Pelasgos expulsados por Lapitas arribasen á Italia (lib. X, cap. I, párr. 22, pág. 281), es muy verosímil sin que por eso deba admitirse que los trajera el hijo de Atis, legendario fundador de la confederación etrusca, cuyo núcleo más considerable procedía de España. Tampoco merece quizá echarse en olvido el que los Caucones del Ponto, cuyo nombre recuerda el de la castellana *Cauca* ó *Coca*, fuesen colocados, según las tradiciones de que da la relación estraboniana (lib. X, cap. III, párr. 5, ed. cit., pág. 464), entre los Escitas, los Macedonios y los Pelasgos. Sobre las corridas de toros que dieron los Tésalos en Roma, tenemos el siguiente texto de Plinio, que parece indicar que los agarrotaban ó estran-

estimación en que se tenía en España la crianza de perros, excelentes para la guarda del ganado y usos cinegéticos y la caza del conejo con el gato líbico, llamado hurón; industria que con el tiempo tuvo bastante importancia; pues las carnes de este roedor, convenientemente preparadas, eran

gulaban con un lazo. (Thessalorum gentis inventum est equo iuxta quadrapedante cornu intorta cervice tauros necare: primus id spectaculum dedit Romae Caesar dictator *Hist. Nat.*, lib. VIII, cap. LXX). Los antiguos celebraron mucho los bueyes de Epiro, fruto, según Plinio, de sumo cuidado en la elección de los padres y descendientes, según otros de los larinos ó tesproctios llevados por Hércules. La fábula de Peritoo y de sus guerras con el centauro Eurition parece indicar que, convidado el último á las bodas de aquél, intentó practicar las costumbres libres usadas entre los Gimnesios y entre los Nasamones. Algunos han pretendido explicar el nombre de centauro, no por *κεντεῖν* y *ταυροί*, el que pica ó hiere á los toros, sino por *κεντεῖν* y *αὐρίον*, el que pica ó mata las liebres, etimología que serviría á explicar igualmente su origen español, puesto que no parezca admisible en buena crítica. En todo esto parecen mezclarse tradiciones antiguas orientales, pues sin hablar de los *Gandharvas* indios, Dioses velludos como ximios, según el Atharnaveda, IV, 37, 11, y cuyo nombre recuerda los caballos y los rayos del sol, Paravey ha creído encontrar el tipo del centauro en el pueblo llamado Zing-Ling (inteligencia suprema), descrito en la obra antiquísima de los Chinos, intitulada *Pian-y-Tien*, que trata de las naciones distintas de la China y coloca hacia el Noroeste el mencionado pueblo, ofreciendo un diseño de un hombre de dicha nación de cabellos largos y rizados y piernas de caballo con sendos cascos muy perceptibles. La misma memoria ha reconocido en el libro mitológico *Chanhay-Ping*, compuesto, al decir de algunos, veinte siglos antes de nuestra era. Otros han querido sacar partido entre la homonimia parcial entre centauro y tracio ó el patriarca Jafet á Tyrax, poblador de la Rusia Asiática. Plinio celebra los bueyes ó toros salvajes de la Scitia (Paucissima *animalia* Scythia gigniti insignia tamen boum ferorum genera). El mismo escritor refiere el entusiasmo de los escitas por sus caballos (Scythici quidem equitatus equorum gloria strepunt). *Hist. Nat.*, lib. VIII, cap. XV y LXIV. Ni ha de olvidarse, hablando de los Pelasgos ibero-tesalos, que entre ellos, como en los Mesenios, aparece la designación de Tagos para su magistrado supremo (Xenofonte, *Helen.*, VI), nombre que los diccionarios griegos ofrecen como tesalio, aunque se ha pretendido derivar del verbo helénico *τασσω* y que, famosa por sus honderas, en la Acarnania y en Albania, existían muchos Pelasgos, llamados Sículos por Pausanias (I, 2, párr. 28), etnográficamente afines á los Sículos é Iberos. Véase á Benlew, *La Grece avant les Grecs*, pág. 17. Aparecen representaciones frecuentes de centauros en el arte egipcio, mostrándose una muy característica en la preciada tabla de basalto del museo de Boloña, se ven en vasos pintados y bajos relieves de los Etruscos y en las medallas de Lesbos Magnesia y Tesalónica. Ofrecíanse asimismo en el famoso cofre de Cipselo uno de los monumentos más antiguos del arte helénico y en las metopas del Partenón.

llevadas á los mercados de Roma ¹. Ni carecieron, por ventura, las gentes ibéricas de juegos, que demandaban tino manual extraordinario ó presteza de ingenio, á los cuales pudiera referirse el llamado cottabo ², de los Sículos, que así se ejecutaba accidentalmente en los banquetes como en locales en forma de anfiteatro destinados al efecto.

Por lo que toca al traje, hubo de variar no poco el de los Iberos, así por la diversidad de clima y el cambio natural de las estaciones, como por la sucesión de los tiempos, los hábitos y procedencia de sus distintas tribus, no contando el contacto é influencia de pueblos extraños. Sin entrar en el examen de las copiosas formas de calzado, que nos suministran los monumentos tirrenos ó etruscos, influidos por el ejemplo posterior de costumbres fenicias y griegas, parecen haber precedido á tales influencias dos especies de calzado, que descritas por los antiguos como propias de los pueblos orientales del Caspio, duran hasta nuestros días en España. Una de ellas es la designada con el nombre de *abarca*, representada como peculiar de Navarros y Vascones en la relación de la peregrinación á Santiago, contenida en el código Calixtino, la cual se conserva con igual desig-

¹ Estrabón, *Geográficos*, lib. III, cap. II. Véase á Oppiano, *Cinegéticos*, I, vers. 370 y sigs. y á Julio Pollax, lib. V, cap. V.

² Consistía el cottabo, quizá del semítico כַּצְבָּ, *Cuttsab*, congregarse, reunirse, confluir, etc., según Atheneo (XV, pág. 668, E. *Fragm. Hist.*, III, pág. 346), en arrojar al alto, después de haber bebido, el resto del licor contenido en la copa, el cual debería caer en un vaso recipiente colocado en el local. Según advierte Hegesippo Delfico (*Ibidem*, IV, pág. 419), se labraban vasos á propósito, llamados cottábidas y edificios circulares, y el triunfo engrería á los vencedores, tanto como la pericia en el tiro de flechas ó dardos. Ambos autores insisten sobre el particular de que el resto del líquido, que se arrojaba, era designado con la voz sícula *lataga* (τὴν λατάγην φησιν εἶναι σικελικὸν ὄνομα) y es obvia la semejanza entre la voz λατάγη ὁ λατάγα, que expresaba *resto*, en sículo, y la voz vasca *ordagoa*, que significa lo mismo y ha pasado á un juego usado en España, cuya derivación de *lataga*, *rataga* ó *radaga* ha sufrido análoga alteración que *ardua* de arrado ó *arradu*, etc., y quizá proviene en vasco é ibérico de formas semíticas, paralelas á אָרַת, *ajarat* «lo último» ó á עָרָה y עָרָה (orah y ordat) «vaciar ó derramar y vacío»; por ejemplo, el pretérito singular asirio uraddi de verbo רָדַח, *radah*. Delitzsch, *Assyr. Grammatik* 1889, *Parad.*, pág. 51.

nación, ó con la asturiana de *coriezas*, en las serranías y lugares montañosos, desde los campos Carpetanos al mar de Cantabria. La otra, consistente en cierto zapato ó sandalia de madera, á manera de zuecos con pinchos, para asegurar los pies en terrenos resbaladizos ó húmedos, es usada especialmente en Castilla la Vieja, tierra de León y Asturias ¹, y de él parecen alteraciones más ó menos distintas los chanclos llamados almadreñas, los chapines antiguos de las damas y el zueco usado por el pueblo y los actores cómicos, entre los latinos. Á éstas pueden añadirse, con toda verosimilitud, un linaje de calzado militar semejante al botín ó *cnémida* de los Griegos ², y probablemente

¹ Quien lea la siguiente pintura que hace de tales clases de calzado, Estrabón, al describir las costumbres de los Hircanos, limítrofes de los Iberos orientales y de los Medos, recordará sin esfuerzo, si es español, las costumbres semejantes de muchos pueblos de España, en especial de Leoneses y Pasiegos: ... αὶ δὲ κορυφαὶ χειμῶνος μὲν ἄθαιτοι, θέρους δὲ προσθαίνουσιν, ὑποδοῦμενοι κεντρωτὰ ὁμοθόβηνα δίκεν τυμπάνων πλατεία διὰ τὰς χιόνας καὶ τοὺς κρυστάλλους καταβαίνουσι δ' ἐπὶ δορῆς κείμενοι σὺν τοῖς φορτίοις καὶ κατολισθαίνοντες ὅπερ καὶ κατὰ τὴν Ἀτροπατίαν, Μεδίαν καὶ κατὰ τὸ Μάσιον ὄρος ἐν Ἀρμενίᾳ συμβαίνει· ἐνταῦθα δὲ καὶ τροχίσκοι ξύλινοι κεν τρωτοὶ τοῖς πέλασιν ὑποτίθενται. τοῦ γοῦν Καυκάσου τὰ μὲν ἄκρα τοιαῦτα.

«Las cumbres inaccesibles durante el invierno, las suben por el verano atando á sus pies ciertas pieles de vaca con pinchos, anchas como panderos, á fin de poder andar por las nieves y agua congelada. Para bajar se sientan sobre una piel con sus cargas y se dejan escurrir hacia abajo, costumbre usada asimismo en la Media Atropatia y en el monte Maseo de Armenia. También usan allí unas tablillas redondeadas con pinchos, que sujetan á las plantas de los pies; lo mismo sucede en las cimas del Cáucaso.» Estrabón, lib. XI, cap. VII, párrafo 6, ed. cit. p. 434. Los Griegos designaron la abarca con el nombre bárbaro *καρβα* ó *καρβατίνα*, que no tiene radical en la lengua, y así pasó á la latina. Jenofonte refiere que hallándose en Armenia durante la famosa retirada de los Diez mil, sus soldados, no pudiéndose servir del calzado griego, destrozado ya por el uso, se hicieron carbatinas (*καρβατίνας*) de cuero de buey acabado de desollar, lo cual fué motivo de que, habiéndose acostado algunos sin descalzarse correas y calzado endurecido por el hielo, penetraron en la carne de los pies. *Anabasis*, IV, 5, IV.

² ... οἱ πεζοὶ δὲ καὶ κνημίδας ἔχουσιν. «Los peones (en el Norte de España) usan también botines. Estrabón, lib. III, cap. III, párr. 6, p. 128. Refiriéndose á este particular Chabas (*Etudes sur l'Antiquité historique d'après les sources AEgyptiennes*, 1872, p. 451) con ocasión de ilustrar la representación, que aparece en los monumentos egipcios, relativa á los botines y media falda del traje de los Europeos, declara que cinco siglos antes del XII, anterior á nuestra era, ó sea en el siglo XVII antes de J. C. «... non seulement le Tamahou, mais encore

A. H. P.
MUSCA

cierta manera de alpargata de esparto, que en tiempo de Plinio servía de calzado á los pastores, en los lugares donde se produce aquella planta ¹.

De las caperuzas empleadas para defensa y abrigo de la cabeza, Estrabón menciona el casquete en forma de mitra ² que solía cubrir parte de la frente, peculiar distintivo de los Tirrenos ó Etruscos en los monumentos egipcios ³, el cual se ofrece también representado en las monedas de los Vacceos, y de que parecen derivaciones con alguna variación, ora la cogulla de las capas *bardocuculos*, de que habla Cayo Valerio Marcial ⁴, ora el sombrero puntiagu-

L'habitant des îles de la Méditerranée étaient représentés sur les monuments, avec la riche tunique et les botins élégants les prétendus barbares... les peuples Pelages... Ibères, Ligures, Etrusques, Sardiens, etc., connaissaient par conséquent les métaux et probablement le fer lui même, à une époque qui doit tomber dans le troisième millénaire avant notre ère.

¹ Cartaginiensis Hispaniae citerioris portio nec haec tota, sed quatenus parte montis quoque sparto operit. Hinc strata rusticis eorum, hinc ignes, facesque, hinc *calceamina* et pastorum vestis. *Hist. Nat.*, lib. XIX, cap. XI. Aunque el mismo naturalista haya asegurado que no se conoció el esparto, hasta que los Penos ó Cartagineses entraron en la Península Ibérica, para conquistarla, es obvio que tal falta de conocimiento sólo pudiera atribuirse en tal caso á los mismos Cartagineses y á otros pueblos, no á los Españoles. testificándose, á mayor abundamiento, que éstos lo conocían y empleaban en su industria, la abundancia de restos de sogas y de otros objetos de dicha materia exhumados por los Sres. Siret, pertenecientes á época más antigua, y los restos de sandalias de esparto, encontradas por el Sr. Góngora en la cueva de los Murciélagos. Al presente se designa aún con el nombre de *esparteñas* en España una manera de calzado, cuyo material es sogá ó esterilla labrada con el filamento de dicho vegetal.

² Μιτωσάμενοι δὲ τὰ μέτωπα μάχονται. «Pelean cubriéndose con mitra la frente.» Estrabón, III, 3, 7, ed. cit., p. 128. Como quiera que la voz mitra se entiende generalmente en la acepción del tocado oriental que lleva este nombre con la forma de bonete ó montera terminada en punta, que reproducen los monumentos; la sinceridad histórica nos mueve á recordar que su primera significación es de una banda ceñida á la frente, como el pañuelo que usan los campesinos en el Nordeste de España. Véase también á Chabas, o. c., p. 169.

³ Chabas, *Etudes sur la antiquité historique*, p. 303.

⁴ Aunque el epigramático latino español señala al territorio Santónico de la Galia como uno de los lugares en que se labraban mejores capotes de cogulla (lib. XIV, 128), no se ha de olvidar que Tito Livio, lib. XXXIII, 21, nombra una ciudad en la España ulterior llamada Bardo y que allí mismo existía la nación llamada de los Bárdulos ó Bardietas. Nada diremos de los *Bardios* illíricos,

do, tan frecuente en la numismática hispana, con probable influencia de Hittitas y de otros pueblos asiáticos, cuya traza primitiva se conserva sin ostensible alteración en las monteras usadas todavía en el territorio georgiano del Kara y del Araxes, así como en el Turquestán (donde se designan aún los naturales más cultos y establecidos en moradas fijas con el nombre de Sartos) ¹, en las gallegas, asturianas y murcianas. Igualmente se cuenta entre ellas el morrión de tres crestas ², con que aparecen adornados los Sardones en los monumentos de Carnac y en una estatua antigua de bronce hallada en Cerdeña ³, pudiendo entenderse, en fin, que el *vestimentum capitis* á que se refiere Séneca, el filósofo, era por ventura la propia *causia* ó boina de los Macedonios, la cual, sin ala, aparece como tocado de guerreros españoles en las monedas de la Carpetania ⁴, y sirvió de sombrero nacional á los Sículos, según los monumentos del Valle del Nilo ⁵, habiendo sido adoptada por numerosos pueblos de Oriente y Occidente con ligeras modificaciones, conservándose, en lo general, entre los Vascos franceses, de donde ha pasado nuevamente á ha-

que eran Pelasgos verosíblemente. *Cucullus*, según el uso de Marcial, significa lo que en castellano cucurucho (III, 2) «vel thuris vel piperis sis cucullus», porque el papel así liado, dice Forcellini, voz «cucullus» se asemejaba á la cogulla de las capas españolas y á los *bardo-cuculos*. En cuanto al origen céltico de estas voces, que parece plausible á algunos, según se indicará más adelante, no es asunto que pueda declararse resuelto, de una manera inapelable, en especial, por la semejanza que se advierte en muchos términos bretones ó irlandeses y vascos.

¹ Reclus, *Nouvelle Géographie Universelle*, t. VI, págs. 193, 445 y sigs.

² ... σπάνιοι δὲ ἀλυσιδωτοῖς χρῶνται καὶ τριλωφιαῖς. «Algunos (pocos) usan de lorigas y de yelmo».

³ Chabas, o. c., 307.

⁴ La *causia* (καυσία) ó birrete de piel, tocado nacional de los Macedonios que se muestra en el traje de Alejandro Magno y en una medalla de Adriano con la inscripción «Restitutori Macedoniae» presenta á veces terminación en punta por la parte superior y forma triangular como en un camafeo donde aparece la figura del rey Perseo. Usáronla también los pueblos colindantes de los Macedonios y por lo tanto de los Tésalos. Hoy la usan las mujeres del Tíbet.

⁵ Chabas, *Études sur l'Antiquité historique*, p. 294.

llarse en uso entre los pueblos euscaros de España. Ni es para olvidada, con parecer costumbre excepcional, que, sin duda, propagaron los Ligures y otros pueblos en Italia, la indicación que ofrece Silio Itálico respecto de los Vascos de no acostumbrar á cubrirse la cabeza (*vasco insuetus galeae*)¹; pues, indicada anteriormente su procedencia líbica, concierta esta tradición con la representación de los Libios en los monumentos egipcios, donde se ofrece á la continua la cabeza descubierta con el penacho de dos mechones, y á las veces con morrión, que imita la forma del peinado². El resto del traje en los hombres varió considerablemente en aquella época primitiva de la historia de España, desde el manto de cabra de los Gimnesios que recogían con hebillas, recuerdo de la vesta de la Minerva africana, á la laticlavia balear y tartesia, análoga á la de los Libios maxésulos³, á la pretexta de los Tirrenos y á la *palla cucullata*, si, como no es imposible, es imitación ibérica, cualquiera que sea su designación, en las comarcas septentrionales. La túnica de abrigo ó sayo, con frecuencia de doble tela, ordinariamente de lana de pelo lar-

1 Silio Itálico, *Punicorum*, lib. III, vers. 319.

2 Mucho se ha discutido acerca de si procede del turbante árabe la forma del pañuelo que rodea la frente de los Aragoneses, dejando al descubierto la cabeza; meditando sobre tan remotas memorias y considerando que el verdadero turbante (*imama*), quizá conocido de los antiguos Etiopes (Silio Itálico, III, 272), no era vulgar entre los Berberíes que, en crecido número, poblaron la comarca de aquéllos, se ocurre naturalmente la idea de que represente sólo la pequeña mitra, ó sea la banda ó venda que aparece en algunas monedas de Osca, Iluro, Laie y Cástulo, la cual rodeaba en algunos pueblos la frente, sin cubrir la cabeza. Véase la figura de un libio arrodillado en Chabas, o. c., pág. 169.

3 De las laticlavias maxésules (*ἄζωστοι πλατύσημοι χιτῶνες*), habla Estrabón, lib. XVII, cap. III, ed. cit., pág. 703, de las baleares (*χιτῶνας πλατύσημοῦς*), *Ibidem*, lib. III, cap. V, párr. 1, pág. 139, de las de los sacerdotes Tartesios Silio Itálico. Del progreso experimentado, al decir de Estrabón, en el manejo de la honda balear, desde la llegada de los Fenicios pudiera colegirse que á éstos se debe también la laticlavia y pretexta, que, al decir de Macrobio, introdujeron en Italia los Etruscos, más las costumbres bélicas de los Baleares, descritas en el mismo pasaje son más conformes con las que describen los Griegos de los Etiopes y Libios y los escritores franceses de la Edad Media, como propias de los Vascos.

go, como de cabra, ya á cuadros (*scutulata*), ya á rayas (*virgata*), y por lo común de fondo negro ¹; ora como en el vestido de los Tapuros caspios, aparecía sujeta á la cintura por una manera de faja ó cinturón de cuero, ora cerrada con una fibula, y en los trajes más elegantes terminaba por sobrepuesta falda interior como la de los Escoceses ².

Las mujeres usaban por lo general trajes claros y de colores fuertes, á las veces de un solo color ó negros, según demandaban la dignidad y el estado ³. Servíanles de ornato joyas de piedra, de hueso, de marfil y de diferentes metales, señaladamente de oro y plata: exornaban á los hombres diademas de varias especies y collares ⁴. Entre los tocados femeniles, llamó grandemente la atención de Artemidoro (uno de los geógrafos consultados por Estrabón y anterior á la conquista de Egipto por los Romanos), el llamado probablemente por donaire de los *cuervos*, el cual tenía en su base

¹ Estrabón afirma que los Lusitanos é Iberos septentrionales vestían de este color (*μελανείμονες ἄπαντες*), lib. III, cap. III, párr. 7, ed. cit., pág. 128, y hablando de los Tapuros de la Bactriana, escribe: Ταπυρίων δ' ἔστι καὶ τὸ τοῦ μὲν ἄνδρα μελανείμονεῖν καὶ μακροκομῆν, τὰς δὲ γυναῖκας λευκείμονεῖν καὶ βραχυκομῆν. «Es costumbre de los Tapuros el que los hombres vistan de negro y lleven el cabello largo, y que las mujeres usen trajes blancos y el cabello corto», lib. XI, cap. XI, párr. 8, ed. cit., pág. 446. El mismo Estrabón había dicho de los pueblos españoles antes citados, que acostumbraban á llevar el cabello largo (*βαθεῖαν κατακεχυμένοι τὴν κομῆν*), l. c. Puntualiza Diodoro el color de los sayos de los hombres y la clase de lana de que se hacían, en estos términos: φοροῦσι δὲ οὗτοι σάγους μέλαινας τραχεῖς καὶ παραπλήσιον ἔχοντες τὸ ἔριον ταῖς αἰγείας θριξίν. *Biblioteca Histórica*, V, cap. XXXIII. «Y llevan éstos (los Celtíberos, distinguiéndolos de los Celtas), sayos burdos de lana, semejante á pelo de cabra.» En cuanto á las mujeres, no ha mucho se acostumbraba en algunas comarcas del Norte de España, que se cortasen la cabellera y cubriesen la cabeza con una cofia, desde que tomaban estado, durando aún como distintivo de la mujer casada el pañuelo que recoge y los cabellos. Sobre el *sayo* ó *sago* de doble tela, véase á Appiano, *Guerras de España*, cap. XLII.

² Véase en el citado Chabas la sobrevesta ó túnica inferior representada á la pág. 451.

³ El color negro aparece también usado en el velo con que algunas españolas recogían su cabello (*καλύπτῃ μελίπτῃ*). Estrabón, lib. III, cap. IV, párr. 17, ed. cit., pág. 136.

⁴ *Révue des Questions scientifiques*, Bruxelles 1887, 20 Janvier, l. c.

una manera de collar de hierro, en cuyo remate se ostentaban dos como ganchos que, sujetos á la parte de la coronilla, avanzaban hacia la frente. Sobre ellos solía colocarse un velo que cubría toda la cabeza ¹. También le admiraba sobre manera en la de varias españolas una especie de pan-dereta ú objeto cóncavo, que rodeando la nuca seguía comprimiendo el cráneo hasta las orejas, y luego volvía atrás disminuído en anchura ². Ni dejaba de causarle extrañeza que algunas se cortasen el cabello por delante, al estilo líbico ³, para que luciese con más amplitud la frente ⁴, pareciéndole asimismo harto raro el que no pocas llevasen en la cabeza cierta columnita, á manera de peina, como de un pie de altura, al rededor de la cual componían el cabello, cubriéndolo después con una toca negra ⁵; cos-

1 ...ὅπου μὲν γὰρ περιτραχήλια σιδηρᾶ φορεῖν αὐτάς φησιν ἔχοντα κόρακας καμπτομένου ὑπὲρ κορυφῆς, καὶ προπίπτοντας πρὸ τοῦ μετώπου πολὺ, κατὰ τούτων δὲ τῶν κορακῶν, ὅτε θούλονται, κατασπᾶν τὸ κάλυμμα ὥστε ἐμπετασθὲν σκιάδιον τῷ προσώπῳ παρέχειν, καὶ νομίζειν κόσμον. «En algunas partes (refiere Artemidoro), llevan las mujeres collares de hierro, los cuales tienen unos ganchos á manera de cuervos que, teniendo la vuelta de sus garras ó curvatura sobre la coronilla, se extendían mucho, llegando hasta delante de la frente; sobre ellos, cuando les place, dejan caer el velo al echarlo, para dar sombra á la cara, y les sirven de adorno.» Estrabón, lib. III, cap. IV, párr. 17, ed. cit., pág. 136. Sin precipitar conclusiones recordaremos que el tocado egipcio, llamado *atew*, se halla formado de una mitra blanca, dos plumas de avestruz y dos cuernos de carnero, á que se agregaba el ureo, ornamento común de las tocas de los Dioses y de los reyes. Véase á Pierret, *Dictionnaire d'Archeologie Egyptienne*, París, 1875, pág. 75, voz *atew*.

2 ...ὅπου δὲ τυμπάνιον περικεῖσθαι, πρὸς μὲν τῷ ἰνίῳ περιφερές, καὶ σφίγγον τὴν κεφαλὴν μέχρι τῶν παρωτίδων, εἰς ὕψος δὲ καὶ πλάτος ἐξυπτιασμένον κατ'ὀλιγον. «En otras partes colocan un timpanillo que rodea la nuca y comprime la cabeza hasta detrás de las orejas y, volviendo hacia arriba, disminuye un tanto en anchura.» Estrabón, *Ibidem*.

3 ...τὸ δὲ παρὰ θάλασσαν ἔχονται: τὸ πρὸς ἑσπέρας Μακαί, οἱ λόφους κείρονται, τὸ μὲν μέσων τῶν τριχῶν ἀνιέντες αὔξεσθαι, τὰ δὲ ἔνθεν καὶ ἔνθεν κείροντες ἐν χροῖ. «Lo situado á la orilla del mar (después de los Garamantes y Nasamones), hacia el Poniente, lo poseen los Macas, los cuales se afeitan los cabellos, dejando crecer los del medio de la cabeza, afeitándola todo al rededor, á raíz de la piel.» Herodoto, *Hist.*, lib. IV, cap. CLXXV.

4 ...ἄλλας δὲ τὰ προκόμια ψιλοῦν ἐπὶ τοσοῦτον ὥστ' προστίθειν τοῦ μετώπου μάλλον. «Otros se afeitan la cabellera por delante, de modo que luzca más la frente.» *Idem*, l. c.

5 ...τὰς δ' ὅσον ποδιαῖον τὸ ὕψος ἐπιθεμένας στυλίσκον περιπλέκειν αὐτῷ τὴν χαιτήν, εἶτα καλύπτρα μελαινὴ περιστελλεῖν. «Otras colocando (dice) una columnita, como de un

tumbres que se explican, á lo menos en parte, sin dificultad de mucha monta, atentas las relaciones etnográficas, las emigraciones y las vicisitudes historiadas de las varias gentes, que formaron las agrupaciones más importantes del pueblo ibero.

Respecto del mobiliario usual y utensilios disfrutados por este pueblo, en relación con los usos expuestos, faltan en realidad informes precisos de geógrafos é historiadores, dado que pueda suplirse por alguna manera este inconveniente, merced al resultado de afortunadas investigaciones arqueológicas. Las verificadas en estaciones de épocas cronológicas, difíciles de determinar, pero probablemente más antiguas que las puntualizadas por los clásicos, muestran en el mediodía de la Península (según aparece de ruinas de poblaciones, que han alcanzado la edad de piedra y el empleo menos general de los metales), cueros, esparto trenzado, lino y lana, y al par con estos despojos, verosímilmente de vestidos, punzones de hueso y de bronce, tijeras de piedra y botones de marfil de forma de pirámides cuadrangulares, cuyos planos inferiores suelen estar coloreados de rojo ¹. Demás de esto, se han recogido en dichas estaciones peines de madera, collares de cuentas de piedra, de hueso y de plata, pendientes de las mismas materias y de conchas, sortijas de cobre, de bronce y de metales preciosos, y hasta diademas de plata y de oro.

Refiriéndose los Sres. Siret á esta clase de joyas, con ocasión de tratar especialmente de las encontradas en el Sudeste de España, no sin advertir previamente que abun-

pie de altura, plègan al rededor de ellas los cabellos, cubriéndolos después con una toca negra.» Estrabón, *l. c.* En el peinado de Isis aparecía una columnita en esta forma, cuyo signo ó representación era el jeroglífico de la Diosa. Los Egipcios usaban además un peinado llamado *klaft*, donde se mostraba un cono encima de la cabellera, particular que trae á la memoria la disposición del peinado en los antiguos irlandeses. Véase á Pierret, *Dictionnaire d'Archeologie Egyptienne*, págs. 280 y 136.

¹ *Les premiers âges du metal dans le sudest de l'Espagne*, Anvers 1887. *Revue des Questions Scientifiques*, Bruxelles 1888, l. c.

dan con más frecuencia y son más ricas al lado de los restos mortales de personas del bello sexo, se expresan en estos términos: «Hanse encontrado pendientes, brazaletes y collares notabilísimos, en especial, los formados de hilo redondo de cobre, de bronce, de plata y de oro arrollado en espirales. En los anillos y pendientes, escriben, el hilo da una vuelta ó vuelta y media; pendientes hay en que se cuentan hasta ocho vueltas de espirales; en algunos brazaletes están soldados los dos cabos del hilo metálico» ¹. La diadema de plata, hallada en Argar, aparece labrada de un modo semejante á la de oro, descrita por el Sr. Góngora como descubierta en la Cueva de los Murciélagos, y está formada de una placa ó lámina metálica que se ensancha por la parte anterior y se encaja ó engancha por detrás.

Peculiaridades dignas de reparo ofrecían los Iberos, según Estrabón, en el mobiliario de sus moradas; pues además de los mencionados escaños de fábrica, al rededor de las paredes y unidos á ellas, que les servían de asiento para las comidas, análogos quizá á los *sedilia*, empleados por los romanos del tiempo antiguo, antes que el lujo introdujera la costumbre de que comiesen recostados sobre lechos y tridinius, usaron probablemente anchas sillas, análogas á las tirrénicas llamadas curules y otras de madera apellidadas *dureta*, que Suetonio denomina *solios*, asientos separados para cada persona, que no tuvo inconveniente en emplearlos el mismo emperador Augusto ². Los lechos eran de suma sencillez, porque dormían vestidos en camas de hojas de vegetales y muy frecuentemente sobre el duro suelo ³, costumbre en la cual pudiera interpretarse cierto

¹ *Revue des Questions Scientifiques*, 1888, t. XXIII, págs. 50 y 51.

² Suetonio, *Vita Augusti*, cap. LXXXII.

³ Τὸ δὲ πλεον ἐν σάγαις, ἐν οἷς περ καὶ στιβαδοκοιτοῦσι. «Y las más veces (duermen), con los sacos puestos, sobre lechos de hojas que reunen.» Estrabón, lib. III, cap. III. Τοῦτὸ δὲ καὶ τὸ χαμευεῖν κοινόν ἐστί τοῖς Ἰβηραὶ πρὸς τοὺς Κελτοῦς. «Y esto y el dormir sobre la tierra es común á los Iberos con los Celtas.» *Ibidem*, cap. IV, texto griego de Didot, pág. 136.

alarde de la constitución vigorosa de los cuerpos, no empobrecida por las delicadezas de una vida muelle y regalada. Para la calefacción usaban braseros con piedras hechas ascua, método empleado también en los tepidarios de los baños, el cual recuerda, si no en la materia del combustible, en las condiciones de la estufa, la manera con que se calentaba el aire, para producir el sudor en el *lacónico* de los griegos ¹.

Formaban también el ajuar de las casas cuchillos de diversas clases (algunos con cabos lujosísimos), morteros y molinos de brazo, martillos y sierras de piedra, cucharas de madera, sogas, y particularmente cerámica, hallada, además, en peregrina abundancia en las sepulturas, ahora de barro rojizo, mezclado groseramente con piedrezuelas, ahora de barro finísimo y con adornos, y variada provisión de vasijas, tazas, copas, jarras, botijos y tinajas ², vasos de madera y, en fin, de plata y de oro, como los descritos por Polibio, que servían para beber cerveza en el palacio de un régulo español, cuya magnificencia compara con el lujo de los Feacios.

Eran las armas defensivas de los Iberos cascos de tres crestas, ordinariamente de bronce ó de otros metales, que frustrasen el efecto del golpe y yelmos formados ya de cuerdas de fibras de animales, ya de sogas: los más usaban petos de lino, según los emplearon los Asirios y Sirios de Palestina, al decir de Herodoto ³, y los Nubios conforme á la descripción de Silio ⁴, habiéndolas tenido, según la *Iliada*, en la edad heroica Adrasto, Anfion y Ajax Oileo, no

¹ Πυρραϊς ἐκ λίθων διαπύρων χρωμένους. «Usan calefacción (ó braseros) de piedras hechas ascua.» *Ibidem*, lib. III, cap. IV.

² MM. Siret, *Les âges du metal*, l. c., *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. XXXV, estudio de los Sres. Riaño, Rada y García sobre la cerámica antigua hallada en Ciempozuelos, no sin analogía con la troyana de Hissarlik.

³ Lib. VII, cap. LXIII.

⁴ Silio escribe, III, 273, de los Nubios: «Et lino munere latus scaelerataque succis», que explica Drak de esta suerte: «Thoracem ex variis linis invicem impositis significat».

sin evidente analogía con las corazas de algodón ó *ichcahuepillis* que halló Hernán Cortés entre los Mejicanos. Los de á pie usaban grebas ó botines de cerda ¹. Entre los Lusitanos tuvo importante empleo el escudo llamado *aspis*, denominado también lacedemonio, redondo, de dos pies de diámetro, cóncavo por la parte exterior y suspendido del cuerpo mediante el uso de correas; pero la generalidad de los Iberos, que eran muy aficionados á la armadura ligera, empleaba el escudo pequeño llamado *pelta*, en forma de media luna, según se muestra en las representaciones de las Amazonas ².

Como armas ofensivas para combatir de cerca, usaban el cuchillo recto de piedra, la *sica*, que los griegos llamaron *paraxifi*, manera de puñal ó gumía de hoja ordinariamente metálica, puntiaguda y encorbada hacia la punta, estimada como arma nacional de los tracios y sículos, y juzgada por los romanos como propia de ladrones y asesinos ³;

1 Τούς δ' οὖν Λυσιτανούς φασιν ἐνεδρευτικούς ἐξερευνητικούς ὄξεις, κούφους, εὐεξελίκτους ἀσπίδιον δ' αὐτοὺς δίπουν ἔχειν τὴν διάμετρον, κοῖλον εἰς τὸ πρόσθεν, τελαμῶσιν ἐζηρημένον. οὔτε γὰρ πόρπακας οὔτ' ἀντιλαθὰς ἔχει· παραξίφισ πρὸς τούτους ἢ κοπίς· λινοθωρακας οἱ πλείους· σπάνιοι δὲ ἀλυσιδωτοῖς χρωῶνται καὶ τριλοφίατῃς οἱ δ' ἄλλοι νευρίνοις κράνεσιν οἱ πεζοὶ δὲ καὶ κνημῖδες ἔχουσιν, ἀκάντια δ' ἕκαστος πλειῶν· τινὲς δὲ καὶ δόρατι χρωῶνται· ἐπιδοφατιδες δὲ χάλκεαι. «Dicen que los Lusitanos son peritos en poner asechanzas y en espiar, precipitados, ligeros y versátiles, que usan un (escudo) *aspis* pequeño, cuyo diámetro es de dos pies, cóncavo en la parte exterior, suspendido por correas sin hebillas ni asas, y además cuchillo ó *copis*. Los más llevan petos de lino, algunos pocos cascos de tres crestas, otros yelmos reforzados con cuerda, para los golpes. Los peones van con grebas (botines), cada cual muy provisto de flechas. Algunos usan lanzas con las puntas de *bronce*.» Estrabón, lib. III, cap. IV. Diodoro, lib. V, cap. XXXIII, puntualiza que los cascos de tres crestas era de bronce y éstas de color rojo, ... δὲ περὶ τὰς κεφαλαῖς κράνη χαλκᾶ φοινικίς ἡσκημενα λάφοις.

2 Πελτασταὶ δ' ἅπαντες, ὡς εἰπεῖν ὑπῆρξαν οἱ Ἴθηρες καὶ κοῦφοι κατὰ τὸν ὀπλισμὸν διὰ ταλυσταίας, οἷους ἔφαμεν τοὺς Λυσιτανούς, ακοντίῳ καὶ σφενδονῇ καὶ μαχαίρᾳ χρωόμενοι. «Y casi todos los Iberos son, por decirlo así, peltastas (armados de pelta), y ligeros de armadura á causa de la vida de latrocinio, como dijimos al hablar de los Lusitanos, y usan el dardo, honda y espada». Estrabón, lib. III, cap. IV.

3 Estrabón, lib. III, cap. IV. Didot, pág. 128. Diodoro, lib. V, cap. XXXIII. Didot, pág. 274. Rich, *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, voc. *sica*, Mommsen, *Romanische Geschichte*, t. I.

el hacha de dos filos ó *bipenne* ¹, de piedra, cobre ó bronce, el *hasta* ó *pica* común ², linaje de lanza de considerable longitud, con la punta de piedra, de cobre, de

I

Cantaber ingenio membrorum et mole timeri
Vel nudlus telis poterat Larus sic fera gentis
More securigera miscebat praelia dextra.

Silio Itálico, lib. XVI, vers. 45-48.

Al decir de Estrabón, *Geográficos*, Didot, pág. 665, los árabes empleaban en su tiempo lanzas, espadas y hachas *anfistomatas* ó *bipennes*.

² Puede creerse que el nombre latino *hasta*, tomado, al parecer, del etrusco, según conjetura Guhl, para designar la lanza ordinaria con que los romanos armaban á los auxiliares extranjeros, á diferencia del *pilo*, propio de algunos legionarios, proviene del semítico הט , *hets* ó *hast* = *hast*, que en hebreo significa «árbol», «ramo», «madera» y «palo», de donde, en la misma lengua, הטן , *hetsan* ó *hatsan* expresa lanza. (Véase *Samuel*, II, cap. XXIII, v. 8. *Hasta pura* se llamaba á la hasta sin hierro y era el premio que se concedía, según Varrón, en Servio (lib. IV, 6, 100) al que salía vencedor en la pelea, como signo de paz que sucedía á la victoria. En vasco *ast* significa también árbol y planta, por ejemplo: *Asta-makatza*, «árbol no ingerto»; *asta-canabera*, «planta cañabaja»; *asta-oregana*, «planta orégano»; *asta-uraza*, «planta cerraja»; *asta-palma* «palmito»; *astigarra*, «árbol para cuerdas», de Plinio, del arameo אטאר , *yatar* ó *uatar* «tilo», aunque el vulgo, perdido el sentido de la voz *asta*, la confunda con su análoga, *asto* «asno» é interprete en otros casos por planta ó árbol silvestre, llamados comúnmente de asno, v. gr.: *as-arana*, «ciruelo silvestre»; *astamenda*, «hierba-buena silvestre»; *asta madaria*, «peral silvestre»; *asta bortasace*, «ruda silvestre»; dado que en el mismo euscaro se conserven las palabras *asti* y *astiyo* en el sentido de «herir, golpear y azotar» (véase sobre todos estos vocablos euscaros el *Diccionario* de Aizquibel, Tolosa 1883) y en el mismo sentido de árbol y de rama, señalado en el vasco y en el semítico, se emplea en la lengua castellana, para designar las *astas* del ciervo. El *arnede* «lanza» en armenio, y el zendo *asta*, por lanzar, pueden proceder muy bien del semítico (al cual puede atribuirse, con legítimo derecho, la derivación de *Istar*, acotada por Pictet, como peculiarmente aria), y hasta el sanscrito *as*, que pudiera dar derivación á la flecha, dice menos relación á la *hasta* que el arábigo *âssa* ó *âdhá* عصا , de donde عصا , «bastón». En fin, la voz *asthi*, sanscrita, afine á ὀστέον , griega, que significa «hueso», aunque conforma alguna vez con la voz hebrea que designa lo mismo, parece de relación más lejana. Respecto del alemán *ast* en sentido de ramo, y las de basto, baston y *baton* en las modernas lenguas neolatinas, es difícil determinar su procedencia. *Pica* del caldeo y siriaco פקא , *pacah* ó *piqqeh*, en conjugación III «abrir», «romper», «pinchar», ha pasado al vasco y ha podido influir directamente en el armoricano *pica*, cavar, y después en el castellano, francés y otros idiomas modernos; pues aunque no es peregrino hallar muchas voces comunes en semítico y en ario, el mismo Pictet, que extrema las influencias ariacas, *Les origines*, t. II, pág. 270, sólo dice que puede inferirse una raíz aria, *pik*, en el sentido de herir y picar.

bronce y aun de oro ó plata ¹, la *ramba* ó *ramfa*, cuchillo susceptible de ser empleado, al parecer, como arma arrojadiza ²; una especie de alabarda de análogas condiciones parecida á la usada por los irlandeses ³, y la espada, ora de piedra pulimentada ó de bronce, ora de acero. Ésta alcanzó reputación notable de excelente entre los antiguos, al decir de Polibio ⁴, merced á su poca longitud y á su triple empleo, de punta y por sus dos cortes, á que se prestaba la disposición recta de su hoja, sin que sea suficiente á señalarle abolengo griego la forma semejante de una tirrena ó pelásgica, hallada en Micenas, muy parecida á otra descubierta por los Sres. Siret en el Sudeste

¹ Refiriéndose Floro al caudillo celtibero Salondico, escribe: «...*hastam argenteam* quatiens, velut coelo missam, vaticiniant similes, ommium se mentes converterat.» *Historia Romana*, lib. II, cap. XVII.

² Polibio, *Frag.*, lib. X, cap. XVIII. Bochart entendió que era el $\aleph\aleph\gamma$ *raba* fenicio arma arrojadiza como el $\aleph\gamma$ *rab* hebreo, *Job*, XVI, 13. (*Canaan* 2,5.)

³ Describiendo los Sres. Siret (*Revue des Questions Scientifiques*, t. XXIII, pág. 49) las alabardas de cobre, exhumadas por ellos en el Sudeste de España, se expresan de esta manera: «Une de ces hallebardes possède six gros rivets enargent (pl. V, fig. 3) une autre fig. 4, se prolonge au de là des rivets les armes nessemblent aux hallebardes irlandaises, figurées par M. Evans.» (*L'âge de bronze*, par J. Evans, pp. 283 et suiv.)

⁴ Τῶν δ' Ἰβήρων καὶ Κελτῶν ὁ μὲν θυρῶς ἦν παραπλήσιος· τὰ δὲ εἶφι τὴν ἐναντίαν εἶχεν διαθεῖν τῆς πέν γὰρ οὐκ ἔλαττον μὲν ἦμα τῆς καταφορᾶς ἰσχυρὸς πρὸς τὸ θλάπτειν· ἡ δὲ γαλακτικὴ μάχαιρα μίαν εἶχε χρεῖαν τὴν ἐκ καταφορᾶς καὶ ταύτην ἐξ ἀποστάσεως. Polibio, III, cap. CXIV. Didot, pág. 198. «Eran los escudos de los Iberos y de los Celtas muy semejantes, pero las espadas de distinta condición. Las de aquéllos no servían, menos para herir de punta que de corte, la *maquera* gala sólo servía para herir de corte y esto con poca rapidez y por el temple.» Hablando el mismo escritor del armamento de los *hastatos* del ejército romano, se expresa en estos términos: «Ἀμα δὲ τῷ θυρῶ μάχαιρα· ταύτην δὲ περὶ τὸν δεξιὸν ῥέπει μερὸν, καλοῦσι δὲ τὴν αὐτὴν Ἰβηρικὴ ἔχει δὲ αὐτὴ κέντημα διάφορον καὶ καταφορᾶν ἐξ ἀμφοῖν τοῖν μεροῖς θίαιον, διὰ τὸν ὀβελισκὸν αὐτῆς ἰσχυρὸν καὶ μόνιμον εἶναι. *Ibidem*, pág. 350. «Juntamente con el escudo la espada que llaman Ibérica, la cual cae al lado del muslo derecho y tiene aplicación para herir de punta admirablemente, para cortar ó tajar de ambos lados, con ser su hoja penetrante y fuerte.» Diodoro dice sobre este mismo particular: «Ἐἶφι δὲ ἀμρίστομα καὶ σιδήρω διαφορῶ κεχαλκευμένα φοροῦσιν, ἔχοντες σπιθαμίας παραπρίδας αἷς χρωῶνται κατὰ τὰς ἐν ταῖς μάχαις συμπλοκάς. *Biblioteca*, lib V, cap. XXXIII, Didot, pág. 274. «Llevan espadas de dos filos, labradas con hierro excelente y puñales de un palmo de longitud, los cuales usan en las batallas, cuando combaten cuerpo á cuerpo.»

de España ¹. Aventajábala principalmente, cuando no era de piedra ó bronce como las citadas, el temple y bondad de su acero, el cual era de tal suerte que, al decir de Filón ², doblada con ambas manos por sus extremos una hoja de espadas tales, al recobrar su posición natural no se advertía en ella señal alguna, y según Diodoro, de Sicilia no había coraza, casco, ni hueso de tal resistencia que no penetrase y hendiese ³. Tan afamado temple del acero, admiración de griegos y romanos, debido, según Justino, á las aguas del Xalon y á las del llamado Calibe, probablemente el actual Queiles, río de Tarazona ⁴, recuerda hasta

¹ Perrot et Chipiez, t. VI, pág. 776, MM. Siret, l. c.

² Describiéndola este escritor, llamado *el mecánico*, en su tratado *De Telorum constructione*, lib. IV, pág. 71, edición de París de 1693, en la colección intitulada *Veterum Mathematicorum Opera, Graece et Latine*, señala que los Hispanos ó Iberos, para probar que una espada era buena, se la ponían sobre la cabeza y sujetaban sus extremidades con ambas manos, encorvándolas hasta que llegasen á los hombros, pues soltadas entonces volvía á su posición recta, sin huella de la flexión verificada, y que esto lo practicaban varias veces. El texto dice: ὡφθη γὰρ ἡ τῶν προειρημένων λεπίδων ἐργασία διὰ τῶν Κελτικῶν καὶ Ἰσπανῶν καλουμένων μαχαιρῶν, ταύτας γὰρ ὅταν θούλονται δοκιμαζειν εἰ χρῆσται εἰσὶν ἐπιλαβόμενοι τῇ μετὰ δεξιά χειρὶ τὰς μαχαίρας καὶ ἐπὶ τὴν κεφαλὴν θέντες, πλαγίαν αὐτὴν κατὰγουσιν ἐξ ἑκατέρου μέρους ἕως ἂν τῶν ὀμῶν ἄψονται μετὰ δὲ ταῦτα ἀνῆκαν ὄξως ἀπείραντες ἀμφοτέρως χεῖρας, ἢ καὶ ἀρεθεῖσα ἀπορθοῦται καλιν καὶ οὕτως ἐπὶ τὴν ἐξ ἀρχῆς ῥυθμὸν ἀποκαίσι-
ταται ὥστε μηδεμίαν ἐννοίαν καμπῆς ἔχειν καὶ ταῦτα πλιονάκις ποιοῦντες ὀρθαὶ διαμένουσι. Ciertamente expresa el texto que tal práctica en tiempo del autor, que fué arquitecto, empleado por Demetrio Falereo, era común á los Celtas con los españoles (διὰ τῶν Κελτικῶν καὶ Ἰσπανῶν); pero en su edad (siglo III antes de Jesucristo) los Celtas unidos á los Iberos ó Españoles, más antiguos en la Celtiberia, donde se labraban las mejores espadas, era natural que hubiesen adoptado los procedimientos usuales en comarcas, que había ennoblecido, al decir de Plinio el Naturalista (lib. XXXIV, cap. XLI), la «más útil» preparación del hierro.

³ οὔτε θυρεὸς, οὔτε κράνος, οὔτε ὄστον ὑπομένει τὴν πληγὴν διὰ τὴν ὑπερβολὴν τῆς ἀρετῆς τοῦ σιδήρου. *Biblioteca*, lib. V, cap. XXXIII, Didot, pág. 274.

⁴ El texto de Justino dice de esta manera: «Praecipua his (Gallaeciae gentibus) quidem ferri materia sed aqua ipso ferro violentior: quippe temperamento eius ferrum acrius redditur: rec ullum apud eos telum probatur quod non antea Bilbili fluvio ant Chalybe tingatur. Unde etiam Chalybes fluvii huius finitimi appellati, ferroque caeteris praestare dicuntur.» Lib. XLI, cap. III. El mencionarse que empleaban tales armas gentes de Galicia, junto con la autoridad de Silio Itálico, que habla de escudos de labor gallega poco antes de hablar de armas de duro calibre, ha movido á Masdeu (*Historia crítica*, t. VIII, página 85), á Resende, á Vasconcelos y á Contador de Argote á situar dichos ríos en Galicia y á otros escritores en comarcas no muy remotas de dicho país en

en el nombre el acero de los Calibes Pónticos, vecinos á la Armenia, el llamado *calibe* que tenían los etiofes, al decir de Silio Itálico ¹, y el metal que es señalado con color algo azulado en los instrumentos cortantes de los monumentos egipcios, á partir de la dozava dinastía y se estimó quizá de fabricación secreta, como consagrado á los Dioses ²: esto, sin contar la tradición general semítica sobre Tubalcain, ni la especial arábica sobre el maravilloso temple del acero, cuya invención se atribuye á David y se supone perpetuado en las hojas de Damasco. Aunque se han encontrado antiguas espadas españolas de tamaño considerable, y Floro asegura

el Norte de España, con que pudieran comunicar fácilmente por mar los gallegos, inclinándose Marineo Sículo, Gerardo Mercator, Pedro de Medina y el P. Henas á opinar que el río Chalibe era el que pasa cerca de Bilbao, mayormente tratándose de regalos hechos á Hanníbal, según Silio (lib. II, vers. 402), por gentes del Océano (*Oceani gentes*), pero el cantor de las *Púnicas* (*Ibidem*, vers. 409) evidentemente no habla del río Chalibe sino del acero llamado calibe, que se empleaba en armas, que resplandecían con las riquezas del Tajo (el oro). El pasaje dice de esta manera:

Ecce autem clypeum saevo fulgore micantem
 Oceani gentes ductori dona ferebant
 Callaicae telluris opus, galeamque coruscis
 subnixam cristis, vibrant cui vertice coni
 Albentis, niveae tremulo nutamine pennae:
 Ensem unum ac multis fatalem milibus hastam,
 Praeterea retextam nodis auroque trilicem
 Loricam nulli tegimen penetrabile telo
 Haec aere et duri chalybis perfecta metallo
 Atque opibus perfusa Tagi.

Véase la traducción y el texto de la Colección Nisard, t. XIII, págs. 238 y 239.

Por otra parte, Marcial que llama á su patria Bilbilis (lib. I, Epigr. L.), ó sea Balbola junto á Calatayud, «aquis et armis nobilem», dice de ella (IV, 55) Saevo Bilbilin optimo metallo. Quae vincit chalybas que Noricosque... armorum Salo temperator», y refiriéndose al Xalon (lib. XIV, Epigr., XXXIII), «Pugio quem curvis signat brevis orbita venis, stridentem gelidis hunc Salo linxit aquis»; lo cual demuestra que no es el Bibey de Galicia citado por Masdeu y otros, mostrándose asimismo menor dificultad en que el Queiles, río de Tarazona, sea el Chalybs ó *Calibe* mejor que el cabe gallego, con recordar que Plinio, *Historia Nat.*, lib. XXXIV, cap. XLI. La excelente calidad del hierro de Bilbilis y Tarazona.

¹ *Púnicas*, III, vers. 278.

² Chabas, *Études sur l'Antiquité historique d'après les sources égyptiennes*.

que eran más pesadas y largas que las de los griegos ¹, con ser notorio que variarían en longitud las de jinetes y peones, Livio las describe como cortas, según aparecen también en los monumentos, lo cual, al decir del último, servía á facilitar su manejo ². En los ejércitos romanos, que recibieron la espada ibérica, llevábanla los soldados pendiente de una bandolera, de modo que caía sobre el muslo derecho, según indica Polibio y comprueban las representaciones de la Columna Trajana y del Arco dedicado á Septimio Severo; los jefes, sujeta á un cinturón y sobre el lado izquierdo, según se muestra en un bajo relieve del Capitolio romano y en las monedas de Ventippo ³.

Ni faltan escritores ⁴ que cuenten entre las espadas de los Iberos la llamada *falcata* ó en forma de sable, opinión que se autoriza en algún modo, así por las armas de este linaje, conservadas en nuestros museos, como por la mención expresa de ella por Silio Itálico, ya entre los Salentinos de Nápoles, tierra visitada, en lo antiguo, por los Enotrios y Sículos, procedente de España ⁵ y entre los

¹ Floro, II, 7, 9.

² Describiéndolas el autor de las *Décadas*, según se mostraron en la batalla de Cannas, no sin puntualizar, al propio tiempo, la cultura superior de los españoles respecto de los galos, escribe: «Gallis Hispanisque scuta eiusdem formae tunc erant, impares ac dissimiles gladii: Gallis praelongi et sine mucronibus Hispano punctum magis, quam caesim, assueto petere hostem, brevitatem habiles et cum mucronibus. Sane et alius habitus gentium harum tum magnitudine corporum, tum specie terribilis erat. Galli super umbilicum erant nudi, Hispani linteis praetextis purpura unice candore miro fulgentibus, constiterant.» Livio, *Historia Romana*, lib. XXII, cap. XLVI.

³ Rich, *Dictionnaire des Antiquités romaines et grecques*. Vocablos, *gladius*, *accentitus*, *cinctorius*, etc.

⁴ Masdeu, *Historia Crítica de España*, t. VIII, pág. 120.

⁵

Nunc Silarus quos nutrit aquis quo gurgite tradunt,
Duritiem lapidum mersis molescere ramis.
Ille et pugnacis laudavit tela Salerni
Falcatos enses, et quae Buxentia pubes
Aptabat dextris invasae vobora clava.

Punicas, lib. VIII, vers. 58c.

Macas africanos, invasores de la Península Ibérica ¹, constando de Nicolás Dasmasceno que los Sardolibios las estimaban tanto que preferían á todas las demás cosas una copa y una espada ².

Entre las armas arrojadizas que los Iberos usaban, son de mencionar en término preferente, demás de la lanza llamada *hasta*, empleada de tal suerte en algunas ocasiones, así como sus especies las bidentes y tridentes de las monedas, y las denominadas *falárica* y *trágula* (cuya adopción pertenece, según apariencia, á época posterior), la llamada especialmente *lancea*, que frecuentemente era una lanza más corta ³, el *gheso* ó chuzo ⁴, los dardos curvos dichos *saunios*, las flechas de piedra, cobre y bronce, diversos proyectiles de este género, ora pequeños y curvos como los *esparos*, ora derechos y agudos como los *verutos* de forma primitiva, ó las

1

Tum primum castrí Phoenicúm tendere ritu
Didicere Macae: squalentia barba
Ora viris, humerosque tegunt velamine capri
Saetigero panda manus est armata cateia
Versicoulor, contra caetra et *falcatus* ab arte
Ensis Adyrmachidis, ac laevo tegmina crure.

Ibidem, lib. III, vers. 274.

² *Fragmenta Hist. Graecorum*, t. III, pág. 463.

³ Por española da Varrón en Anio Gelio la voz *lancea*, *Noches Áticas*, lib. XV, cap. XXX, dado que su etimología céltica *lana* ó *lanno* y la autoridad de Diodoro, v. 30, la diputan por gala. En irlandés se usa *lang*, en griego λήχη, nombres que recuerdan *lang* alemán y el *longus* latino y quizá guarden analogía con *lanká*, que en lengua sanscrita designa la rama del árbol.

⁴ Del *gheso*, chuzo, en zendo *gaesu*; en griego γαισο; en irlandés *gaide*, señala, designado al parecer por Polibio, como de nombre gálata de Γαίζατοιγός. Atheneo declara que era arma ibera adoptada por los romanos... ἔλαθον δὲ καὶ περὶ Τυρρῆνων τὴν μάχην φαλαγγεδὸν ἐπιόντων, δὲ ἔμαθον θυρεοῦ χρῆσιν, περὶ καὶ τῶν Ἰσθίων γαισῶν. *Desipniosofistas*, lib. VI, cap. XXI. «Los Romanos tomaron de los Tirrenos la pelea en formación de falange, de los Samnitas aprendieron el *thuréo*, de los Iberos el *geso*.» Aparte de esto, los Griegos emplearon el verbo γαιζῶ «acometer» y en arábigo se ha conservado حَرَّ, *jaḡa* «cortar», que significa lo mismo, de una antigua forma aramea ܓܘܓ, *guḡ*, «cortar» ó «herir», de donde proviene quizá el chuzo vasco (*geso* antiguo en ibero y en celta), ó del arameo y arábigo حَضَّ, *judd*, «aguijón». Pudiera provenir del semítico ܝܘܬ, *jut* «insidiavit», aunque en rigor las armas y los nombres se reciben con harta frecuencia de unos pueblos á otros, según ocurre en el griego ξίφος, daga ó espada, que en arábigo y arameo se dice سيف, *seifon*.

sudes de punta de hierro ó meramente aguzadas y endurecidas al fuego, ora suiles como los *aclides*, y, en fin, la honda. Usada ésta por los Semitas con la frecuencia que testifica la historia de David, é inventada al decir de Plinio, por los Fenicios ¹; Herodoto la describe como empleada por los Árabes y Persas ², Éforo como arma etolia, la enseñanza aristotélica encarece la habilidad con que la usaban los Ligures ³, no sin señalar Estrabón en dos pasajes, que era de uso común entre los españoles ⁴, y encomiar en otro ⁵ la habilidad de los Baleares, á quienes se supone inventores de ella ⁶. Puntualiza este geógrafo, que solían llevar al rededor de la cabeza tres hondas hechas de una especie de junco llamado *melancrane*, de que se hacían sogas, las cuales estaban acomodadas generalmente, una para el tiro largo, otra para el mediano y otra para el corto, poniendo sumo cuidado en adiestrar á los niños en el ejercicio de esta arma, al punto de que les ponían el alimento por blanco y no se les daba, hasta que lo alcanzaban con el tiro. Diodoro, conviniendo en la especie de llevar tres hondas, expone que dos de ellas las llevaban rodeadas á la cabeza y al vientre, y una constantemente en la mano ⁷, pormenor que recuerda las hondas usadas á guisa de turbante y de faja entre los antiguos peruanos, según muestran las exhumadas en las excavaciones

¹ *Hist. Nat.*, lib. VII, cap. LVI.

² Herodoto, *Historias*, Didot, págs. 625 y 665. En Estrabón, XVI, cap. IV, aparece asimismo nombrada la honda entre las armas de los Árabes.

³ Λεγεται δὲ τινὰς τῶν λιγύων οὕτω σφενδονῶν εὖ ὥστε, ὅταν πλείους ἴδωσιν ὄρνιθας διερίζεσθαι πρὸς ἀλλήλους ποῖον ἕκαστος παρασκευάζεται θάλειν ὡς ἐτοίμος ἀπάντων τευξομένων. *Maravillas oídas*, XCII, obras de Aristóteles, Didot, t. IV, 89. «Dícese que algunos Ligures son tan diestros en el tiro de honda, que, cuando ven muchos pájaros reunidos, conciertan entre sí cuál debe herir cada uno, como si fácilmente pudiesen herir á todos.»

⁴ Estrabón, *Geográficos*, l. c., lib. III, cap. IV, Didot, pág. 135.

⁵ *Ibidem*, lib. III, cap. IV, Didot, pág. 137.

⁶ *Serv. ad Georg.*, I, vers. 309.

⁷ Ὀπλισμὸς δ' ἐστὶν αὐτοῖς τρεῖς σφενδῶναι καὶ τούτων μίαν μὲν περὶ τὴν κεφαλὴν ἔχουσιν, ἄλλην δὲ περὶ τὴν γαστέρα, τρίτην δ' ἐν ταῖς χερσὶ. Diodoro, *Biblioteca Histórica*, lib. V, cap. XVIII, Didot, t. I, pág. 264.

de Ancón. La honda, por otra parte, debió ser muy usada entre la gente pelásgica, como lo demuestra su representación en cierto relieve hallado en Micenas ¹, que tiene por asunto el asedio y defensa de una ciudad, y en las medallas de Selpa en Pisidia; junto con los textos de Tucídides y Livio, advirtiendo el primero que los Lacedemonios en la guerra del Peloponeso, hacían uso de hondas, y el segundo, que los de Egio, Patrás y Dima, en el Asia Menor, aventajaban en el manejo de la honda á los Baleares, lo cual se afirma también de los de las islas de Melos y de Rodas, de los Etolios, á quienes atribuye Éforo la invención de una clase especial de ella, y muy especialmente de los de Cerdeña y Sicilia, adonde pasaron tantos colonos de tierra española, con haberse hallado en territorio Sardo figuritas con el arreo de la honda ² y las correspondientes piedras y *glandes*, señaladamente en Castro Giovanne de Sicilia, en las cercanías de Enna ³.

Respecto de la manera más usada entre los Iberos de hacer la guerra, Estrabón refiere que mezclaban la infantería con la caballería en el campo de batalla, donde el jinete solía llevar un peón á la grupa. El mismo escritor nos informa de que se ejercitaba á los jóvenes en evoluciones militares ⁴. Diodoro agrega el pormenor de que, en las guerras, entraban en pelea, marchando á compás y cantando acometían al enemigo ⁵, especie robustecida

¹ Perrot y Chipiez, t. VI, págs. 774 y 775, Livio, XXXVIII, cap. XXIX, Tucídides, IV, 32. Éforo, *Frag. Hist. Graec.*, t. I, pág. 236.

² Véase la página 48 de esta obra.

³ Guhl y Koner, edición italiana, *La vita dei Greci e dei Romani*, traducción de Giussani, pág. 276 y 705.

⁴ Ταῖς δὲ πεζαῖς δυνάμεισι παρεμείμιχτο καὶ ἵππειά. *Geográficos*, lib. III, cap. IV, Didot, pág. 135. Del ejercicio de la juventud en amaestrarse para la pelea en orden de batalla, distribuídas oportunamente las fuerzas, escribe: «usan combates al desnudo, con armas y ecuestres, luchan á puñadas, á la carrera, á tirar armas arrojadas y en batalla ordenada y distribuída (τῇ σπειρεδὸν μαχη)». Libro III, cap. III, Didot, pág. 128.

⁵ ...ἐν δὲ τοῖς πολεμοῖς πρὸς ρυθμὸν Εμβαίνουσι καὶ παιᾶνας ἄδουσιν ὅταν ἐπίωσι τοῖς ἀντι τεταγμένοις. Diodoro, *Biblioteca*, lib. V, cap. XXXIV, Didot, I, pág. 275.

por el testimonio de Silio Itálico ¹, sin que invalide la aserción el que el autor de *Las Púnicas* lo refiera de los gallegos de frecuente progemie céltica, desde el momento en que se los distingue por el mismo autor y por Diodoro, de los Celtas, á quienes no se atribuyen tales particulares indicios de cierta cultura, antes bien, se representan por Livio y otros historiadores, como desnudos y de aspecto bárbaro y feroz, según lo fueron probablemente en la generalidad, antes de suavizar sus costumbres con el contacto de los Iberos, de los Fenicios, de los Griegos y de los Romanos.

Por lo que toca á la táctica de la caballería, no son para olvidadas las indicaciones de Polibio ², el cual asegura que los jinetes celtíberos, cuando veían en apuro á los peones, echaban pie á tierra para apoyarlos, dejando los caballos en buen orden, merced á unos clavos ó ganchos pequeños que pendían de las bridas, con los cuales los sujetaban al suelo; especies que autorizan, por ventura, á señalar la poca importancia de sus fuerzas de caballería, á pesar de la destreza de los jinetes y de las habilidades que enseñaban á los caballos, según refiere Estrabón; si no era un resultado

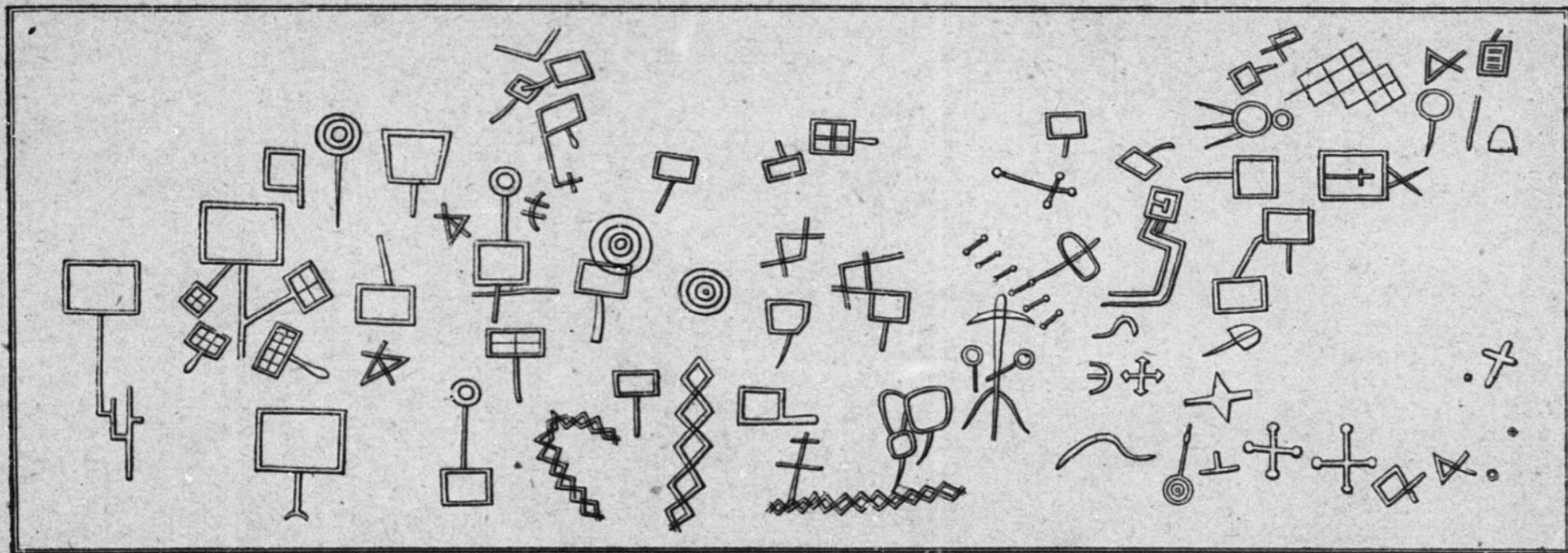
1

..... misit dives Gallaecia pubem
Barbara nunc patriis ululantem carmina linguis,
Nunc pedis alterno percursu verberare terra,
Ad numerum resonans gaudentem plandere cetras.

Púnicas, III, vers. 352 y sig.

El acompañamiento por medio del choque de los escudos, como se practica actualmente con palos en la llamada *prima*, es también pormenor interesante. No será menester recordar la analogía de esta marcha con la de los sacerdotes salios, cuya fiesta se celebraba en el mes de Marzo é iban vestidos con una *túnica picta*, una coraza y un casco, llevaban espada ceñida, en el brazo derecho un escudo *ancile* y en el izquierdo un palo, con que golpeaban sobre el escudo. Véase á Mommsen, *Antiq. Rom.*, París 1890, LII, pág. 165.

2 ...σύνθεο ἐφ' ἵππων κομίζεσθαι, κατὰ δὲ τὰς μαχὰς τὸν ἕτερον πεζὸν ἀγωνίζεσθαι. Estrabón, pág. 137. "Ἴδιον εχουσιν οἱ Κελτίβηρες κατὰ τὸν πόλεμον. θεωροῦντες γὰρ τοὺς παρ' αὐτοῖς μείζους πιεζομένους παρακαταβάντες ἀπολείπουσι τοὺς ἵππους ἐστῶτας ἐν τάξει. Ἄκροις γὰρ τοῖς ἀγωγεῦσι τῶν ἵππων πασσαλίσκουσ, μικροὺς ἔχοντες ἀπηρτημένους, τοῦτους ἐπιμελῶς πῆξαντες, κειθαρχεῖν διδάσκουσι τοὺς ἵππους ἐν τάξει, μέχρις ἀνακάμψαντες ἀνασπάσωσι τοὺς παττάλους. Polibio, *Fragmentos históricos*, núm. 13. Didot, página 155.



SIGNOS GRABADOS EN UNA ROCA NATURAL
Existente en el sitio denominado *Cividade* (San Jorge de Sacos).